AMOR EN SUS CORAZONES
A DAUGHTER FOR CHRISTMAS
Cathy Williams

Capítulo 1

LA DECISIÓN de llamar a Nicholas Kendall había sido largamente meditada. Y sólo después de que todas las alternativas posibles hubieran fracasado.

O al menos, eso creía Leigh.

Pero entonces había tenido que decidir cómo ponerse en contacto con él. ¿Debía llamarlo por teléfono? El tema era demasiado delicado como para hablarlo por teléfono. ¿Debía conseguir su dirección y presentarse en su casa por sorpresa? No, Nicholas Kendall podría morirse de la impresión. Leigh no sabía si era joven o viejo ni cuál era su estado de salud; podría tener el corazón delicado. De modo que se había decidido por la proverbial carta.

Pero entonces, ¿qué debía decirle?. Suficiente como para despertar su curiosidad, pero no tanto como para que él tirase la carta a la papelera. Después de todo, no sabía nada de aquel hombre.

Jenny le había hablado sobre él atropelladamente en un momento de terrible agitación nerviosa, pero una habitación de hospital no era el sitio adecuado para hacer preguntas. Aquella sorprendente revelación había destrozado en un minuto la imagen de placidez y serenidad que Leigh tenía de su hermana. Y Jenny no estaba allí para contarle nada más.

Había escrito la carta cinco días antes y, en aquel momento, con la respuesta en la mano, se sentía insegura. ¿Se habría equivocado al escribir la carta? ¿Habría traicionado la confidencia de su hermana o ella habría aprobado su decisión?

Leigh miró el sobre que sujetaba en la mano, deseando no haberse sentido obligada a escribir a aquel desconocido.

—¿Qué ocurre?

Leigh levantó la mirada mientras se guardaba la carta a toda prisa en el bolsillo. Después, sonrió a la niña que la miraba con curiosidad.

—Nada. ¿Te has peinado, Amy? No puedes ir al colegio así —dijo, mirando a su sobrina con cariño mientras intentaba disimular su preocupación. Los niños podían ser terriblemente perceptivos

con los sentimientos de los mayores y lo mejor sería evitarle a Amy cualquier sufrimiento. Ya había tenido suficientes.

—Es por la casa, ¿verdad? — preguntó Amy con su vocecita—. Van a quitarnos la casa.

—¿Por qué dices eso? — preguntó Leigh, sintiendo que su corazón se encogía.

—Te oí hablando con Carol la otra noche.

Las dos se miraron y, no por primera vez, Leigh se sintió inútil. Se sentía inútil para controlar sucesos que no podía controlar. Inútil por haber sido atrapada en un ciclón. Inútil porque no podía salir huyendo; tenía que cuidar de Amy, la hija de su hermana. ¿Cómo podía explicarle a la niña lo que estaba pasando?

—¡Deberías haber estado durmiendo, Amy! — exclamó Leigh. Amy no dijo nada. Se quedó allí de pie, vestida con el uniforme del colegio, mirando a su tía. Tenía siete años, largo cabello castaño y grandes y solemnes ojos verdes—. Sí, cariño, hay algunos problemas con la casa. Pero todo se arreglará.

—¿Tendremos que mudamos?

—Ya veremos — suspiró Leigh—. Es posible.

—Pero tú no te vas a ir, ¿verdad? — preguntó la niña, angustiada. Leigh se arrodilló y tomó su carita entre las manos. No era la primera vez que tenía que convencer a su sobrina de que no pensaba abandonarla, que estaría allí cada tarde para recibirla y cada mañana cuando se despertase. El psicólogo del colegio le había dicho que era una reacción normal y que podría durar varios años tras la muerte de sus padres. Amy sentiría la necesidad de aferrarse al único familiar que le quedaba.

—De eso nada, bonita — murmuró—. Vas a tener que cargar conmigo, lo quieras o no. Y ahora, a peinarte, a desayunar y al colegio. Vamos a llegar tarde como sigas haciéndote la remolona — añadió, apartando el pelo de su cara para besarla en la frente—. Y date prisa. Ya sabes cómo es la señora Stephens con eso de la puntualidad. Me soltará un sermón y llegaré tarde a trabajar yo también.

Leigh bajó la escalera para preparar el desayuno, intentando portarse con naturalidad, mientras aquella carta le quemaba en el bolsillo.

Nicholas Kendall había aceptado recibirla dos días después en su

club. No hacía ninguna pregunta y Leigh imaginaba que estaba a la expectativa. Debía sentir curiosidad, pero no la demostraba en su nota. No demostraba nada en realidad. Nada que pudiera darle una pista sobre qué clase de hombre era.

Leigh habría deseado que Jenny le hubiera contado algo más, pero la situación después del accidente había sido tan abrumadora y la confesión tan sorprendente que ella sólo había podido escuchar, sin decir nada.

—Lo siento, Leigh — le había dicho su hermana, casi sin voz—. Sé que esto es una sorpresa para ti, pero no quiero marcharme llevándome este secreto. Tengo que decírtelo, tengo que explicarte…

Y Leigh no había preguntado nada. Aquella confesión la abrumaba demasiado. Roy era el padre de Amy. Y el marido de Jenny. O eso había creído ella.

Pero su hermana le estaba diciendo que todo había sido una ilusión. Una tercera persona, un desconocido, había aparecido en escena. Había sido una aventura de una noche, un acto impulsivo causado por la desesperación, un momento de locura que Roy y ella habían decidido olvidar, pero todo en la vida pasaba factura…

Lo único que su hermana le había dicho sobre aquel hombre, en los últimos y desesperados minutos de su vida, era su nombre y su dirección en Londres.

Y Leigh se había guardado aquella información, sin compartirla con nadie, durante casi un año y medio.

El papel en el que había escrito aquel nombre estaba en el fondo de un cajón. Había tantas cosas que hacer, tanto papeleo que solucionar y, sobre todo, Amy, a quien tenía que cuidar después de haber perdido a sus padres. Hasta entonces, Leigh vivía su vida alegremente, iba a la universidad, soñaba con ser una pintora famosa y, de repente, le había caído encima la responsabilidad de cuidar de una niña.

Casi inmediatamente habían empezado los problemas económicos, como un monstruo de múltiples cabezas que bloqueaba todas las salidas. La empresa de decoración de la que eran propietarios Roy y Jenny y que ella, ingenuamente, había creído solvente, estaba al borde de la ruina.

El administrador de la familia la había llamado a su despacho

una semana después del accidente y había puesto las cartas sobre la mesa.

Leigh lo había escuchado, perpleja. No era una experta en economía y le resultaba difícil entender todas aquellas cifras.

—¿No podemos encontrar a alguien que dirija la empresa? —había preguntado—. ¿Qué va a pasar con los empleados?

—Lo que le pasa a todas las personas que se quedan sin trabajo — había contestado el administrador—. No tiene sentido contratar un director para una empresa que se hunde — había añadido después, intentando ser amable—. Piénselo. No se han recibido pedidos desde mediados de año. Estamos sufriendo una recesión económica y nadie quiere gastarse dinero decorando la casa.

—¿Pero qué va a pasar con Amy? Yo no tengo dinero, aún sigo en la universidad…

—Podría dejar de estudiar durante algún tiempo y buscar trabajo.

Eso había ocurrido un año y medio antes y ella lo había intentado de todas las maneras posibles. Había abandonado sus sueños para buscar trabajo en una aburrida oficina y, de la noche a la mañana, se había convertido en una mujer madura.

Pero no había sido suficiente. Los acreedores habían empezado a exigir su dinero, el director del banco no mostraba simpatía alguna y cuando Ed, el administrador, la había aconsejado que se rindiera, Leigh se había rendido.

Podría haber seguido trabajando en la oficina, ahorrando penique a penique y dejando los sueños para la privacidad de su habitación, pero el banco había amenazado con embargar la casa y ésa era la gota que colmó el vaso.

El pequeño pedazo de papel escondido al fondo del cajón era su última oportunidad.

Podría abrir la caja de los truenos y encontrarse en una situación peor que la que estaban atravesando, pero tenía que arriesgarse.

Durante los dos días siguientes, Leigh se debatía entre la angustia y un optimismo forzado.

Delante de Amy, intentaba aparentar que todo iba bien, pero era tal el esfuerzo que, algunas veces, había sorprendido a su sobrina mirándola con ojos escrutadores. Le dolía tremendamente saber que lo único que podía hacer para tranquilizar a la niña era prometerla

que nunca la dejaría. No podía prometer nada más.

No podía ofrecerle seguridad económica y tampoco sabía qué le diría cuando llegara el momento de tomar decisiones. Todo dependía de la reacción de Nicholas Kendall, aunque tenía pocas esperanzas.

¿Qué hombre, enfrentado con la repentina aparición de una hija de siete años cuya existencia desconoce, saluda la noticia con los brazos abiertos?

Había hecho algunas averiguaciones sobre él y no le había resultado difícil descubrir que era un conocido hombre de negocios, rico y dinámico, cuyo nombre aparecía frecuentemente en las noticias de economía. Pero eso la había puesto más nerviosa. Ese hombre, aparentemente, era el padre de su sobrina.

¿Por qué, Jenny?, se preguntaba. Pero era absurdo hacer preguntas que nunca encontrarían respuesta. Además, ella sabía por qué.

Leigh se vistió con sumo cuidado aquel viernes por la mañana. Pero con su cara no había mucho que hacer. Hacía tiempo se había dado cuenta de que nunca sería una mujer sofisticada. Su pelo rojo era demasiado corto, sus ojos demasiado azules y demasiado separados y, además, estaban las pecas. En invierno o en verano allí estaban, saboteando sus esfuerzos por aparentar su edad y dándole aspecto de duende, o eso pensaba ella cada vez que se miraba al espejo.

Leigh se miraba en aquel momento, preguntándose si había elegido la ropa adecuada. No estaba muy segura de qué imagen quería dar, pero sabía que tenía que elegir algo que le diera confianza.

Amy, sentada en la cama, observaba a su tía.

—¿Dónde vas?

—¿Qué te hace pensar que voy a alguna parte?

—Normalmente, no te arreglas tanto.

—¡Claro que me arreglo! — protestó ella, riendo—. Bueno, de acuerdo. No suelo arreglarme tanto, pero me apetecía cambiar. ¿Estoy bien? — preguntó, dando una vuelta sobre sí misma.

—Estás preciosa — dijo la niña. A Leigh le hubiera gustado abrazarla—. ¿Vas a ver a alguien?

—Bueno, a la gente de siempre — mintió ella—. ¿Y tú, qué vas a

hacer hoy en el colegio?

—Matemáticas, ciencias y gimnasia.

—¿Te han dado las notas del examen que hiciste el otro día?

—Me las dan hoy — contestó Amy, no demasiado alegre.

—Si apruebas, te invito a una hamburguesa y a un batido después del colegio — dijo Leigh. Un capricho que no podían permitirse, pero Amy se lo merecía. Nunca se había quejado desde la muerte de sus padres. Se había adaptado, con esa curiosa maleabilidad que tienen los niños, a las estrechas circunstancias económicas sin decir una palabra.

—¿Y si no apruebo? — preguntó Amy, preocupada.

—Pues… tomaremos una hamburguesa de todas maneras. Como premio de consolación — contestó su tía. Fueran o no bien las cosas con Nicholas Kendall, ella también se merecería un premio después de mantener la conversación más difícil de su vida—. Lo más importante no es que apruebes ese examen. Lo importante es que pongas todo tu esfuerzo en aprender.

—Eso es lo que dice la señora Spencer.

—Pues ya ves. Las dos no podemos estar equivocadas — sonrió Leigh, volviéndose hacia la pequeña figura sobre la cama. Lo que vio, sin embargo, no fue a Amy sentada con las piernecitas cruzadas, sino a Amy en el futuro, bombardeada con revelaciones que marcarían su vida.

Leigh se puso el jersey de cuello vuelto y no volvió a mirarse en el espejo hasta que estaban a punto de salir de casa.

Estaba bien, se dijo a sí misma. Sencilla y bien peinada, lo cual era un cambio para ella. Llevaba una falda negra, jersey de cuello alto, zapatos planos y abrigo negro. Un atuendo sobrio y apropiado, dada la misión que tenía entre manos, pensaba.

Primero tenía que dejar a Amy en el colegio y después le quedarían dos horas en las que se pondría enferma de preocupación. Ella nunca había sido tan segura de sí misma como su hermana. Jenny siempre la había protegido y sólo durante los últimos meses había empezado a conocer Leigh sus propias fuerzas.

Era la incertidumbre lo que la angustiaba. Eso y saber que todo dependía de ella. El futuro de Amy descansaba sobre sus hombros porque no tenía otros parientes, ni abuelos a los que pedir consejo, ni tías y tíos que pudieran ayudarlas. Leigh nunca había echado de

menos una familia como lo hacía en aquel momento.

Ni siquiera tenía un novio en cuyo hombro apoyarse; alguien que le diera fuerzas cuando las suyas flaqueasen. Había habido uno, una vez. El sensible y artístico Mick, con su coleta y su envidiable desprecio por la burguesía, pero había durado poco. Aparentemente, era alérgico a las responsabilidades. La idea de ayudar a Leigh a criar a una niña pequeña había sido demasiado para él.

—Yo soy un espíritu libre — le había dicho—. No puedo atarme a nada.

Y así había terminado su relación. Leigh no podía recordarlo sin sentir cierta amargura.

Tardó mucho en encontrar el club, que estaba muy alejado de la estación de metro. Como no podía permitirse el lujo de tomar un taxi, tuvo que recorrer la distancia a pie.

Estaba muy nerviosa cuando llegó por fin a la puerta del edificio victoriano que, más que un club, parecía un museo.

Sus piernas, que habían recorrido la distancia como si tuvieran puesto el piloto automático, parecían clavadas al asfalto. No podía mover un músculo, no podía dar un paso. Se quedó allí de pie, mirando la puerta, en medio de los transeúntes, una figura pequeña cuyo pelo movía el viento en todas direcciones.

El frío aire de octubre golpeaba sus mejillas, sonrojándolas. Por fin, un escalofrío que la heló hasta los huesos la despegó del suelo.

Cuando entró en el club, Leigh sintió que entraba en otro mundo. Conteniendo el aliento, miró a su alrededor, desconcertada. No había ruido alguno, era como si el siglo XX se hubiera quedado al otro lado de la puerta.

Los muebles eran antiguos y elegantes, la clase de muebles que puede encontrarse en antiguas mansiones y que han pasado de generación en generación.

Leigh se sentía fuera de lugar. Su cuidadosamente elegido vestuario parecía absurdo en aquel elegante vestíbulo.

Armándose de valor, atravesó una puerta para buscar el salón… pero no llegó muy lejos.

Un hombre apareció frente a ella y le preguntó, con gran seriedad, si era miembro del club.

—No, pero…

—Este establecimiento no está abierto al público — dijo el hombre, mirándola de arriba abajo—. Lamentándolo mucho, tengo que pedirla que se marche — añadió. Parecía el tipo de hombre al que no le gustan demasiado las mujeres, fueran miembros del club o no, pensaba Leigh. Pero el hecho de que ella no lo fuera la dejaba reducida a la condición de paria. El hombre le puso la mano en el brazo y ella se apartó, molesta.

—¡Un momento!

—Espero que no intente crear problemas, señorita — dijo el hombre con voz de hierro.

—Estoy citada con un miembro del club — replicó ella.

—¿Puedo preguntar el nombre?

—Nicholas Kendall.

El nombre produjo una completa transformación y el hombre hizo un esfuerzo para sonreír.

—Muy bien, señorita…

—Walker.

—Si no le importa seguirme, señorita Walker, la llevaré a la mesa del señor Kendall — dijo el hombre, precediéndola a través del salón—. Lamento haber parecido grosero, pero en este club debemos ser muy cuidadosos. En invierno particularmente, la gente suele refugiarse del frío entrando aquí y los turistas creen que es un restaurante — añadió. Los muy idiotas, parecía implicar.

Leigh no decía nada. Miraba el enorme y elegante salón donde varios hombres de negocios y muy pocas mujeres tomaban el almuerzo, leían el periódico o simplemente charlaban, con el mismo tono que usarían en una biblioteca… o en una iglesia. Era el tipo de club en el que se reunían políticos y famosos de una u otra clase y nadie levantó la mirada al verla pasar. Una elegante falta de curiosidad, pensaba Leigh.

Después de cruzar el salón, subieron la escalera y pasaron por delante de una biblioteca antes de entrar en un pequeño comedor.

El nudo que tenía en el estómago parecía apretarse cuanto más se acercaban a su destino. Ella seguía a su guía ciegamente hasta que llegaron a una mesa frente a la que se sentaba un hombre. Leigh no podía ver su cara porque seguía colocada tras el estirado portero.

—Señor Kendall, creo que la señorita… Walker tiene una cita

para almorzar con usted.

¿Qué haría el hombre si el citado señor Kendall negara con la cabeza, mostrando desconocer tal cita?, se preguntaba Leigh. ¿La echaría del club tomándola por el cuello, como en los dibujos animados? ¿Aquella gente tan eminente y discreta se levantaría, airada, al saber que su santuario privado había sido violado?

— Sí — la voz era profunda, segura y Leigh se obligó a sí misma a mirar al hombre que había frente a ella. Él la estaba observando, sin disimulos. Unos ojos verdes, no transparentes sino del verde oscuro del mar, estaban clavados en ella, pero no mostraban curiosidad sino una calculada valoración. Leigh tenía la extraña sensación de que quería aprenderse sus facciones de memoria. Era desconcertante.

—¿Desea tomar un aperitivo? — preguntó el hombre.

Leigh asintió ausentemente.

—Agua mineral, por favor. Con gas — contestó. Su voz, igual que su atuendo, parecía fuera de lugar en aquel sitio.

—Para mí lo mismo de antes, George — dijo Nicholas Kendall sin dejar de mirarla. Y, a pesar de que nunca se había sentido más incómoda en toda su vida, Leigh no podía apartar los ojos de su cara.

Había visto un par de fotografías suyas en los periódicos, pero eran fotografías en blanco y negro, ligeramente desenfocadas. Desde luego, no la habían preparado para el impacto que le producía aquel hombre.

Parecía estar hipnotizada. Como estudiante de arte, apreciaba sus facciones bien definidas. No había nada suave en aquel rostro masculino; bien al contrario. Era una cara maravillosa para ser retratada por un artista, aunque no sería fácil porque transmitía poder, seguridad, y eso era lo que la tenía transfigurada.

Tenía el pelo oscuro, casi negro, como sus pestañas, que contrastaban con el inescrutable verde de sus ojos.

—¿Va a sentarse, señorita Walker? — preguntó él, sin sonreír — ¿O piensa seguir sujetando el respaldo de la silla durante todo el almuerzo?

Sus palabras parecieron despertarla del hechizo. Leigh se sentó apresuradamente, con el corazón acelerado. La enormidad de lo que estaba a punto de decirle había hecho que se quedara muda.

Y Nicholas Kendall no la ayudaba nada. Había aceptado reunirse con ella, seguramente una de tantas reuniones que mantenía cada día a juzgar por el serio traje oscuro, pero no iba a ponérselo fácil.

—Siento haberme impuesto de esta forma — empezó a decir ella, sin saber qué hacer con las manos. Él seguía mirándola sin expresión alguna, esperando que continuara. Leigh se sentía como debían sentirse los condenados por la inquisición y no se atrevía a mirarlo a los ojos—. Supongo que siente curiosidad por saber…

—Un poco, sí — asintió él. El hombre que la había recibido en el vestíbulo llegaba en ese momento con las botellas de agua y Leigh tomó un largo trago de la suya para calmar los nervios. Debería haber pedido un whisky doble, pensaba. George, que parecía casi humano desde que había comprobado que no era una intrusa, les informó de que podían elegir roast beef con guarnición, cordero asado también con guarnición o salmón. Los dos pidieron lo mismo, salmón, y cuando George se alejaba, Leigh miró la indescifrable cara de Nicholas con un mal presagio—. ¿Va a decirme porqué se ha puesto en contacto conmigo? — preguntó Nicholas entonces—. Estoy intrigado, pero no tanto como para perder mi tiempo intentando sacárselo palabra por palabra.

Leigh lo miraba, intentado imaginar qué habría visto su hermana en aquel hombre. Desde luego, era atractivo, pero no precisamente alegre y simpático. Aunque, quizá, en las circunstancias adecuadas, sería un hombre encantador. Leigh imaginaba que daba igual. Él sólo había sido una aventura de una noche en un momento de desesperación.

—No sé cómo empezar — dijo Leigh con sinceridad. Deseaba no estar allí. Deseaba no encontrarse en aquella situación que, estaba segura, terminaría en desastre fuera cual fuera el resultado de la reunión. Por razones egoístas, deseaba que su hermana no le hubiera hecho nunca aquella terrible confidencia. Pero Jenny tenía que hacerlo; quería marcharse de este mundo con la conciencia tranquila.

—Empiece por el principio — sugirió él, abruptamente.

—Muy bien. En ese caso, debo empezar por algo que ocurrió hace unos ocho años — empezó a decir ella bajando los ojos, como si eso fuera a atenuar el impacto de sus palabras. Sentía la mirada de Nicholas Kendall clavada en ella—. En un caro y exclusivo hotel

de Mallorca.

Los negocios florecían en aquella época y Roy y Jenny tenían muchos clientes. Lo recordaba perfectamente. Jenny llevaba un año casada, pero se sentía deprimida.

Leigh le había preguntado qué le pasaba, pero no había querido insistir demasiado. Entonces, ella era una adolescente y los problemas de su hermana apenas podían hacer mella en la burbuja alegre de su juventud. Además, había creído inocentemente que a Jenny nunca podría pasarle nada grave. Su hermana, que siempre había estado a su lado, que siempre había cuidado de ella desde que sus padres murieron, era una mujer muy fuerte.

—Mallorca — repitió él, como si intentara recordar—. Puede que haya estado en Mallorca. ¿Qué importancia tiene eso? Si va a intentar convencerme de que usted y yo nos conocimos allí, será mejor que lo deje. No la he visto en mi vida y yo no olvido una cara.

No, él no parecía el tipo de hombre que olvida una cara, pensaba Leigh. Ni el tipo de hombre que olvida nada.

En ese momento les sirvieron el almuerzo y Leigh lo miró como si fuera una tabla de salvación. Al menos, tendría unos segundos de respiro.

Nicholas Kendall ejercía un extraño efecto sobre ella y no sabía exactamente por qué. Quizá era porque nunca antes había tratado con un hombre como él. Desde luego, era tan diferente del marido de su hermana que ni siquiera parecían de la misma especie.

Roy era un hombre sencillo y alegre, sin demasiadas complicaciones. En realidad, Leigh siempre se había preguntado qué había visto Jenny en él. Físicamente, su hermana era todo lo que ella no sería nunca. Eran de la misma altura, pero allí terminaba toda similitud.

Mientras su hermana había tenido una larga y ondulada melena rubia, ella era pelirroja y llevaba el pelo corto; Jenny tenía un cuerpo voluptuoso, en contraste con su delgada constitución que, Leigh se había dado cuenta tiempo atrás, no resultaba demasiado atractiva para los miembros del sexo opuesto.

—Sigo esperando oír lo que tiene que decirme, señorita Walker.

Leigh miró a Nicholas Kendall. Le resultaba increíble estar frente al hombre con el que su hermana había tenido una aventura, fruto

de la cual había nacido Amy.

—Tiene razón, señor Kendall. Usted no me conoce, pero sí conoció a mi hermana — dijo en voz baja. Sabía que iba a costarle trabajo convencerlo de la veracidad de su afirmación. Un hombre normal habría recordado inmediatamente. Pero no había nada normal en Nicholas Kendall. Y Leigh dudaba de que, un hombre como él pudiera recordar una cara, una noche, ocho años atrás. Los ojos verdes se clavaron en ella entonces, más concentrados, como si estuviera intentando montar las piezas de un puzzle—. Se llamaba Jennifer Stewart y no se parecía nada a mí. Era rubia y muy extrovertida. Estaba en Mallorca decorando las nuevas habitaciones del hotel.

«Tenía que marcharme de Inglaterra para apartarme de Roy. Me sentía fatal, pero tenía que pensar… Estaba enfadada, dolida», le había susurrado su hermana en el hospital.

Nicholas Kendall la recordaba. Leigh podía leerlo en sus ojos. El hombre se echó ligeramente

hacia atrás, mirándola con recelo, como si sospechara del motivo que la había llevado a pedirle una cita.

—Era una chica guapísima — dijo él entonces, como si estuviera comparándolas.

—Sí, es verdad — asintió ella—. — No se parecía nada a mí.

El no lo negó.

—La recuerdo porque me pareció un poco… alterada. Demasiadas risas, demasiada charla, demasiado alcohol. ¿Cómo está?

Era una pregunta de cortesía. Jennifer no había significado nada para él. No era más que una cara, perdida en la memoria. Qué ironía que un recuerdo pasajero apareciera de repente para alterar su vida, fuera cual fuera su reacción a lo que ella tenía que contarle.

—Murió en un accidente de coche hace dieciséis meses — contestó Leigh abruptamente.

—Lo lamento — murmuró él, mirando su reloj—. Pero sigo sin entender qué tiene qué ver conmigo. — Señor Kendall, ¿está usted casado? — preguntó, dejando el tenedor sobre el plato. En el periódico no hacían mención a una esposa, pero podría tenerla.

—¿Por qué lo pregunta?

—¿Lo está?

—No — contestó él. Leigh suspiró, aliviada. Si no estaba casado, era un problema menos. Dios sabía que había suficientes obstáculos sin que aquel fuera uno de ellos—. Diga lo que tenga que decir, señorita Walker. Me estoy cansando de este juego. No tengo ni idea de por qué está aquí y, francamente, estoy empezando a arrepentirme de haber aceptado reunirme con usted. En la carta decía que tenía algo que contarme. Bien, dígamelo — exigió él, mirando de nuevo su reloj. No tengo todo el día.

—Usted se acostó con mi hermana, señor Kendall…

Él se inclinó hacia ella, mirándola con una expresión hosca.

—Sí, señorita Walker — la interrumpió—. Los dos éramos adultos. Si lo que quiere es intentar chantajearme, me parece que se ha equivocado de persona.

—No tengo intención de chantajearlo, señor Kendall — replicó ella, irritada. ¿En qué clase de mundo se movía aquel hombre para mencionar la palabra chantaje a las primeras de cambio?, se preguntaba—. He venido aquí para decirle algo… un poco inesperado para usted. He venido a decirle que tiene una hija de siete años. Se llama Amy.

Capítulo 2

—¿CÓMO? — Nicholas Kendall se quedó pálido.

—Sé que esto es una sorpresa para usted…

—¿A qué demonios está jugando? — la interrumpió él—. Se presenta aquí para contarme la cosa más absurda que he oído en mi vida, como si fuera lo más normal del mundo. No tengo ni idea de quién es usted, pero debe de estar loca si cree que va a conseguir que caiga en esa absurda trampa.

Leigh no recordaba haberse sentido más intimidada en su vida. La expresión de él mostraba sorpresa, incredulidad y, cuando el color volvió a su cara, calma. La que precede a la tormenta, sospechaba ella.

—No es una trampa, señor Kendall. ¿Por qué iba a perder mi tiempo inventado algo así? ¿Cree que no tengo nada mejor que hacer con mi tiempo? No estoy jugando a nada. Créame si le digo que éste es el último lugar del mundo en el que desearía estar en este momento.

—Es usted una ingenua si cree que voy a tragarme la mentira más antigua del mundo — dijo él, echándose hacia atrásenla silla.. Pero no había nada relajado en su actitud, más bien al contrario.

—¿La mentira … ? — Leigh lo miraba, incrédula.

—No se haga la inocente. No sé lo que han planeado usted y su hermana, pero son unas ingenuas si creen que voy a tragarme esa patraña. Lo que no entiendo es por qué su hermana la ha enviado a usted. ¿Pensó que su aspecto de colegiala me convencería?

—Señor Kendall, le he dicho que mi hermana murió en un accidente. Y esto no es ninguna mentira. ¿Qué clase de persona cree que soy?

—Supongo que la misma clase de persona que su hermana.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Por qué no intenta ganarse la vida decentemente? — preguntó él a su vez, con un tono suave y amenazante.

—No quiere entender. He venido aquí…

—Después de haber urdido este plan con su hermana…

—¡No he urdido ningún plan! — lo interrumpió ella. Le hubiera gustado levantarse y salir de allí a toda prisa, pero sabía que no

podía, que no debía hacerlo. Estaba atrapada, condenada a terminar lo que había empezado—. Métaselo en la cabeza, señor Kendall… métaselo en esa cabeza arrogante y egoísta. No estoy contándole ninguna mentira…

—No. Esta es sólo una visita de cortesía para decirme que, sin saberlo, me he convertido en padre — la interrumpió él. Su miraba era tan despreciativa que Leigh temió que fuera a levantarse de la mesa. Y sabía que si lo hacía, no volvería a recibirla jamás.

—No es ninguna visita de cortesía, señor Kendall — intentó explicar ella. La personalidad del hombre era abrumadora y Leigh se encontraba en una posición en la que no hubiera deseado estar por nada del mundo. Prefería aguas infestadas de tiburones—. No estoy intentando engañarlo.

—No me gustan las tonterías, señorita Walker. Y me gustan mucho menos cuando la gente trata de camuflarlas con argucias — dijo él despacio, con seguridad. Leigh lo miró, furiosa.

—Esto ha sido una equivocación. No sé por qué he venido — murmuró para sí misma, levantándose.

—¡Siéntese!

—¡Váyase al infierno! — exclamó ella, dando un paso hacia la puerta. Le temblaban las piernas y necesitaba que le diera el aire. Ni siquiera se había dado cuenta de que él se había levantado también hasta que sintió que una mano la sujetaba—. ¡Quíteme las manos de encima o me pondré a gritar hasta que todos estos cursis se metan debajo de la mesa! — dijo entre dientes.

Un brillo extraño apareció en los ojos del hombre entonces. Y la soltó.

—Aún no hemos terminado con esto, señorita Walker. Ha visto que su plan no ha funcionado y esta retirada táctica no le va a valer de nada. Usted ha empezado esto y usted tiene que terminarlo. Pero le advierto que el chantaje es un delito.

—¡No me amenace! — exclamó ella. ¿Chantaje? ¿Pero de qué hablaba aquel hombre? Leigh no había hecho nada malo y, sin embargo, él la hacía sentir como si fuera una delincuente.

—Vaya, ¿no sabe qué decir? — rió él ácidamente.

—Está usted loco. Completamente loco. Puede creer lo que quiera sobre mis motivos para venir a verlo, pero no tengo intención alguna de quedarme para que se ría de mí — replicó ella,

mirándolo a los ojos.

Él no contestó. La miraba como si estuviera decidiendo entre darle la oportunidad de decir lo que había ido a decir o hacer que la echaran de allí a patadas.

—Hablaremos en uno de los saloncitos — dijo por fin—. Estoy dispuesto a escucharla, pero si lo que quiere es sacarme dinero, me encargaré personalmente de que se arrepienta, señorita Walker — añadió, haciéndole un gesto para que lo siguiera.

—¿Me está acusando de ser una buscavidas? — preguntó Leigh.

Él ni siquiera se molestó en contestar mientras recorrían el pasillo que llevaba hasta un elegante salón. Su único ocupante era un hombre de unos setenta años, que estaba profundamente dormido en un sillón, con el periódico abierto sobre las piernas. La habitación, decorada en tonos burdeos, era muy sobria y masculina, aunque no del todo desagradable.

Se sentaron en dos sillones, alejados del plácido durmiente, mirándose uno a otro como lo que eran, dos adversarios.

—Soy un hombre muy rico, señorita Walker. Y eso aporta ciertas dosis de cinismo.

Leigh no dijo nada. Había acudido a él porque no tenía nadie más a quien acudir. Y, en realidad, lo que necesitaba era, finalmente, ayuda económica. Era una situación humillante para ella, sobre todo porque la actitud de Nicholas Kendall era cualquier cosa menos agradable. Se disponía a escucharla, pero sólo por curiosidad.

—Supongo que es normal.

—¿Supone?

—No tengo experiencia con… — empezó a decir ella. Lo que quería decir era que no tenía ni idea de lo que significaba ser muy rico. Aunque estaba empezando a tenerla. Lo veía en las deferencias del tal George, en la seguridad del señor Kendall, acostumbrado a dar órdenes que eran inmediatamente obedecidas, en su caro traje de chaqueta, en aquel club privado…

Estaba impreso en él tan claramente como si llevara una marca en la frente. Nicholas Kendall era un objetivo claro para cualquier buscavidas. Y su enorme atractivo lo hacía más deseable.

No había muchos hombres que poseyeran aquella excitante combinación. Pero la idea de acercarse a alguien sólo por su cuenta

bancaria era algo ajeno a Leigh.

Otro hombre, de gran parecido físico con George, se acercó a ellos y, con la misma deferencia, preguntó si deseaban tomar un café. Los dos aceptaron y, en cuanto el hombre hubo desaparecido, Nicholas la miró a los ojos como si quisiera leer en ellos.

—¿Quiere hacerme creer que, como resultado de una sola noche con su hermana en Mallorca, soy padre de una niña? — preguntó, inclinándose hacia ella. Leigh asintió—. Si eso es verdad, lo

cual no estoy en absoluto dispuesto a creer, ¿por qué ha esperado tanto tiempo para decírmelo? ¿Por qué su hermana no me habló de su embarazo? Sabía mi nombre, podría haberme encontrado sin problemas. Soy muy conocido en los círculos financieros.

—Es una larga historia — dijo ella, nerviosa.

—Soy todo oídos — replicó él, cruzándose de brazos y mirándola con aquellos ojos profundos—. Quiero saber por qué de repente ha decidido venir a hablarme de este asunto.

Aparentemente, él estaba escuchándola, pero Leigh sabía que no estaba dispuesto a creer nada de lo que le contase.

—Mi hermana estaba casada cuando se conocieron — empezó a decir.

—¿Ah, sí? No me dijo nada.

—Debía llevar una alianza — murmuró ella. Él se encogió de hombros.

—No suelo mirar los dedos de las mujeres cuando éstas se lanzan a mis brazos.

—Ya veo. Usted acepta lo que le dan sin pensar.

—Antes de que empiece a cuestionar mi moral, le aconsejo que piense en la de su hermana, señorita Walker.

El hacía que Jenny pareciera una vulgar buscona y Leigh tuvo que ahogar la tentación de abofetearle.

Jenny no era ninguna mujer fácil. Se había lanzado de cabeza a aquella noche de locura, con el abandono de alguien que intenta olvidar el presente, ahogando sus penas en un acto cuyas repercusiones nunca hubiera imaginado.

—Jenny tenía razones para hacer lo que hizo, señor Kendall — replicó fríamente—. ¿Cuáles eran las suyas?

A él no le gustó ese comentario y su expresión se oscureció.

—Supongo que no ha venido aquí para hablar sobre mi sentido de la ética, señorita Walker, pero si tanto le interesa debe saber que, a la mañana siguiente, intenté buscar a su hermana. En recepción me dijeron que se había marchado del hotel.

—Eso debió ser un duro golpe para usted.

—¡No me hable en ese tono!

—Le hablo como me parece — replicó ella. No debía hacerlo y lo sabía, pero estaba deseando decirle a aquel hombre lo que pensaba de él y apenas podía contenerse.

—Yo no suelo tener aventuras con mujeres casadas.

Leigh se encogió de hombros, abandonando el impulso de decirle lo que pensaba sobre los hombres como él. No tenía sentido. Él decía que no tenía aventuras con mujeres casadas y quizá era cierto. Quizá Nicholas Kendall era un dechado de virtudes. Si aquél era el caso, era una paradoja que su aspecto indicara lo contrario.

—Sus principios morales son cosa suya y no tienen nada que ver con la razón que me ha traído aquí — dijo Leigh—. Jenny estaba casada entonces y… — tuvo que pararse un segundo para pensar cómo diría lo que tenía que decir —, las cosas no iban demasiado bien en su matrimonio. O, mejor dicho, iban bien, pero…

—¿Por qué no se decide?

—¡Un momento, por favor! — exclamó ella. En ese momento, se acercaba el clon de George, con los cafés—. Había recibido una mala noticia — susurró.

—¿Le parece normal que su hermana pasara la noche con un desconocido sólo porque había recibido una mala noticia? — preguntó él, sirviendo el café.

—Usted no entiende…

—Si estaba tan felizmente casada, ¿por qué no discutió el problema con su marido? Señorita Walker, no se ha preparado usted la historia a conciencia. ¿Creía que iba a tragármela sin hacer preguntas?

Leigh se puso colorada y tuvo que resistir la tentación de levantarse y salir de aquel club a toda prisa.

—Mire, señor Kendall, me doy cuenta de que usted se cree el hombre más interesante sobre la faz de la tierra, pero le aseguro que yo no me he inventado esta historia. Estoy aquí porque no tengo nadie más a quien recurrir.

—El hombre más interesante sobre la faz de la tierra… — repitió Nicholas Kendall, con una sonrisa irónica—. No, no lo creo — añadió, mirándola con lo que a Leigh le pareció una frialdad de hielo.

—Yo tampoco — replicó ella—. ¿Puedo seguir?

—Siga.

—Tiene que entender que todo esto… todo lo que le estoy contando… yo no sabía nada. Me he enterado… — Leigh tenía dificultades para hilar su discurso. No deseaba hablar sobre el accidente de Jenny. El tiempo había hecho que lo aceptara, pero temía echarse a llorar, si volvía a recordar la muerte de su hermana. Y no quería llorar delante de Nicholas Kendall—. Roy y ella… Roy era su marido…

—¿También murió en ese supuesto accidente? — Sí. Pero no es un supuesto accidente, señor Kendall.

—¿Qué ocurrió?

—¿Le importa?

—¿Era su única hermana?

Leigh lo miró, frustrada. ¿Por qué no la dejaba terminar? Primero se lanzaba a su cuello y después la interrogaba. A Leigh no le gustaba hablar sobre el accidente y casi nunca lo hacía. Prefería no recordar. Las circunstancias la habían endurecido y obligado a seguir adelante con su vida sin mirar atrás.

—Sí — contestó por fin.

—¿No tiene más parientes? ¿Padres, tíos, abuelos?

—Si hubiera sabido que iba a hacerme todas estas preguntas, habría traído el álbum familiar.

—¿Por qué dice que no tiene nadie mas a quien recurrir? — insistió él—. Si hay otros parientes, supongo que lo normal…

—Sería que les pidiera ayuda a ellos. Por supuesto — terminó ella la frase—. Pero no hay nadie más, señor Kendall. Jenny era mi única familia — explicó, con un nudo en la garganta. Tras la muerte de sus padres, Jenny la había cuidado como si fuera una madre. Pero, en aquel momento, no había nadie que la protegiera de la soledad y del miedo—. Nuestros padres murieron cuando yo tenía doce años. En cuanto a otros parientes, creo que tenemos un tío en Australia, pero nunca hemos tenido contacto. ¿Es ésa suficiente información o quiere saber algo más? ¿Quiere saber cuál es mi

grupo sanguíneo? — preguntó, irritada. Él no contestó y se limitó a mirarla con aquellos ojos fríos y cínicos—. No tengo nadie más a quien recurrir, como le he dicho, y además…

—Además, ¿qué?

—Creo que es importante para Amy saber quién es su verdadero padre — contestó Leigh desafiante—. Aunque sea una intrusión en su vida.

—Supongamos que le concedo el beneficio de la duda, que creo lo que me está contando. ¿Por qué ha esperado un año y medio para ponerse en contacto conmigo?

—Amy sólo tiene siete años…

—¿Y a qué estaba esperando?

Leigh lo miró con disgusto. ¿Creía una palabra de lo que le estaba contando o estaría sencillamente haciendo tiempo antes de levantarse y dejarla con la palabra en la boca?, se preguntaba. No podía saberlo porque su expresión era indescifrable.

—Estaba esperando que Amy fuera un poco mayor. Que tuviera edad para entender mejor…

—Muy considerado por su parte.

Leigh se sentía tentada de tirarle el café a la cara. Quizá de ese modo, borraría su cínica expresión.

— ¿Por qué ha dicho que estaba dispuesto a escuchar lo que tenía que decirle, señor Kendall? No está escuchándome. Lo que quiere es confundirme para que cometa un error.

—¿Qué le contó su hermana?

—Jenny estaba fuera de sí cuando fue a Mallorca — empezó a explicar Leigh después de una pausa—. No era ella misma. Yo era muy joven entonces y ella no solía contarme sus problemas para no preocuparme, pero lo que pasó… — suspiró Leigh pasándose la mano por el pelo — lo que pasó es que el médico les había dicho que Roy no podía tener hijos. Jenny se sintió destrozada porque siempre había deseado tenerlos. Era algo muy importante para ella. En el hospital me contó que siempre había soñado con tener una gran familia.

—¿Está intentando decirme que su hermana se fue de vacaciones con la intención de encontrar un espécimen deseable para sus propósitos reproductivos? — ironizó él, cruelmente. Leigh lo miró, desolada.

—Era una mujer desesperada, señor Kendall. Se sentía tan desgraciada que… hizo algo que nunca antes había hecho, tener una aventura — explicó ella—. El destino hizo que quedara embarazada. Mi hermana le explicó a Roy lo que había ocurrido y él lo entendió. Pasaron un mal momento, desde luego, pero se amaban y aceptaron las circunstancias. Roy siempre quiso a Amy como si fuera hija suya — siguió diciendo Leigh—. Mire, siento mucho tener que venir a contarle todo esto. Debe de ser una pesadilla para usted, pero es un hecho.

—¿Por qué piensa que voy a creer lo que me ha contado? — preguntó él fríamente, sin emoción.

—Porque es la verdad.

—¿Y ahora va a decirme por qué, de repente, se ha sentido obligada a involucrarme en esta historia?

«Locura temporal», pensó Leigh, mirando su taza de café. Francamente, Nicholas Kendall era la última persona en el mundo a la que hubiera deseado contarle aquel drama familiar.

—Porque las circunstancias han cambiado, señor Kendall — contestó ella.

—En otras palabras, necesita usted dinero. Me preguntaba cuándo llegaríamos al asunto económico.

Él hizo un gesto en dirección a la puerta y el gemelo de George se acercó para llevarse las tazas. El hombre que dormía cerca de ellos empezaba a despertarse. Leigh podía sentir que Nicholas Kendall se alejaba de ella y, de repente, sintió pánico.

—Tiene una hija, señor Kendall, le guste o no. Puede seguir creyendo que soy una buscavidas y salir de aquí sin volver la vista atrás, pero eso no cambia el hecho de que es usted el padre de Amy. Si se marcha, tendrá un peso sobre su conciencia durante el resto de su vida — dijo ella. Todo se derrumbaba. Había tenido que tragarse su orgullo, pero Nicholas Kendall no se marcharía sin que le dijera lo que pensaba de él.

—No me dé lecciones de moralidad, señorita Walker.

—Pienso hacerlo si me apetece — replicó ella, reuniendo todo su coraje—. Roy y Jenny dejaron tras su muerte innumerables deudas y yo he pasado los últimos meses buscando desesperadamente la forma de pagarlas. Con mi trabajo apenas podemos sobrevivir. Tengo la obligación de ser el apoyo material y moral de mi sobrina,

señor Kendall… y ya no me quedan fuerzas. He acudido a usted en busca de ayuda porque no tengo a nadie más. El banco quiere embargar nuestra casa y… no me importa lo que me pase a mí, pero tengo que pensar en Amy. Es una niña. ¡Es su hija! — exclamó, temblando. No le importaba la impresión que causara en aquel hombre. Si tenía que ponerse de rodillas, lo haría para asegurar el futuro de Amy.

En ese momento, se dio cuenta de que había levantado la voz y volvió la cabeza para comprobar si alguien la había oído.

—No la ha oído nadie — dijo él entonces, con menos hostilidad de la que Leigh hubiera esperado—. Es lo bueno de este sitio. Nadie presta atención a las conversaciones de los demás. Aunque a mí me importa un bledo lo que piense la gente.

—Ya.

Él la miraba con curiosidad, como intentando leer sus pensamientos.

—Supongo que comprenderá que exija un análisis de ADN para asegurar mi paternidad.

—Entonces, ¿me cree?

—Todo es posible — contestó él, encogiéndose de hombros.

—Puede exigir un millón de pruebas si quiere — sonrió ella por primera vez.

—¿Por qué dice eso?

—Por nada — contestó Leigh, sin dejar de sonreír. Una sonrisa secreta que irritaba a Nicholas Kendall; era como si guardara un secreto. Y era cierto. Ni siquiera serían necesarias las pruebas. Su parecido físico con Amy era increíble—. ¿Querrá usted conocer a Amy, señor Kendall? Si después de eso, quiere lavarse las manos de todo este asunto, lo aceptaré.

Leigh escuchó el tono suplicante en su propia voz y se sintió mortificada. Era terrible sentirse obligada a suplicar a aquel hombre.

—Conoceré a la niña — dijo él por fin.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes mejor, supongo — contestó él, levantándose. Leigh lo hizo a su vez. Estaba tan cerca de él que la altura del hombre, su cuerpo fuerte y musculoso la hacían sentirse pequeña.

—Se lo agradecería — dijo ella, siguiéndolo hasta la calle—. Si

pudiera…

—¿No decirle nada a la niña?

—Creo que debemos esperar un poco — asintió Leigh, apretando su abrigo sobre el pecho. Él seguía sin creerla del todo y ella lo sabía. Aquella situación que podía, potencialmente, cambiar su vida, no existía para él hasta que estuviera probada—. ¿Cuándo quiere conocerla?

—¿Le parece bien el fin de semana? El domingo puedo llevarlas a comer a alguna parte… ¿dónde le gusta comer a una niña de esa edad?

—En un McDonalds — contestó Leigh. Él la miró como si no supiera lo que era eso.

—No creo que podamos mantener una conversación en un sitio tan lleno de gente, pero conozco un restaurante en Covent Garden en el que sirven hamburguesas y batidos. ¿Le parece bien?

—Muy bien — sonrió Leigh.

—¿Y quién debo decir que soy? ¿Un pariente lejano? — preguntó él, irónico.

—Le diremos que es usted un amigo de la familia — contestó Leigh. Afortunadamente, Amy sólo tenía siete años. Si fuera mucho mayor, se daría cuenta del parecido.

—Muy bien. Y no olvide lo que le he dicho — murmuró él con tono de advertencia—. Con niña o sin niña, no voy a dejar que me engañe.

—No voy a hacerlo, señor Kendall.

—Nicholas.

—¿Perdón?

—Nicholas. Será mejor que me llame por mi nombre. Señor Kendall suena demasiado formal, considerando que soy amigo de la familia — dijo él, mirando su reloj. Después, le dio el nombre y la dirección del restaurante y, un segundo más tarde, Leigh lo observaba alejarse a grandes zancadas.

Al menos había conseguido dar el primer paso, pensaba. Y, en cuanto Nicholas Kendall viera a Amy, se daría cuenta de que era hija suya.

Su contribución económica, si decidía ayudarla, sería insignificante para un hombre como él, mientras que para ella sería el salvavidas que tan desesperadamente necesitaba.

Pero cuando entraba en su casa, un pensamiento la asaltó. Un pensamiento muy desagradable ¿Y si Nicholas Kendall decidía solicitar la custodia de su hija? Él era un hombre rico y poderoso, un hombre con muchos recursos. ¿Qué ocurriría si, después de ver a Amy decidía que quería portarse como un verdadero padre?

Leigh se quitó el abrigo y se preparó una taza de té, sin dejar de pensar en aquella terrible posibilidad.

Pero no podía ser. Nicholas Kendall no estaba casado. No tenía experiencia con niños y parecía el último hombre sobre la faz de la tierra que querría hacerse cargo de uno.

En realidad, no sabía cuál era su profesión, pero fuera la que fuera, sin duda ocupaba todo su tiempo. La gente raramente adquiere grandes sumas de dinero trabajando en algo que no ocupa las veinticuatro horas del día. No, él era probablemente uno de esos hombres que viven para trabajar. Probablemente tendría un ático en el mejor barrio de Londres, un apartamento exquisito con señora de la limpieza incluida. La clase de sitio que no admite niños ni perros.

Pero no debía seguir pensando en complicaciones antes de tenerlas, se decía a sí misma. No debía seguir pensando en Nicholas Kendall.

Debía pensar en Amy.

Capítulo 3

NO PIENSO ponerme eso — decía Amy, mirando el vestido de lunares azules y blancos que había sobre la cama.

—Es un vestido precioso, Amy — suplicaba Leigh.

—Quiero ponerme los vaqueros.

—¡Pero si te los pones todos los días!

—Sólo vamos a comer una hamburguesa, ¿no? Nadie se pone un vestido para ir a comer una hamburguesa — razonaba Amy, con lógica desarmante. Hasta poco antes, la niña aceptaba ponerse lo que Leigh elegía para ella sin rechistar, pero durante los últimos meses había desarrollado sus propios gustos, algo que Leigh encontraba estupendo porque demostraba que la niña tenía carácter y personalidad. Pero no aquel día. Aquel día Amy tenía que parecer la preciosa niña de siete años que era—. Además, soy demasiado mayor para ponerme ese vestido.

—Es un vestido muy bonito — insistió débilmente Leigh, derrotada—. Bueno, hagamos un trato. Puedes ponerte los vaqueros, pero no el jersey que llevas. Te pondrás el jersey naranja.

Amy la miró durante un momento, como si fuera a negarse, pero al final asintió.

—Vale. Y las botas de cordones.

—¿Por qué no?

Leigh se quedó sentada en la cama mientras Amy se ponía el jersey naranja y las botas. En realidad, estaba guapísima. No exactamente como una niña de La casa de la pradera, pero encantadora. Encantadora y moderna. Y Nicholas Kendall probablemente no tendría con quién compararla. Leigh dudaba de que conociera a alguien menor de diez años.

—Y el sombrero — dijo Amy, sacando del armario un sombrero negro forrado de piel. Leigh se encogió de hombros.

—Estás muy graciosa.

—Muchas gracias — dijo Amy, haciendo una mueca—. Tu amigo debe de ser muy especial, porque has vuelto a ponerte falda.

—No es mi amigo — replicó Leigh, mirándose en el espejo. Llevaba una falda marrón y un jersey del mismo color. Suponía que el adjetivo mona era el máximo que podría aplicarse. Había

intentado parecer mayor poniéndose un collar de perlas, pero seguía pareciendo una adolescente—. Era amigo de tu madre — explicó. Aquello era una verdad a medias y, por lo tanto, una mentira a medias.

Amy no dijo nada. Estaba empezando a reaccionar mejor cada vez que hablaban de Jenny. Durante meses, sus ojos se habían llenado de lágrimas cada vez que mencionaban a su madre, pero el presente iba formando sus propias capas de recuerdos sobre el pasado. Los niños son muy fuertes, le habían dicho a Leigh. En cierto modo, soportan el dolor mejor que los adultos porque nunca intentan esconderlo.

—Mi madre nunca me habló de él — dijo Amy, siguiendo a su tía fuera de la habitación.

—Quizá te habló de él y tú lo has olvidado. Pero da igual. Ha sido muy amable por su parte invitarnos a comer — dijo Leigh. ¿Amable? Aquello si que era una mentira. Nicholas Kendall no podría ser amable aunque le fuera la vida en ello.

Fueron a Covent Garden en el metro y llegaron al restaurante con mucha antelación. Todas las mesas estaban ocupadas y los camareros iban de un lado a otro sin parar, sujetando con mano experta sus bandejas.

Uno de ellos las llevó hasta la mesa que Nicholas Kendall había reservado y Leigh pidió dos refrescos. Le dolía el estómago y no podía dejar de mirar hacia la puerta del restaurante.

Pero Nicholas apareció frente a ella cuando menos lo esperaba.

Amy lo miró sin disimular su curiosidad y él… parecía transfigurado. Leigh sabía por qué. Juntos, el parecido físico era aún más evidente.

Los dos tenían el mismo color de pelo, el mismo color de ojos, el mismo dibujo en los labios. Incluso su expresión parecía un reflejo. Era increíble.

—¡Hola! — rompió Leigh el silencio. Nicholas apartó la atención de su hija y se sentó a su lado—. Encantada de verte, Nicholas — lo saludó, intentando parecer natural—. Nicholas, te presento a mi sobrina, Amy.

—Encantado de conocerte, Amy. Te he traído un regalo — dijo él, incómodo, sacando algo del bolsillo—. Me enteré hace poco de lo que le había ocurrido a tus padres.,.

—¿Qué es? — preguntó la niña, pidiendo permiso a su tía con la mirada antes de tomar la cajita.

—Es sólo un detalle — contestó él. Leigh no podía descifrar su expresión. ¿Estaba enfadado, sorprendido? ¿Perplejo al comprobar que no había mentido, que el resultado de su aventura con Jenny estaba sentado frente a él?

Amy abrió la caja y sacó una pulserita de oro.

—¿Puedo quedármela?

—Supongo — dijo Leigh.

—Claro que sí. Es un regalo — dijo Nicholas.

Habían contestado los dos al mismo tiempo y Leigh lanzó una mirada de irritación sobre él. Era el padre de Amy, pero aquella era una situación que había que tratar con mucha delicadeza, paso a paso. Asumir derechos que no tenía no serviría de nada y pensaba dejarle eso bien claro. ¿Por qué le había llevado un regalo?, se preguntaba. ¿No pensaría comprar su afecto con eso?

Durante la comida, Nicholas hacía preguntas a Amy a las que la niña contestaba con monosílabos, divertida con la incomodidad de aquel hombre al que nunca antes había visto.

De vez en cuando, abría la cajita de la pulsera y la miraba.

Leigh no sabía qué hacer para relajar el ambiente. Los viejos amigos tienen anécdotas que recordar, cosas que decirse, pero ellos no tenían nada de eso y no sabía qué hacer. Sus intentos por iniciar una conversación fracasaban estrepitosamente.

Cuando terminaron de comer, Amy anunció que tenía que ir al lavabo.

—Puedo ir sola — dijo, cuando Leigh se levantaba. — ¿Seguro?

—Está abajo. Lo vi una vez cuando vine con papá y mamá.

Un incómodo silencio siguió a aquel comentario que, afortunadamente, Amy no percibió.

—Bueno… — empezó a decir Leigh, intentando tomar el control de la situación — habías dicho que querías una prueba de ADN…

—Sabes muy bien que no será necesaria. Esa niña es…

—Tu viva imagen — terminó ella la frase.

—¿Eso hace que te sientas satisfecha? — preguntó él, con los dientes apretados—. ¿Quién le dio derecho a tu hermana a hacer lo que hizo? ¿Por qué no me preguntó si quería tomar parte en la vida de mi hija?

—Ya hemos hablado de ello — lo interrumpió Leigh, mirándolo como un zoólogo miraría a una nueva y peligrosa especie.

—¡Pues tendremos que volver a hablar! — exclamó él, golpeando la mesa con el puño. Como Amy no estaba presente, no sentía la necesidad de ser amable.

—Hizo lo que le pareció mejor en aquel momento — replicó ella, negándose a sentirse amedrentada—. Mi hermana nunca imaginó que iba a quedar embarazada…

—¡Pero así fue!

—Lo sé, pero…

—Pero tú te sientes obligada a defenderla, ¿no es así? — insistió él, con expresión de disgusto—. Seguramente tú habrías hecho lo mismo.

—¿Cómo te atreves? — exclamó Leigh, intentando conservar la calma.

—Yo soy el padre de esa niña, pero tu hermana no tenía intención de hacérmelo saber.

No tenía sentido negar la verdad y Leigh no se molestó en intentarlo. En cierto modo, entendía por qué su hermana había actuado como lo había hecho, aunque también podía ver la injusticia que había cometido. Era una de esas situaciones en las que alguien siempre sale herido.

—Amy te hubiera encontrado más tarde o más temprano. Y no tiene sentido seguir discutiendo sobre…

—¿Y tú tuviste valor para juzgar mi sentido de la moral por haberme acostado con tu hermana?

Por el rabillo del ojo, Leigh vio que Amy se acercaba a la mesa y sonrió, aunque el gesto le costó un enorme esfuerzo.

¿Puedo tomar postre? He visto un banana split y tenía una pinta más buena… — dijo la niña, mirando a su tía a través de largas pestañas oscuras, las mismas pestañas de su padre. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta de su enorme parecido con el hombre que había frente a ella?, se preguntaba. Pero los niños no se daban cuenta de aquellas cosas, suponía Leigh.

—Yo creo que es hora de irnos, Amy — dijo, doblando su servilleta—. Aún no has hecho los deberes. — Sólo tengo que hacer las mates — protestó la niña.

—¿Te gustan las matemáticas? — preguntó Nicholas,

escondiendo su furia con dificultad. Amy lo miró con una de esas miradas indulgentes que los niños suelen lanzar sobre un adulto cuando éste está intentando entablar una conversación.

—Se me dan muy bien.

—Yo también era muy bueno en ciencias — dijo Nicholas—. Te vendrá bien cuando seas mayor.

—¿Para buscar trabajo? — preguntó Amy, sorbiendo ruidosamente el resto de su refresco.

—Sí. Aunque supongo que aún no habrás pensado en lo que quieres ser de mayor.

—Quiero ser bailarina — dijo la niña, después de pensar unos segundos.

—Eso suena… interesante — murmuró Nicholas, divertido.

—¿Conoces a alguna bailarina?

—La verdad es que no. Pero uno de estos días, podríamos ir al ballet.

—¿Podemos? — preguntó Amy, mirando a su tía con los ojos brillantes.

—No lo sé — contestó Leigh, sintiéndose como una vieja tía solterona e irritada con Nicholas por colocarla en aquella posición.

—En navidades suelen hacer El cascanueces.

—Ya veremos.

—¿Te molestaría si llevara a Amy al ballet?

—Pues… no, no, claro.

—Me alegro de oírlo.

—Pero es que en navidades hay tantas cosas que hacer…

—Pero, tía Leigh…

—Es hora de irnos, Amy.

—¿Tienes alguna amiguita con la que puedas quedarte, Amy? — preguntó Nicholas, llamando a un camarero—. Tengo que hablar con tu tía.

—¿Te importaría decirme sobre qué tenemos que hablar? — preguntó ella, quitándose la máscara de amabilidad y simpatía.

Amy parecía confusa ante aquel cambio. Miró a uno y a otro y después se refugió en la pulserita de oro.

—Tenemos que hablar, sencillamente — dijo él. Algo en su voz hizo que Leigh sintiera un nudo en el estómago. No estaba acostumbrada a tratar con hombres como Nicholas. Él la miraba

directamente a los ojos y, por un momento, se sintió desorientada.

—Claro, pero podríamos…

—Cuanto antes, mejor.

—Sí, pero no sé si podré encontrar a alguien que se quede con Amy sin haber avisado…

—Podría ir a jugar con Sophie — intervino Amy, encantada por haber encontrado una solución.

—A lo mejor no está en casa.

—Si es una vecina, podríamos intentarlo — dijo Nicholas—. Yo os llevaré en mi coche.

Leigh asintió, mirándolo desalentada mientras él pagaba la cuenta. Nicholas estaba tomando el control de la situación. Suponía que era lo más lógico en un hombre como él, pero la molestaba infinitamente.

Había sido una ingenua. Necesitaba ayuda y había acudido a Nicholas Kendall para conseguirla, convencida de que hacía lo que tenía que hacer. Pensaba que, de ese modo, tendrían menos apuros económicos.

Ingenua o simplemente tonta.

Cuando se acercaban al coche de Nicholas, un chófer salió de él para abrirles la puerta, mostrando, como todo buen chófer, una elegante falta de curiosidad.

—¿Dónde vives? — preguntó Nicholas. Ella respondió y el brillante BMW último modelo, azul metalizado se deslizó por Covent Garden. Sentada en el asiento trasero, Leigh se sentía como una idiota, pero Amy parecía encantada.

Llegaron a su casa en un tiempo récord y, mientras Leigh hablaba por teléfono con la madre de Sophie para que Amy se quedara allí a jugar, Nicholas esperaba fuera.

Cuando volvió a salir, el chófer había desaparecido y Nicholas la esperaba apoyado en el coche, con las manos en los bolsillos del abrigo. El viento movía el flequillo sobre su cara.

—Le he pedido que se fuera. Prefiero que estemos solos — dijo el hombre—. Amy puede quedarse en casa de su amiga?

—Sí. Yo la llevaré. Está a un par de calles de aquí — contestó ella—. Puedes esperarme dentro, si quieres.

Nicholas asintió y entró tras ella, mirando a su alrededor como si la casa fuera una pieza más del rompecabezas que tenía que

descifrar.

Amy le dio educadamente las gracias por la pulsera antes de despedirse y, cuando Leigh se volvió para cerrar la puerta, vio que Nicholas no apartaba los ojos de la pequeña figura que le daba la espalda.

Nicholas estaba donde lo había dejado cuando Leigh volvió a casa unos minutos más tarde. Él aceptó tomar un café y no dejó de observarla mientras sacaba las tazas del armario.

—¿Qué va a pasar ahora? — preguntó ella.

Nicholas se sentó frente a la mesa de la cocina, una mesa de pino llena de garabatos de tinta que Amy había hecho a lo largo de los años.

—Supongo que ésta es la casa que está a punto de ser embargada.

—Así es.

—Es muy bonita. Parece un sitio encantador para criar un niño.

—Amy es una niña muy feliz — murmuró Leigh, incómoda con el giro de la conversación. No sabía dónde quería llegar él.

—¿El banco te ha dado una fecha tope?

—Aún no, pero sé que lo harán pronto.

—¿Y qué habías pensado hacer?

—Había pensado pedirte un préstamo. Eso si… estabas satisfecho con la situación.

—Qué forma tan delicada de decirlo. Satisfecho es una palabra que yo no usaría para definir esta situación, pero es absurdo seguir hablando de ello. Es un fait accompli y tenemos que buscar una solución.

—Estoy de acuerdo — dijo ella, apartando la mirada. Cada vez que miraba los ojos del aquel hombre tenía la sensación de ser arrastrada por las olas.

—¿Qué pensabas hacer con el dinero?

—¿El dinero? — preguntó ella, confusa.

—El dinero que pensabas pedirme.

—El préstamo — corrigió ella—. No pensaba tomar nada que no pudiera devolver de una forma u otra. Y pensaba alquilar un apartamento para Amy y para mí.

—¿Y qué papel pinto yo en todo esto? — los fríos ojos verdes la observaban inmisericordes mientras ella se ponía colorada.

—Naturalmente, puedes seguir manteniendo contacto con Amy…

—Qué generosa. ¿A qué te refieres cuando dices mantener contacto?

Leigh levantó la barbilla, a la defensiva.

—Si quieres que te diga la verdad, no pensaba que tendrías demasiado interés. No soy idiota. Sé que esto es algo inesperado para ti y que no tienes ninguna experiencia con niños. Sé que esto es un descalabro en tu vida…

—Tú no tienes ni idea de cómo es mi vida — la interrumpió él.

Leigh decidió ignorar el sarcasmo.

—¿Tienes alguna experiencia con niños?

—No mucha, pero no sé dónde quieres llegar con esa pregunta.

—He recurrido a ti porque necesito dinero desesperadamente, ya lo sabes. A mi no me importa vivir con lo mínimo, pero las cosas son muy diferentes cuando hay un niño de por medio — explicó Leigh—. Amy necesita cuidados, hay que comprarle ropa, pagar el colegio, la comida… Roy y Jenny… yo no tenía ni idea de que su empresa estaba en la ruina. Supongo que pensaban que podrían levantarla, pero… es imposible.

Hubo una larga pausa después de aquello.

—Amy es una niña encantadora — murmuró él.

—Sí.

—Es muy raro referirme a alguien de mi propia sangre de una forma tan impersonal — había rabia y frustración en la voz del hombre, pero cuando la miró, parte de la hostilidad había desaparecido. Sus ojos seguían siendo fríos, pero parecían menos hoscos.

—Entiendo que… es una situación difícil para ti. Por eso quiero entrometerme en tu vida lo menos posible. Siento mucho todo esto.

—Ahórrate las lamentaciones — dijo él, cortante—. Ahora que he descubierto que es realmente mi hija, no tengo intención de limpiar mi conciencia con un simple cheque.

—Sólo sería un préstamo — insistió ella. No sabía qué había querido decir Nicholas. Había imaginado que podrían llegar a algún tipo de acuerdo, como que la visitara de vez en cuando. Pero él parecía querer más.

—El dinero no tiene importancia.

—¿Qué intentas decir? — preguntó Leigh.

—Quiero que Amy forme parte de mi vida — contestó él abruptamente. Leigh se quedó pálida. Sus peores miedos se veían confirmados.

—Sí, claro, ella tiene que formar… quiero decir, no espero que…

—No entiendes lo que estoy diciendo — la interrumpió él—. No quiero hacer el papel de padre a tiempo parcial. Ni de padre enmascarado como amigo de la familia.

Leigh se había quedado sin palabras. Se sentía mareada y tuvo que apoyarse en la mesa para no perder el equilibrio.

—Podemos llegar a un acuerdo…

¿Qué había hecho? ¿Por qué había creído que Nicholas Kendall le daría dinero y después desaparecería silenciosamente de sus vidas?

—No sé si te das cuenta de que Amy es mi única heredera por el momento — continuó él, implacable.

—Pero no te conoce en absoluto.

—Si fuéramos a los tribunales, yo tendría un argumento muy poderoso para solicitar la custodia de Amy.

—¡Un juez entendería también mis argumentos! — replicó ella —. Amy no te ha visto en su vida — añadió, intentando controlar las lágrimas. No valdría de nada llorar. Nicholas Kendall no mostraría simpatía alguna por sus sentimientos.

—Eso no es culpa mía, como me encargaría de explicarle al juez.

—Una batalla en los tribunales sería terrible para Amy y ella es la única que importa, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo. Pero seamos sensatos. Tu hermana tuvo una hija mía y, fueran cuales fueran las circunstancias, me escondió ese hecho durante casi ocho años. Si no hubieras tenido que acudir a mí para resolver tus problemas, quizá nunca me habría enterado de su existencia — dijo Nicholas, con calma—. Tú eres la tutora de Amy, pero no tienes medios para mantenerla. ¿Cuánto dinero tienes en el banco ahora mismo?

—No estoy segura — contestó Leigh, casi sin voz—. No mucho.

—En otras palabras, necesitas ayuda económica urgente, y, además, el banco está a punto de embargarte la casa — dijo él—. Pero tienes razón en una cosa. Amy no me conoce en absoluto. Y lo único que importa es su futuro.

—Así es.

—Por eso quiero hacerte una oferta. — ¿Qué clase de oferta?

—No me mires con esa cara — dijo él, lo que inmediatamente avivó las sospechas de Leigh—. Lo que estoy a punto de proponerte es la solución más sensata.

Nicholas hizo una pausa durante la cual Leigh se preguntó si no habría ido de la sartén al fuego.

—¿Y bien?

—Me parece entender que tu trabajo deja mucho que desear y que tuviste que aceptarlo debido a las circunstancias. Supongo que tenías otros planes para tu vida antes de que ocurriera todo esto.

—Pues sí. Estudiaba arte y quería… pero ¿para qué voy a contártelo? Las circunstancias me obligaron a abandonar la universidad.

—Supongo que te gustaría dejar el trabajo y seguir con tu carrera.

—Prefiero no soñar.

—Entonces, me estás dando la razón. Se puede soñar, pero para eso hace falta dinero.

—¡No pensaba usar tu dinero para pagarme las clases!

—Lo sé. La primera preocupación hubiera sido encontrar un techo bajo el que cobijamos.

—La primera y única preocupación — corrigió ella, molesta por la insinuación de que pensaba aprovecharse de su dinero.

—Mira, Leigh, aunque en sorprendentes circunstancias, tengo una hija y no pienso eludir mis responsabilidades. Quiero que venga a vivir a mi casa.

—¿Qué? ¿Has perdido la cabeza? ¡No pienso dejar que… que me quites a Amy!

—Estás exagerando — respondió él con frialdad—. Aún no has oído mi oferta.

—¿Quieres llevarte a mi sobrina y dices que estoy exagerando? ¿Qué esperas que haga, que sonría y te ayude a hacer su maleta?

—¡Por Dios bendito, escúchame! — exclamó él. Leigh emitió un sonido inarticulado y apretó los puños. Estaba temblando—. No voy a quitarte a Amy.

—Entonces, ¿qué … ?

—Quiero que tú vengas también. De ese modo, resolvemos todos

los problemas. Tendréis un lugar para vivir y seguridad económica. Tú puedes seguir estudiando tu carrera y dejar ese trabajo que tan poco te gusta.

—No pienso aprovecharme de…

—Tómalo o déjalo — la interrumpió él—. Tengo una casa en Hampstead y hay espacio más que suficiente para que vivamos los tres. Y no vas a aprovecharte de mí. Pienso darte un empleo.

—¿Como qué? — preguntó ella, sorprendida.

—Como niñera — contestó él—. Y antes de que te pongas a gritar, te sugiero que consideres las alternativas. Amy es mi hija y, si es necesario, acudiré a los tribunales para conseguir su custodia. Y te advierto que yo nunca pierdo una pelea.

Capítulo 4

NICHOLAS sabía muy bien lo que estaba haciendo. No había ninguna posibilidad de salir perdiendo y tampoco de que ella rechazara su oferta.

Y eso, pensaba Leigh dos semanas más tarde, había sido sólo el principio. Durante aquel tiempo, había visitado a Amy dos veces y se había asegurado su afecto llevándole tantos regalos que ni el más duro de los niños podría resistirse. Estaba decidido a ganársela y, mostrando su lado encantador, que sólo guardaba para Amy, lo estaba consiguiendo.

—No puedes aparecer con un regalo cada vez que vienes a visitarla — le había dicho Leigh cuando, por tercera vez, había aparecido con una caja llena de Barbies con más vestuario del que la mayoría de las personas guardan en su armario.

—¿Por qué no?

Amy se había ido a dormir y estaban los dos solos en el salón.

—Porque lo que estás haciendo es comprarla — contestó sinceramente.

—Ésa es tu teoría.

—Pero es cierta. Si le das todo lo que quiere, nunca dejará de pedir y, cuando llegue el momento de decir que no, para ella será como una traición. No se educa así a los niños.

—¿También has estudiado psicología infantil?

—No. Lo he aprendido por experiencia. Pareces olvidar que eres más nuevo que yo en este juego — contestó ella, mirándolo a los ojos. Pero, como cada vez que lo hacía, se sentía ligeramente mareada. Lo había notado la primera vez que se vieron y, con cada encuentro, aquella incómoda sensación se repetía. Pero tendría que acostumbrarse si iban a vivir en la misma casa.

—De acuerdo — asintió él, después de pensarlo un rato—. Creo que tienes razón.

—¿Qué?

—Que tienes razón — repitió él con calma—. Y ahora, si te parece, podemos hablar sobre sus estudios…

—¿Qué pasa con sus estudios?

—Mi casa está muy lejos de su colegio.

—Cuando nos mudemos, pensaré en ello.
—Cuanto antes lo hagas, mejor.
—¿No te parece que un cambio de colegio sería demasiado para ella? Va a cambiarse de casa, de barrio…
—Yo diría que, si va a tener que cambiar, lo mejor será que lo hagamos todo de golpe.
—Pues yo no estoy tan segura.
—Hay un colegio excelente a diez minutos de mi casa.
—Lo pensaré — murmuró Leigh, abriendo la puerta de la casa, como para confirmar que daba por terminada la visita.
—No hace falta — dijo Nicholas, apoyándose en el quicio de la puerta—. Ya lo he solucionado yo. Amy empezará en el nuevo colegio después de las vacaciones de Navidad. Lo único que tienes que hacer es encargarte del uniforme.
—¿Qué? — exclamó ella, sorprendida—. No puedes tomar decisiones sobre el futuro de Amy sin consultarme.
—Tú esperabas que te diera el dinero sin involucrarme en absoluto en su vida, ¿verdad? Pues lamento decirte que te has equivocado. Estamos hablando de mi hija y le diré quién soy cuando se haya acostumbrado a mí.
Leigh había abierto una puerta sin saber lo que había detrás y era demasiado tarde para cerrarla.
La lógica y la razón la hacían reconocer que él lo hacía todo en beneficio de Amy, pero aquella agresiva intrusión en sus vidas la incomodaba. Él la incomodaba. Cuando estaba a su lado, todo su cuerpo parecía temblar y no le gustaba aquel sentimiento.
Leigh miraba su reloj con creciente irritación. Nicholas tenía que haber ido a buscarla para inspeccionar su casa antes de que se instalaran.
¿Y qué pasaría con ella?, se preguntaba no por primera vez desde que Nicholas les había ofrecido vivir bajo su mismo techo. Se sentía egoísta por pensar aquello, pero no le gustaba que nadie controlara su vida.
Leigh estaba paseando por el salón cuando oyó el sonido de un coche y unos pasos que se dirigían a la puerta. Ni siquiera le dio tiempo de llamar.
—Llegas tarde.
Él llevaba un jersey beige, pantalones verdes y una gabardina.

No se había afeitado y tenía un aire de pirata irresistible. Y que le iba muy bien a su personalidad. Nicholas parecía la clase de hombre que disfrutaría de un abordaje, un robo, en fin cualquier actividad que le hiciera impopular.

—Ocho minutos — dijo, mirando su reloj. Leigh no replicó—. ¿Le has dicho algo a Amy? — preguntó, una vez dentro del coche.

—No — contestó ella apresuradamente—. Está ensayando la obra de Navidad en el colegio y no me ha parecido el mejor momento.

Naturalmente, la niña quería que Nicholas asistiera a la función. Nicholas la había impresionado, Leigh lo sabía, y no sólo por los regalos. La había impresionado del mismo modo que, sin duda, impresionaba a todas las Mujeres, fueran de la edad que fueran. Y quizá, tuvo que reconocer Leigh, Amy estaba buscando inconscientemente la figura de un padre.

—¿Y cuándo será el mejor momento? — preguntó él. Leigh podía notar su irritación y sabía que, más tarde o más temprano, se le acabaría la paciencia.

—No es una situación fácil.

—Y tú no estás ayudando nada — replicó él. Cuando Amy estaba con ellos mantenían una fachada de cortesía, — pero sin ella se convertían en adversarios—. Quizá debería hablar con Amy y contarle la verdad, que irá a vivir a mi casa, que va a cambiar de colegio…

—¡No! — exclamó Leigh, horrorizada—. Ha tardado mucho tiempo en salir del caparazón protector en el que se había cobijado cuando sus padres murieron. Debo ser yo quien se lo diga, poco a poco.

—Muy bien. Entonces, espero que hayas empezado a contarle algo la próxima vez que nos veamos.

—¿Y si no lo hago? ¿Si decido que Amy estará mejor sin que tú te involucres en su vida?

—Tú no harías eso.

—¿Por qué no?

—Porque yo lo digo.

Leigh le lanzó una mirada retadora, pero eso era lo único que podía hacer. Tenía las manos atadas y los dos lo sabían.

—¿Te has despedido de la oficina?

—Aún no.

—¿Y cuándo piensas hacerlo?

—Esta semana — contestó ella irritada. ¿Es que no había nada que aquel hombre no quisiera controlar?, se preguntaba.

—¿Vas a volver a la universidad?

—Veo que te acuerdas — murmuró ella, sorprendida.

—No sé qué edad tienes, pero pareces una adolescente — dijo él entonces, de forma casi amistosa—. Me imagino que tu vida cambió radicalmente tras la muerte de tu hermana y creo que lo más sensato sería dejar de pelearte conmigo y ver esto como una oportunidad para volver a hacer lo que te gusta.

—Me hubiera gustado hacerlo por mí misma.

—Pero no puedes — replicó él suavemente—. Voy a contratarte para que cuides de Amy y, de ese modo, podrás volver a la universidad. Yo creo que es la mejor noticia posible.

—¿Por qué te ofreces a pagarme un salario por algo que yo hago voluntariamente?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Sí.

—Porque, a pesar de lo que piensas, a mí no me gusta aprovecharme de la gente. Y no tengo intención de herir tu orgullo. Sé que recurrir a mí ha tenido que ser muy difícil para ti..

—¿Y si decides despedirme?

—Eso no va a ocurrir.

—Ya, claro. Porque tú lo dices, ¿no? Los pobres mortales tenemos que confiar en tu superior conocimiento.

Nicholas lanzó una carcajada. Era la primera vez que lo hacía y el sonido enviaba un escalofrío extraño por todo su cuerpo. En aquel momento, Leigh tuvo que reconocer que aquel hombre podía ser encantador. Y peligroso.

No se había dado cuenta de que él aminoraba la velocidad para entrar a través de una verja de hierro, más parecida a la entrada a una casa de campo que a una casa en el centro de Londres.

Cuando Nicholas le había dicho que vivía en una casa de tres pisos, ella había imaginado que sena una casa de ladrillo en medio de otras casas de parecidas características. Pero se había equivocado de medio a medio. El coche se deslizaba por un camino de grava y se paró frente a una magnífica casa con jardín. No era una mansión,

pero casi.

—Después de ver la casa, iremos a hablar con la directora del colegio. Si quieres, podemos comer juntos.

Estaban en un cálido vestíbulo cubierto de alfombras, con muebles antiguos y de gran valor. Leigh podía escuchar el sonido de una aspiradora en el piso de arriba.

—Es la señora MacBride — explicó Nicholas—. Viene todos los días.

Leigh no estaba escuchando. Estaba completamente absorta en la contemplación de la casa. La decoración era impecable. Los muebles, las alfombras, los cuadros, todo hablaba de una elegancia que sólo el dinero podía comprar. Pero no era ostentosa, era simplemente, la casa de un hombre rico.

Poco después subían al tercer piso, donde estaban las habitaciones que Amy y ella ocuparían. Entre ellas había un pequeño salón y un enorme cuarto de baño.

—Están prácticamente sin usar. De vez en cuando se ha quedado alguien a pasar la noche, pero pocas veces. La mayoría de la gente que conozco vive en Londres y los que no, suelen quedarse en la casa de campo.

—¿La casa de campo?

—¿No la había mencionado? Está en Warwickshire. Es un poco más grande que ésta.

—La verdad es que no me hace demasiada gracia… vivir en tu casa — dijo Leigh mientras bajaban la escalera. Él la miró fijamente a los ojos, haciendo que se sintiera incómoda—. Sé que eres un hombre muy rico y supongo que tendrás montones de aduladores que harían cualquier cosa por ti, pero la verdad es que no sé qué clase de persona eres.

Él tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la miraba como si intentara leer sus pensamientos.

—No puedo decirte qué clase de persona soy. En esta situación, lo único que puedes hacer es confiar en mí.

—He leído en los periódicos que tienes… bueno, cierta reputación.

—¿Ah, sí? Te aseguro que mis intenciones son honorables — sonrió él. Era terriblemente sexy cuando sonreía, pensó Leigh, sintiendo un escalofrío—. Te doy mi palabra de que no voy a entrar

en tu habitación para violarte.

Leigh deseaba que se la tragara la tierra. O, mejor, que se lo tragara a él.

—No he querido decir…

—Te lo diré más claro, para mí tú eres una niña.

—¿Cómo?

—Bueno, quizá no me he expresado bien…

—Sé muy bien lo que has querido decir — lo interrumpió ella. Sabía cuál era su aspecto, pelo corto, pecho plano y una figura andrógina, con toda la riqueza de la inexperiencia reflejada en su cara.

—No. No lo sabes.

—No hace falta que me des explicaciones. Cada uno tiene su tipo y me siento muy aliviada de que hayas sido sincero conmigo.

—¿De verdad?

—Sí. Absolutamente — contestó ella, pasando a su lado. En ese momento, hubiera deseado tener una larga melena para moverla airadamente sobre su hombro.

—Me alegro, pero ¿y yo? — susurró él, colocándose de nuevo a su lado—. ¿Quién me asegura que yo estoy a salvo?

—Tú tampoco eres mi tipo — contestó ella, sin mirarlo.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Me gustan los hombres sencillos, cariñosos y sensibles.

—Qué alivio. Bueno, ¿vamos al colegio? — sonrió Nicholas, poniéndose la gabardina. Todo aquel atractivo masculino no era para ella, pensaba Leigh. Y era mejor. Respiraba con menos dificultad cuando él estaba lejos.

—Una pregunta más.

—¿Cuál?

—¿Qué pasa con tu huésped?

—¿Qué pasa con mi huésped? — lo había preguntado sin mover un músculo, pero Leigh tuvo la impresión de que algo en él se tensaba. En realidad, ¿por qué tenía un huésped? Era extraño.

—¿Dónde vive ese hombre?

—No es un hombre. Es una mujer.

—¿Y dónde vive esa mujer?

—¿Es importante?

—¿Quién es? — preguntó Leigh, curiosa sobre el asunto porque

él no le daba respuestas.

—Es una amiga de la familia – contestó Nicholas por fin—. Y vive en el piso de abajo.

Leigh imaginó que sería una mujer de edad, una tía abuela o algo parecido. Era lógico que Nicholas compartiese aquella enorme casa con algún familiar. Y le alegraba saber que habría alguien más en la casa con ellas, otra mujer.

—¿Suele comer contigo? — preguntó, más por amabilidad que por otra razón.

—Ella entra y sale de la casa cuando quiere. Y ahora, — dijo él, mirando su reloj — si no te importa dejar el tema, podemos ir al colegio.

—Claro.

—¿Sabes conducir?

—Tengo permiso de conducir, pero no tengo coche — contestó Leigh—. Después del accidente usé el de mi hermana durante un tiempo, pero tuve que venderlo para pagar deudas.

—¿Y cómo llevas a Amy al colegio? — preguntó él, mientras entraban en su BMW.

—Andando. Para eso tenemos dos piernas.

—El colegio que vamos a ver está demasiado lejos como para ir andando.

—¿Y no hay ningún autobús?

—No lo sé. Pero da igual, prefiero comprarte un coche pequeño.

—¡No seas ridículo!

—No lo soy — replicó él, mirándola con el ceño fruncido—. Y espero que ese maldito orgullo tuyo no se interponga con el sentido común.

—¿Orgullo? ¿Orgullo? Primero soy una buscavidas y después, demasiado orgullosa como para aceptar nada tuyo. ¡A ver si te decides!

Nicholas volvió a lanzar una carcajada.

—Tienes razón. Pero la verdad es que un coche te haría la vida más fácil.

—Claro que sí, pero…

—Ningún pero. Voy a comprarlo. No quiero que pierdas la mitad del día yendo de un lado a otro en autobús.

Leigh decidió no replicar. ¿Para qué?

El colegio era todo lo que Leigh hubiera deseado para Amy. No tenía un solo fallo y se daba cuenta por la sonrisa de satisfacción en el rostro del hombre que él se había dado cuenta.

—¿Quieres preguntar algo? — dijo él, mientras comían.

—Parece que has pensado en todo — respondió Leigh, estrujándose el cerebro para encontrar algún fallo.

—Entonces, ¿cuándo os mudáis?

—Después de las navidades.

—¿Para qué esperar tanto?

—Me parece el mejor momento. Quiero decir que no me gustaría estropear los planes que hayas hecho para estas vacaciones — contestó ella.

—Yo decidiré si quiero cambiar de planes o no. Además, creo que cuanto antes os mudéis, mejor. Tengo la impresión de que estás intentando escaparte.

—No sé por qué dices eso — murmuró Leigh, poniéndose colorada.

—Creo que sigues dudando de haber hecho lo mejor recurriendo a mí — dijo él. ¿Tan transparente era?, se preguntaba Leigh. No quería ser transparente. No había nada misterioso en la transparencia. Pero, ¿por qué quería ser misteriosa?, pensaba. Era ridículo. Nunca había sentido admiración por las mujeres que cultivaban el antiguo juego de decir una cosa y pensar otra. Prefería la sinceridad. Entonces, ¿por qué la molestaba tanto que Nicholas Kendall pensara que ella era, emocional y sexualmente, una cría?—. ¿Qué tal el fin de semana?

—¿Este fin de semana? — preguntó ella, incrédula—. ¿Quieres que nos mudemos a tu casa este fin de semana?

—Sí.

—Es demasiado pronto. Amy apenas te conoce.

—Eso cambiará en cuanto vengáis a vivir a mi casa.

—¿Se te ha ocurrido pensar que podrías asustarla?

—No. Y estoy seguro de que tú tampoco lo piensas.

—Aún así. Es demasiado pronto — insistía ella obstinadamente.

—¿Por qué?

—Porque… el colegio de Amy… tendremos que ir y volver todos los días…

—Es sólo media hora. Si no recuerdo mal, tú pensabas seguir en

ese colegio, estuviera lejos o no.

—No estamos hablando de eso.

—Es de eso precisamente de lo que estamos hablando — dijo Nicholas, inclinándose hacia ella—. Tú has venido a mí, Leigh Walker. Tú has entrado en mi vida con una bomba de relojería en la mano. Pero mi mundo tiene sus reglas.

—Estoy cansada de oírlo. Mira, Nicholas, sé que tú eres su padre y que tienes que dar tu opinión sobre su futuro, pero debes entender que ella no te conoce, que no eres parte de su vida…

—Los dos sabemos que yo no tengo la culpa de eso — la interrumpió él.

Leigh ignoró el comentario.

—Ese no es el asunto. Lo importante es que yo la conozco mucho mejor que tú y que, aunque estoy decidida a llegar a un compromiso, no pienso dejar que me pases por encima. Hablaré con Amy y después te diré lo que hemos decidido — dijo con firmeza—. Si me parece que una mudanza tan repentina va a ser un conflicto, tendremos que posponerla hasta que Amy se haga a la idea.

—Muy bien — replicó él, con sequedad—. Siempre que eso no sea una estratagema.

—¿Por qué iba a serlo? — preguntó Leigh con expresión inocente.

—Porque sería mucho más cómodo para ti si mi única contribución fuera un cheque en blanco.

¿Volvemos a eso?

Él no se molestó en contestar. Simplemente, le hizo una seña al camarero y pagó la cuenta sin mirar, un hábito que a Leigh le resultaba muy irritante.

—¿Qué vas a hacer con tus muebles?

—Me gustaría llevarme los que tienen algún valor sentimental y los juguetes de Amy. Pero son muy pocos. En realidad, he tenido que vender la mayoría de los muebles en estos últimos meses.

—Deberías haber recurrido a mí antes. Pero será mejor que dejemos eso — sonrió él, apoyándose indolentemente en el respaldo de la silla.

—Sí — murmuró Leigh. La postura del hombre le recordaba algo oscuro, poderoso, salvaje. De repente, se imaginó los largos dedos masculinos tocando, acariciando, excitando. Leigh parpadeó

rápidamente, alarmada ante aquellos pensamientos. De repente, se le ocurrió que no le había preguntado si había alguna mujer en su vida. Si era así, su relación cambiaría con la llegada de una hija.

—¿En qué estás pensando?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque tienes una cara muy expresiva. Eres demasiado joven como para haber aprendido el arte de esconder tus pensamientos.

—Por favor, deja de decir que soy demasiado joven — replicó ella, inesperadamente insultada por el comentario—. Y, por cierto, estaba pensando que no te he preguntado si estás… bueno saliendo con alguien.

—¿Te importaría?

—Pues sí. No creo que a ninguna mujer le hiciera gracia descubrir que tienes una hija de siete años.

—Si tuviera algún problema de ese tipo, tú serías la primera en saberlo — comentó él, irónico. Aquella no era una respuesta y Leigh no podía dejar de pensar en las mujeres por las que él podría sentirse atraído. Había dejado bien claro que no le gustaban las jovencitas, de modo que debían gustarle las mujeres maduras, voluptuosas, con grandes pechos. Rubias, con pelo largo y zapatos de tacón—. Ya que mencionas ese asunto, quiero dejar claro que tu vida social no tiene por qué cambiar cuando vivas en mi casa. Puedes seguir haciendo lo que hacías hasta ahora.

¿Su vida social?, se repetía Leigh. Mantenía contactos con algunos de sus amigos de la universidad y, de vez en cuando, iban al cine o a tomar un café, pero con Amy hasta eso era complicado. Y, por supuesto, no había ningún novio a la vista.

—Gracias.

—Los hombres pueden entrar y salir de mi casa, como si fuera la tuya. Pero, por supuesto, hay un límite.

—Yo no tengo a mi alrededor un harén de hombres — dijo ella, fríamente.

—Lo imagino. Pero quería decírtelo, de todas maneras.

Lo que había querido decir, pensaba Leigh, era que las mujeres como ella no atraían a los hombres. Lo que había querido decir era que ella no era atractiva.

Y se dijo a sí misma que era mejor que Nicholas pensara así, porque lo último que habría deseado era que entre ellos hubiera

atracción sexual.

Capítulo 5

NO HUBO ningún grito de alegría cuando Leigh le dijo a Nicholas por teléfono que se mudarían aquel mismo fin de semana. Su voz sonaba muy seria y Leigh se lo imaginaba sentado frente a la mesa de su despacho, esperando que ella dijera lo que tenía que decir para poder volver a la agotadora tarea de dirigir su imperio.

Durante los últimos dos días, Leigh había hecho más averiguaciones sobre Nicholas. En la biblioteca había encontrado muchos artículos en los que Nicholas era mencionado e incluso había encontrado uno sobre su ascenso en el mundo de los negocios, escrito unos meses atrás, cuando él había comprado una empresa de automoción con problemas de liquidez.

Parecía que, además de los negocios heredados de su padre, le gustaba comprar empresas que atravesaban malos momentos para sacarlas a flote y más tarde venderlas por un precio veinte veces superior al que había pagado por ellas. Ese parecía ser su talento. Podía relanzar cualquier empresa.

Había una fotografía suya, en medio de un grupo de empleados de una de esas empresas, todos muy sonrientes. Leigh imaginaba que, o esos empleados habían sido drogados para la fotografía o no sabían nada sobre el auténtico Nicholas Kendall.

Buscó ansiosamente alguna revelación sobre su vida privada, alguna nota sobre sus amistades femeninas, pero el Financial Times y publicaciones de ese calibre estaban poco interesadas en la vida amorosa de sus entrevistados.

—En este momento no puedo hablar — dijo él—. Nos veremos en el club en media hora.

—Pero estoy en la oficina…

—Te espero en media hora.

Después de eso, Nicholas colgó el teléfono y la protesta que había empezado a formarse en los labios de Leigh se quedó sin formular.

Durante todo el viaje en metro hasta su club, la furia de Leigh iba en aumento.

Si ése iba a ser su comportamiento cuando Amy y ella vivieran en su casa, tendría que advertirle que aquello no iba a funcionar.

¿Imaginaba él que iba a estar pendiente de sus órdenes, día y noche?, se preguntaba.

Llegó al club diez minutos tarde y George la acompañó al salón, donde él la esperaba hablando por el teléfono móvil. Nicholas hizo un gesto para que se sentara y siguió hablando, sin molestarse en mirarla.

Se había quitado la chaqueta, que estaba colgada sobre el respaldo de la silla, y tenía las mangas de la camisa subidas hasta el codo.

Cuando terminó la conversación, guardó el teléfono y la miró por fin.

—Hola.

—No había necesidad de venir aquí — dijo Leigh—. Sólo había llamado para decirte que nos mudaremos este fin de semana.

—Toma un café.

Sobre la mesa, había una bandeja con tazas, café, leche y galletas y él mismo la sirvió.

—Voy a estar fuera de la ciudad hasta el viernes y es mejor que discutamos los detalles cara a cara. Veo que Amy no se ha asustado al saber que se muda de casa.

En realidad, no se había asustado en absoluto. Había aceptado la propuesta como hacen los niños en momentos en los que los adultos no saben qué hacer, con toda tranquilidad.

Simplemente, le había preguntado cuándo iban a mudarse. No le había preguntado por qué, ni se había quejado de no conocer a aquel hombre en absoluto. Sólo había preguntado cuándo.

—La he convencido de que mudamos a tu casa era lo mejor en estos momentos — mintió Leigh.— Por supuesto, está un poco nerviosa, supongo que podrás entenderlo. Apenas te conoce.

—Me gusta — había contestado Amy cuando ella le había preguntado qué le parecía Nicholas Kendall—. Es simpático.

Leigh no podía imaginarse por qué un hombre dominante, exigente, arrogante y abrumador como Nicholas Kendall le parecía simpático, pero así era. — ¿Seguro que no estás describiendo tu propia reacción?

Leigh se puso colorada y se refugió en la taza de café.

—Yo no estoy nerviosa en absoluto — dijo por fin—. Pero, como voy a trabajar para ti, creo que lo mejor será aclarar en qué consiste

el trabajo.

—Precisamente, en lo que estás haciendo — dijo él, sorprendido.

—¿Y te parece normal hacer que dejara mi oficina sólo porque tú querías verme inmediatamente?

—Si esperas un disculpa, estás perdiendo el tiempo. ¿No quedamos en que ibas a despedirte?

—Sí, pero…

—Sé que odias esa oficina.

—No la odio…

—Además, me has dicho muchas veces que lo más importante para ti es Amy, así que no sé qué tienes que objetar cuando lo que yo quiero es precisamente hablar de ella — siguió diciendo él, como si no la hubiera escuchado—. Y ahora, hablemos de la mudanza. Enviaré un camión. Tú sólo tendrás que decirles qué tienen que llevarse y qué no.

—No hace falta que te molestes — dijo Leigh—. Será más fácil si lo tengo todo preparado para cuando lleguen.

—No puedes soportar la idea de vivir en mi casa, ¿verdad?

—¿Qué? — preguntó ella, como si no entendiera. — No te gusta la situación en la que te encuentras.

—Soy una persona juiciosa, eso es todo. Me gusta hacer las cosas con calma.

—Es comprensible.

—Tú has descubierto que eres padre, pero no tienes ni idea de lo que significa eso — dijo ella, irritada por su actitud—. Y no sé si seguirás siendo tan entusiasta dentro de un par de meses. No podrás devolver a Amy a la tienda, ¿sabes? Eres su padre, pero conoces mejor al botones de tu oficina que a tu propia hija.

Los ojos del hombre se habían oscurecido. Lentamente, dejó su taza de café sobre la mesa y se inclinó hacia ella.

—Vamos a dejar algo claro, señorita Walker. Tú pareces considerar perfectamente aceptable haberte erigido en juez de mi vida y mi personalidad. Entiendo que tengas tus dudas pero estoy francamente harto de tus moralinas. Si Amy se da cuenta de que tú no quieres ir a vivir a mi casa, pronto empezará a sentirse insegura y no pienso dejar que eso ocurra — dijo, sin levantar la voz. Leigh estaba rígida y apenas podía respirar. Se sentía mortificada porque sabía que había parte de verdad en lo que él estaba diciendo—. Es

posible que yo te disguste, pero tendrás que disimular. ¿Me entiendes?

—¡No me trates como a una niña! — exclamó ella, también en voz baja, aunque no había nadie con ellos en el salón.

—Si te portas como una niña, te trataré como si lo fueras — replicó él. Leigh lo miró, demasiado furiosa para hablar—. Ya me estás mirando así otra vez.

—¿Cómo?

—Me miras con cara de víctima.

—Si eso te pone nervioso, lo siento — dijo ella, haciendo un esfuerzo para no llorar. ¿Por qué se portaba como una niña cuando estaba con él? O quizá siempre había sido una niña; protegida siempre por sus padres, por su hermana después.

Y allí estaba, enfrentándose a enormes responsabilidades, frente a un hombre sin experiencia paternal, pero con una personalidad abrumadora. Leigh se había visto obligada a madurar a toda prisa y lo había hecho, pero bajo la mujer madura seguía estando la niña que era. Había sido fuerte cuando Roy y Jenny murieron, fuerte por Amy. Había sido fuerte cuando se había roto su relación con Mick. Pero no era fuerte frente a aquel hombre.

—Eres una chica muy contradictoria, ¿sabes? — murmuró él, mirándola con intensidad—. Bueno, entonces, lo del fin de semana está arreglado. Yo pasaré por tu casa el sábado por la mañana para echar una mano… y no me digas que no hace falta — añadió, mirándola con una sonrisa que le ponía la piel de gallina.

—No hace falta que te molestes — sonrió ella también.

¿Por qué había sonreído?, se preguntaba más tarde. Estaba furiosa con él por tratarla como a una niña y, un segundo después, todo había cambiado, aunque no sabía por qué. Lo único que sabía era que cuando se habían despedido en la puerta del club, su corazón latía desbocado.

¿Sería porque carecía de experiencia con los hombres? Lo mejor era no buscar respuestas, se decía, mientras abría los armarios y empezaba a guardar cosas en cajas.

Había hecho bien dejando la oficina. Su jefe había aceptado que se despidiera sin dar un mes de aviso y, de ese modo, tendría tiempo para empaquetarlo todo.

Mientras Amy estaba en el colegio, Leigh guardó en cajas

muchas cosas que habrían desempolvado recuerdos pero, por la tarde, la niña insistió en ayudarla. Aunque era más un impedimento que una ayuda. Amy descubría juguetes, libros y objetos de los que se había olvidado y que, de repente, encontraba irresistibles.

El resultado era que el sábado por la mañana había muchas más cajas de las que Leigh había supuesto. El camión de la mudanza llegó a la hora prevista y, media hora más tarde, apareció Nicholas, vestido con lo que él debía considerar ropa de faena.

—Lo siento, pero hay más cosas de las que yo esperaba. Espero que no te importe — se disculpó Leigh, con voz madura y pausada. Había decidido que nunca más volvería a comportarse frente a él como una adolescente.

Había hecho un esfuerzo para poner a aquel hombre en perspectiva. Eran dos seres humanos diferentes que tendrían que vivir juntos por circunstancias de la vida. Su presencia era una necesidad, no una elección.

Si su hermana no hubiera sufrido un accidente, sus vidas nunca se habrían cruzado. De modo que lo que él hiciera o dijera no tenía por qué influir en ella.

Amy, que estaba sentada en el sofá con un libro entre las manos, levantó la mirada al ver a Nicholas.

—Ya le dije a Leigh que no te importaría — dijo la niña, con toda la tranquilidad del mundo.

Nicholas sonrió. Era con esa sonrisa con la que se había ganado el afecto de Amy.

—Es una casa muy grande — dijo él, poniéndose en cuclillas frente a la niña—. Suficientemente grande como para que guardemos todo lo que quieras llevarte.

—¿Cómo de grande? — preguntó Amy, interesada. Nicholas se la describió, pero no con el lenguaje de un agente inmobiliario sino de una forma infantil y divertida. Cuando dijo que la casa llevaba mucho tiempo esperando que un niño fuera a vivir allí, Leigh sintió un nudo en la garganta.

—¿Nos vamos? — preguntó, con un tono más glacial de lo que había pretendido. Los dos la miraron a la vez.

—Supongo que sólo será necesario un viaje — dijo Nicholas, incorporándose. El encanto había desaparecido y sus ojos eran tan fríos como su voz.

—Sí — confirmó Leigh, intentando sonreír. Nicholas sonrió a su vez—. Voy a comprobar que no nos dejamos nada. Aunque tampoco sería el fin del mundo si lo hiciéramos.

Los dejó solos en el salón y, cuando volvió, Amy estaba jugando con un diminuto ordenador que Nicholas le había llevado de regalo y cuyo mecanismo estaba explicando.

Leigh temía que cuando cerraran la puerta tras de sí, Amy empezaría a llorar, pero la niña estaba tan ocupada con el pequeño ordenador que ni siquiera prestó atención.

—Lo del juguete ha sido buena idea — murmuró Leigh, una vez dentro del coche—. Estaba un poco preocupada.

—Sí. Era un momento difícil — asintió él. Hablaban en clave para que Amy no les entendiera—. ¿Tú estás bien?

Leigh se quedó tan sorprendida por aquella muestra de interés que, por un momento, no supo qué contestar.

—Supongo que sí. Hay que seguir adelante.

—Sé que es difícil — asintió Nicholas. Habían parado en un semáforo y se miraron durante un tiempo que a Leigh le pareció una eternidad. Para disimular su confusión, se volvió y le preguntó a Amy cómo funcionaba el pequeño ordenador.

—Hay que apretar este botón — empezó a explicar la niña. Leigh aparentaba interés, aunque sus ojos apenas podían enfocar el pequeño aparato. La proximidad de Nicholas la afectaba profundamente.

—¿Y qué hace?

—Se mueven estas figuras, ¿ves?… tienes que atacar a los monstruos, así…

—¿Y entonces qué pasa?

—Pues que ganas puntos.

—¿Y luego qué?

—Y luego te conviertes en adicto y lo único que quieres es conseguir más puntos y matar más monstruos — rió Nicholas.

Leigh se dio la vuelta y miró el perfil masculino.

—No parece un pasatiempo muy constructivo — dijo, perpleja.

—Tú eres una artista. Supongo que a ti sólo te parece constructivo crear algo — dijo él, sin apartar los ojos de la carretera.

—Ser creativo es bueno para todo — replicó ella. Amy seguía

jugando en el asiento trasero, sin prestar atención a la conversación.

—Los ordenadores pueden ser muy creativos.

—Yo no sé nada sobre ordenadores.

—¿No has usado ninguno en la oficina? — preguntó Nicholas.

—No. Sólo máquinas de escribir eléctricas. No confío en los ordenadores.

—¿Crees que explotan si aprietas un botón equivocado? — bromeó él—. ¿O que, de repente, cobran vida?

—He visto cosas peores en las películas.

—¿En qué películas? — preguntó Amy.

—Películas en las que los ordenadores toman el control del universo — rió Leigh. En ese momento, empezó a relajarse, sintiéndose alegre por primera vez en muchos meses.

—Eso es una tontería — rió Amy—. No pueden hacer eso. ¡Lo que pasa es que tú nunca has usado uno!

—Eso digo yo — asintió Nicholas.

Leigh se sentía feliz y hubiera deseado que aquel viaje no terminara nunca.

Cuando el coche penetró a través de la verja de hierro y los hombres de la mudanza empezaron a descargar las cajas, se dio cuenta de que Nicholas había conseguido que la angustia que sentía desde que su hermana había muerto empezara a desaparecer.

Mientras subían la escalera de la casa con Amy saltando alegremente tras ellos, Leigh se preguntaba cómo habría podido conseguirlo. Si ni siquiera le caía bien…

—Nicholas, puedes ayudarme a sacar mis juguetes — dijo Amy.

—Yo iré a sacar mis cosas — dijo Leigh, dirigiéndose a su propia habitación. Cuando empezó a sacar su ropa, sus libros y, sobre todo, sus pinceles y pinturas, sintió que su corazón se ensanchaba. Se había matriculado en la universidad para empezar el segundo trimestre y tocar los pinceles era como tocar a un viejo amigo.

—Hay una habitación en el primer piso que puedes usar como estudio — escuchó una voz a su espalda.

Cuando se dio la vuelta, vio a Nicholas — apoyado en el quicio de la puerta, observándola.

—Eres muy amable — dijo ella, cerrando su caja de pinturas apresuradamente.

—¿Te has matriculado en la universidad?

—Sí. Empiezo el mes que viene — contestó, nerviosa—. Las horas me van muy bien. Puedo llevar a Amy al colegio e ir a buscarla después. Y puedo pintar cuando se haya ido a la cama. Es mucho mejor que cuando tenía que ir a la oficina — siguió diciendo. En realidad, no sabía lo que decía. Sólo seguía hablando porque la mirada del hombre la ponía nerviosa—. ¿Ha terminado Amy de sacar sus cosas? Creo que lo mejor será que vaya a ayudarla, porque si no, se pondrá a jugar con todos los juguetes y se le olvidará que lo que tiene que hacer es guardarlos — añadió, a toda prisa. Estaba descalza y le temblaban tanto las manos que tuvo que ponérselas a la espalda. Era absurdo estar nerviosa, se decía.

—Déjala. Lo está pasando bien. — Ya.

Después de eso, el silencio de nuevo. Leigh se aclaró la garganta, sin saber qué hacer.

—¿Puedo echar un vistazo a tu trabajo? — preguntó él, señalando el portafolios que había sobre la cama.

«No», hubiera deseado contestar Leigh. Pero no tenía por qué hacerlo. ¡Estaba orgullosa de su trabajo y podía enseñárselo a cualquiera. ¿Por qué no a él?

Asintió con la cabeza y lo observó mientras él abría el portafolios y echaba un vistazo sobre sus trabajos, algunos a carboncillo, otros en óleo o acuarela.

—Los artistas son muy sensibles a las críticas, ¿verdad?

—Mucho — asintió ella—. Así que puedes mentir si quieres.

—Esperaba un trabajo abstracto.

—Soy una pintora bastante aburrida — dijo ella—. ¿Para qué distorsionar la belleza que hay a nuestro alrededor?

—Estoy de acuerdo — asintió él. Aún separados por varios metros, Leigh seguía sintiendo la poderosa masculinidad que emanaba del hombre—. Me gustan. Son vibrantes, muy emotivos añadió, antes de hacer una pausa—. ¿Alguna vez te vistes como la mujer que yo juraría está detrás de estos cuadros?

—¿Qué quieres decir? – preguntó ella, nerviosa.

—Con colores brillantes. Un poco salvaje, diría yo.

—¿Yo? No, nunca.

—Una pena. Sería interesante… — empezó a decir él, acercándose. Leigh sintió una especie de corriente eléctrica por todo el cuerpo. Era una sensación que nunca antes había experimentado.

Nicholas se paró frente a ella y la miró a los ojos—. Sería interesante saber si tu arte está diciendo algo que tú misma no te atreves a decir — añadió. No la había tocado, pero estaba tan cerca que Leigh se sentía mareada. No llevaba sostén y podía sentir sus pezones presionando contra la tela de la camiseta. Su mente jugaba con imágenes del cuerpo del hombre sobre el suyo, sus manos acariciando sus pechos…—. Comeremos dentro de media hora. La señora MacBride ha preparado algo ligero.

La voz del hombre era tan natural que Leigh no entendía cómo podía haber imaginado aquellas cosas.

—Muy bien.

—A mí no me gustan las ensaladas — dijo Amy desde la puerta. Los dos se volvieron para mirarla.

—Seguro que la señora MacBride ha preparado algo más que dos hojas de lechuga, Amy — dijo Leigh, aliviada por la presencia de su sobrina.

—Tendrás que decirle a la señora MacBride lo que os gusta y lo que no — dijo Nicholas.

—Será mejor que no — rió Leigh entonces—. Si se lo dice, comeremos pizza y pollo todos los días.

—¿Y qué tiene eso de malo? — preguntó Amy, haciendo una mueca.

—Yo creo que las pizzas no son un buen alimento — sonrió Nicholas—. Aunque no he comido muchas, la verdad.

Cuando Nicholas abandonó la habitación, Leigh empezó a respirar con normalidad. Pero, mientras Amy y ella desempaquetaban sus cosas, no dejaba de hablar en un tono de voz que no era el suyo, intentando ordenar sus pensamientos.

¿Alguna vez Mick la había hecho sentir de aquella forma?, se preguntaba. ¿Alguna vez la había hecho sentir que se derretía por dentro? La respuesta era negativa. La suya era una relación que había empezado después de varios años de amistad y nunca había sentido auténtica pasión por él. Cuando los dos eran estudiantes sin responsabilidades, el comportamiento de Mick le había parecido divertido, libre, sin deseos de ataduras. Pero cuando ella había heredado la responsabilidad de cuidar de Amy, se había dado cuenta de que Mick era un hombre débil, sin carácter.

Cuando había necesitado un hombro sobre el que llorar, él no

había podido ofrecérselo. Era como si la vida en la universidad fuera un mundo aparte, un mundo que no tenía nada que ver con el mundo real. Y a ella, las circunstancias la habían obligado a salir de aquel mundo y luchar para sobrevivir.

Pero Mick ni podía ni quería luchar.

Leigh miró a su alrededor; aquella acumulación de riquezas era la recompensa a las horas de trabajo duro de un hombre que nunca daba la espalda a sus responsabilidades.

¿No era ésa la razón por la que Nicholas Kendall había asumido la responsabilidad de cuidar de su inesperada hija sin pensárselo dos veces?

Nicholas Kendall era un hombre abrumador, exigente y dominante, pero también era un hombre responsable y maduro.

Cuando Amy y ella bajaron a la cocina, él estaba de pie tomando un refresco y, sentada frente a la mesa de la cocina, en la actitud de alguien que está en su propia casa, estaba la mujer más hermosa que Leigh había visto jamás.

Debía de tener más de treinta años, pero su piel era perfecta y llevaba el cabello rubio recogido en un delicado moño.

Estaba charlando con Nicholas, porque cuando se volvió hacia la puerta tenía la boca abierta, como si la hubieran pillado en medio de una frase. Era una pose muy fotogénica, poco natural, pero, Leigh pensaba, la belleza a menudo es de ese modo, artificial, espléndidamente intocable.

—Leigh, te presento a Fiona. Mi huésped — dijo Nicholas.

Leigh intentó sonreír. ¿Su huésped? No podía ser. Ella había imaginado que su huésped era una mujer de edad, casi una abuelita.

—De modo que tú eres Leigh Walker — dijo Fiona, levantándose. Era alta y tenía una figura estupenda—. Y tú… — añadió, mirando a Amy que la miraba fijamente como sólo los niños pueden hacerlo — tú debes de ser Amy.

—Lo siento — dijo Leigh—. No sabía que tenías compañía.

—No te preocupes por mí — sonrió Fiona—. Como si no estuviera aquí.

—Fiona ha subido a tomar una taza de café — explicó Nicholas. En sus ojos había un brillo divertido.

Y Leigh sabía por qué. Era lógico que la considerase demasiado

joven e infantil en comparación con Fiona, que estaba terminando teatralmente su taza de café.

—Cariño, es preciosa — dijo entonces la mujer, señalando a Amy—. Es una muñeca.

—Gracias — dijo la niña, mirando a Fiona como si estuviera viendo a una loca peligrosa.

—Tendría que verla cuando se pone alguno de sus preciosos vestidos — intervino Leigh, imaginando la cara de terror de su sobrina—. Lo que más le gusta son las puntillas. Y los vestidos de lunares.

—¡Qué asco! — exclamó Amy. Nicholas lanzó una carcajada y Fiona miró a Leigh, irritada—. Las niñas no se ponen vestidos con puntillas.

—Estas niñas de hoy en día — murmuró Leigh, sacudiendo exageradamente la cabeza—. Lo único que les gusta son los vaqueros.

—Un poco como a ti, ¿no, querida? — dijo Fiona con una fría sonrisa.

—Me temo que sí — contestó ella, intentando disimular la hostilidad que empezaba sentir por aquella mujer.

—Tomaremos el almuerzo en el comedor — dijo Nicholas, tomando a Amy de la mano—. Por cierto, Fiona ¿cuánto tiempo vas a estar en el campo? — Sólo un par de días — contestó ella. Leigh se dirigía también hacia la puerta, pero antes de que pudiera llegar, Fiona se interpuso en su camino.

Nicholas y Amy habían desaparecido por el pasillo—. Espero que no tengas ideas sobre Nicholas — dijo, sin dejar de sonreír.

—¿De qué estás hablando?

—Estoy hablando de que vas a vivir bajo su mismo techo, querida, Nick puede ser un hombre encantador cuando quiere y, de mujer a mujer, no me gustaría que te hiciera daño.

—No hay posibilidad de que eso ocurra — murmuró Leigh, perpleja.

—A Nicholas nunca le han gustado las crías. Prefiere mujeres maduras — sonrió falsamente la rubia. Después, salió de la cocina y Leigh se dirigió con paso inseguro hasta el comedor.

Capítulo 6

LEIGH sabía que Fiona aprovecharía cualquier momento para lanzarle su veneno y se imaginaba a sí misma intentando evitarla pero, durante las siguientes semanas, sólo se cruzó con ella en un par de ocasiones.

Había intentando sacarle información a Nicholas, pero lo único que había podido averiguar era que trabajaba para una firma de alta costura y que pasaba mucho tiempo fuera de Londres.

Pero, ¿qué hacía en casa de Nicholas?, se preguntaba. Con un trabajo como el suyo, seguro que podía pagar su propia casa.

Aunque daba igual, se decía a sí misma. ¿Qué le importaba a ella si tenían una aventura? Las pocas veces que había visto a Fiona había sido por la noche. Ella solía ir elegantísima y Leigh imaginaba que saldrían juntos a cenar, al teatro o algún otro exótico destino.

Pero la molestaba enormemente.

No podía dejar de imaginar a Nicholas haciendo elegantemente el amor con aquella rubia detestable. Pero cada vez que lo pensaba, se decía a sí misma que Nicholas Kendall podía hacer lo que le viniera en gana.

Ella tenía otras preocupaciones. Tenía que intentar que Amy se acostumbrara a su nuevo entorno, tenía que ayudarla con sus deberes y tenía que jugar con ella antes de que se fuera a la cama.

Nicholas le había regalado un póster de La Sirenita que Amy había aceptado toda sonrisas pero, una vez comprobado que podía colgar pósters en las paredes, lo había reemplazado por el de un grupo de música pop.

Las cosas iban bien y la vida era muy cómoda.

Nicholas volvía a casa por las tardes, generalmente justo antes de que Amy se fuera a la cama y jugaba con ella durante unos minutos. A veces le leía un cuento, pero Amy le había confesado francamente que los cuentos eran para niños y que a ella le gustaban las historias de terror.

En esos momentos, Leigh desaparecía discretamente y, generalmente, no volvía a ver a Nicholas hasta el día siguiente.

De modo que se veían poco. A veces, él le preguntaba cómo iba Amy en el colegio y cosas parecidas. Leigh se obligaba a sí misma a

portarse de forma natural, pero seguía sintiendo curiosidad sobre su relación con Fiona. ¿Sería ella la mujer de su vida o habría otras?, se preguntaba.

Aquella noche, Leigh decidió hablar con Nicholas.

Hacía frío. Había comenzado el invierno en toda su crudeza e incluso dentro de la casa, con todos los radiadores encendidos, había tenido que ponerse un jersey.

Cuando pasaba frente al despacho, vio que salía luz por debajo de la puerta y escuchó su masculino timbre de voz.

Leigh se quedó frente a la puerta, escuchando para saber si había alguien con él y, un minuto después, llamó con los nudillos.

Él estaba dictando algo a una grabadora, que apagó cuando la vio entrar. Su ordenador portátil estaba sobre el escritorio. Eran las diez de la noche, pero aquel hombre seguía trabajando.

—¿Sí? — dijo él, sorprendido.

Leigh se quedó parada en el umbral de la puerta, con las manos a la espalda, intentando recordar qué quería decirle.

—Perdona que te moleste.

Él no dijo nada. Sencillamente, apagó el ordenador y se levantó del sillón.

—No importa. Ya he trabajado suficiente por hoy.

—Quería hablar contigo un momento… sobre Amy.

—¿Ocurre algo?

—No. Sólo quería charlar.

—Vamos al salón. Allí estaremos más cómodos — sugirió él. Leigh no estaba muy segura de si quería estar cómoda, pero lo siguió y aceptó el gin—tonic que él le ofrecía—. Y ahora, cuéntame — dijo, sentándose en el sofá y estirando las piernas cómodamente.

—He hablado con ella sobre lo de cambiar de colegio.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Y cuál ha sido su reacción?

—No le hace mucha gracia la idea de tener que cambiar de amigos.

—¿Le has explicado que es necesario?

—Le he dicho que el colegio al que va ahora está demasiado lejos de aquí — explicó ella—. Lo que ocurre es que, desde que murieron sus padres, ha habido demasiados cambios en su vida.

—Parece que se ha acostumbrado muy bien a vivir aquí.

—Sí, es verdad.

—¿Se ha quejado de algo?

—No.

—Me lo dirías si así fuera, ¿verdad?

—Claro que sí — contestó ella.

—Muy bien. No olvides que soy su padre.

—No lo he olvidado — replicó ella.

—Lo cual me recuerda algo que quería decirte.

—¿Sí? — preguntó, nerviosa. No sabía por qué, pero aquello le había sonado preocupante.

—Tenemos que decidir cuándo es el mejor momento para decirle quien soy en realidad.

—¡Aún no! — exclamó ella, automáticamente. No podía imaginar esa posibilidad en un futuro cercano, aunque sabía que Nicholas no querría mantener para siempre la mentira.

—¿Cuándo? — preguntó. Lo había hecho con voz de hierro. Ésa era una pregunta que exigía una respuesta.

—No lo sé. Es muy pronto. Amy no está preparada para ese tipo de sorpresa. Para ella, Roy siempre ha sido su padre.

—Pero no lo era — replicó Nicholas—. Yo soy su padre.

—Lo sé — murmuró ella. Nicholas se levantó para volver a llenar su copa y Leigh aceptó. Aunque el alcohol estaba empezando a marearla.

—Lo sabes, pero estás dispuesta a mantener esta situación indefinidamente.

—Eso no es verdad.

—Si esperamos demasiado tiempo, Amy se preguntará por qué se lo hemos escondido. Y, además, como amigo de la familia, no puedo guiarla ni reprenderla. Aunque vive en mi casa, estoy fuera de su vida y no me gusta.

—Te comprendo, pero tendrás que esperar un poco más — dijo Leigh. No había sido buena idea tomar dos gin—tonics. La cabeza empezaba a darle vueltas y tenía que concentrarse en cada palabra.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de meses, quizá — contestó ella.

—¿Quizá? Eso es muy vago.

—No puedo darte una fecha exacta.

—Entonces, tendré que decidirlo yo — dijo Nicholas. Estaba sentado de nuevo frente a ella y golpeaba rítmicamente el brazo del sofá con los dedos. Leigh se quedó mirando aquel gesto, como hipnotizada, y tuvo que hacer un esfuerzo para volver a mirarlo a la cara—. Esperaré a que haya cambiado de colegio en enero y después le diré la verdad. Con tu ayuda o sin ella.

—En otras palabras, que me pagas por cuidar de tu hija, pero no tengo nada que decir sobre su futuro. ¿Es eso lo que quieres decir? — preguntó Leigh, intentando controlar su irritación—. Mi trabajo consiste en que Amy coma bien, vaya al colegio y haga sus deberes.

—No seas ridícula. No es eso lo que estoy diciendo en absoluto — replicó él—. Tú eres un gran apoyo para Amy y te estoy muy agradecido por ello. Pero la niña no es sólo responsabilidad tuya.

—Ha sido mi responsabilidad durante los últimos dieciocho meses.

—Pero la situación ha cambiado — suspiró él—. Estás siendo obstinada, Leigh. ¿Por qué? ¿Tienes miedo de lo que pueda pasarte a ti cuando Amy sepa la verdad?

Leigh lo miró, sorprendida. Nunca había pensado en ello.

¿Cuál sería su posición una vez Amy supiera que Nicholas era su padre?, se preguntaba. Por el momento, él tenía las manos atadas y estaba obligado a soportar su presencia porque sabía que la niña dependía de ella.

Aunque él se había ganado su afecto poco a poco. Durante los fines de semana, los dos desaparecían durante horas y Leigh se los encontraba en el despacho, jugando con el ordenador o en la habitación de Amy, jugando con sus juguetes. Parecían estar muy a gusto juntos.

Leigh no sabía si eso ocurría por su lazo familiar o porque tenían personalidades parecidas. Los dos eran lógicos, a los dos les gustaban las matemáticas y las ciencias.

Roy, pensaba Leigh, había sido un padre maravilloso. Salía a pasear con ella, a jugar en el jardín, pero entonces la niña tenía sólo cinco años. El tiempo había pasado y había una enorme diferencia entre una niña de cinco y una niña de siete años.

Cuando Amy descubriera que Nicholas era, en realidad, su padre, ¿cuál sería su posición?, se preguntaba Leigh.

¿Qué ocurriría si él la pidiera que se fuese?

—¿Qué va a ocurrir? — preguntó.

—Eres joven y tienes toda la vida por delante — contestó él, encogiéndose de hombros—. Supongo que no querrás vivir aquí el resto de tu vida.

—No lo había pensado — murmuró Leigh, incómoda. ¿Debería ella fijar una fecha para abandonar la casa?, se preguntaba. ¿Y qué ocurriría cuando lo hiciera? No quería perder el contacto con Amy por nada del mundo.

—No estoy sugiriendo que hagas las maletas — dijo Nicholas, mirándola fijamente.

Aún no, pensó Leigh, desolada.

Quizá ya tenía decidida la fecha. Hasta entonces, Fiona parecía estar convenientemente escondida, pero… ¿estarían esperando el momento adecuado? El corazón le dio un vuelco al pensar en Fiona educando a Amy. Sería una madre espantosa. ¿A qué había condenado a Amy al recurrir a Nicholas Kendall?, se preguntaba, angustiada.

Leigh se levantó y sintió que le temblaban las piernas.

—Creo que es hora de irme a la cama — murmuró — Se sentía enferma y tuvo que apoyarse en el respaldo del sillón para mantener el equilibrio. No sabía si era por el alcohol o por las terribles ideas que pasaban por su cabeza. Cuando miró a Nicholas, se dio cuenta que él la miraba a su vez, consternado.

—Te ayudaré — dijo, levantándose.

—¡Estoy perfectamente!

—No lo estás. Estás pálida como un cadáver.

Cuando él la tomó del brazo, Leigh intentó apartarlo, pero sin resultado. Se sentía horriblemente mareada y asustada por Amy ante la idea de que Fiona ocupara el lugar de su madre.

Se imaginaba las estrictas reglas, no hablar durante las comidas, vestir como ella ordenase, un internado en alguna parte, lejos de Londres, en algún lugar tan lejano que sería imposible volver a ver a su sobrina. Un colegio en Suiza, por ejemplo, donde Amy se convertiría en una diminuta réplica de la rubia Fiona.

—¡Quítame las manos de encima! — exclamó, intentando apartarse.

—¿Qué demonios te pasa?

—¡Quiero que me dejes en paz!

—¡Por Dios bendito! — exclamó él a su vez. Nicholas se inclinó un poco y, antes de que ella se diera cuenta de lo que hacía, la tomó en brazos como si no pesara nada.

Leigh intentó soltarse. El calor de las manos del hombre atravesaba el jersey y la camiseta y llegaba hasta su piel. Cuando se dio cuenta de que no iba a soltarla, se quedó quieta y dejó que él la llevara hasta su dormitorio y la depositara en la cama.

Pero Nicholas no se marchó inmediatamente. Se sentó sobre la cama a su lado y ella se incorporo, nerviosa.

—¿Por qué no me has dicho que no estás acostumbrada a beber alcohol?

—Pensé que sería un buen cambio en mi dieta de zumo de naranja — contestó ella, intentando bromear.

—Eso lo explica todo — sonrió Nicholas—. ¿Crees que podrás quitarte la ropa y ponerte el pijama?

—¿Estás sugiriendo que quieres echarme una mano? — replicó Leigh, desafiante.

—Eres una chica muy testaruda, ¿sabes?

—No lo soy. Tú eres exigente, insoportable… — empezó a decir ella. En la semioscuridad de la habitación, el rostro del hombre era apenas visible. No podía ver el color de sus ojos, pero podía distinguir la media sonrisa que iluminaba su cara de un modo increíblemente sensual.

—Puedes ser muy halagadora cuando quieres — murmuró.

Leigh abrió la boca y descubrió que no podía decir nada. Sus cuerdas vocales no funcionaban. ¿Qué pasaría si Amy entrase en aquel momento?, se preguntaba.

—Es que no puedo soportar… — en ese momento, Nicholas se inclinó sobre ella y cubrió su boca con la suya. Aquellos labios fuertes, sensuales abrieron los suyos y buscaron la calidez de su lengua. La besaba con fuerza, presionándola contra el cabecero de la cama y la razón y la lógica desaparecieron. Leigh enredó los dedos en el cabello masculino, arqueando su cuerpo hasta que sintió que era absorbida por la urgencia de la boca masculina.

Cuando él apartó la mano de su cara y la introdujo por debajo de la camiseta, el ritmo de su respiración se aceleró.

Nicholas acarició primero su estómago y después subió hasta la curva de sus pechos. Leigh gimió suavemente y se movió cuando él,

con el dedo, empezó a acariciar sus endurecidos pezones.

Todo su cuerpo se estaba derritiendo. Podía sentir la humedad entre sus muslos y deseaba que su mano explorase allí, que la tocase, que la abriera con sus dedos.

Pero no lo hizo. Nicholas se apartó y la miró, absolutamente perplejo. En ese momento, Leigh se dio cuenta de lo que habían estado a punto de hacer.

—No tengo ni idea de qué ha pasado — murmuró él, levantándose. Para Leigh, fue como un jarro de agua fría.

—Yo tampoco.

—Debo de haberme vuelto loco — dijo Nicholas, pasándose la mano por el pelo—. Te ruego que me disculpes…

—¡No! — lo interrumpió ella. No quería escucharlo. No quería oír que ella era la última mujer en el mundo por la que él podría sentirse atraído y que aquello había sido un acceso de locura.— Ha sido un error y no va a volver a ocurrir jamás — añadió.

Leigh se había bajado el jersey, pero la camiseta seguía subida sobre sus pechos y, aunque estaba diciendo aquello, sentía el roce de sus pezones, aún endurecidos, deseando el calor de los dedos masculinos, la humedad de su boca.

Irritada, estuvo a punto de preguntarle si él consideraba que el sexo era parte de sus obligaciones como niñera, pero eso hubiera sido una hipocresía porque ella lo había deseado probablemente más que él—. Será mejor que te vayas.

Nicholas se quedó mirándola durante tanto tiempo que la hizo sentir incómoda. ¿Qué estaba pensando?, se preguntaba. Pero no quería saber la respuesta.

Cuando por fin salió de la habitación, Leigh se quedó en la misma posición, mirando la puerta durante largo rato, intentando no pensar.

Por fin, saltó de la cama y se metió en la bañera, pero ni siquiera un baño caliente podía borrar la huella del hombre sobre su cuerpo.

Durante la semana siguiente, intentó encontrarse con él lo menos posible y, cuando le hacía alguna pregunta, ella contestaba intentando mostrarse natural, pero con el corazón encogido.

Nicholas aparentaba no recordar el incidente y Leigh se sentía agradecida por ello.

Casi había olvidado la existencia de Fiona hasta que, el viernes

por la tarde mientras estaba tomando un vaso de leche en la cocina, oyó pasos tras ella.

Había esperado que fuera Nicholas, de modo que ver a Fiona fue casi un alivio. La mujer llevaba un traje de chaqueta verde esmeralda con escote, completamente inadecuado para ir en metro, por ejemplo, pensaba Leigh. Pero, claro, Fiona ni siquiera sabría lo que era el metro.

Leigh se tomó el vaso de leche con extraordinaria rapidez y dejó el vaso en el fregadero.

—Hace mucho tiempo que no nos encontramos — dijo la rubia, dejando su bolso sobre la mesa.

—Nicholas no está en casa — replicó Leigh, sin aparentar una simpatía que no sentía. — No. Ha salido con un cliente.

De modo, pensaba Leigh celosa, que Fiona sabía dónde estaba. Claro, ella sólo era la niñera.

—Bueno, adiós. Sólo había venido para tomar un poco de leche — se despidió, dirigiéndose a la puerta.

—Leche. Qué virtuosa. Supongo que también habrás tomado unas galletas, ¿no?

No había simpatía alguna en la voz de Fiona y su rostro era una máscara de antagonismo.

—Sí, así es.

—Esa es la imagen que te esfuerzas en dar, ¿verdad? La chica que toma leche con galletas, que nunca se pone maquillaje y sólo usa vaqueros.

—No estoy intentando dar ninguna imagen — contestó Leigh, cortante—. Y ahora, si me disculpas.

—No va a funcionar. Ya te lo dije una vez y te lo repito.

—No sé de qué estás hablando.

—Mira, puedes borrar esa expresión inocente de tu cara. Estamos solas, así que puedes ahorrarte el teatro. Nicholas me ha dicho los planes que tenéis para Navidad.

—¿Ah, sí?

Leigh no tenía ni idea de a qué se refería, pero no pensaba decírselo.

—Sí. Los tres en la casita de campo. Qué encantador. Un buen fuego, el árbol de Navidad y Santa Claus entrando por la chimenea — recitó, irónica. Leigh miró a la otra mujer, sorprendida e irritada

por los planes que Nicholas había hecho sin contar con ella. Pero eso tampoco pensaba decírselo a Fiona. Hablaría con él cuando volviera a casa—. No creas que voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú te metes en su cama.

—Yo no me meto en la cama de nadie — dijo Leigh, intentando conservar la calma—. Lo que tú tengas con Nicholas… no es asunto mío y no pienso involucrarme — añadió. Pero no era cierto. Los celos habían hecho su aparición y lo sabía. Tenía que aclarar cuál era la relación que había entre Nicholas y aquella mujer.

Después salió de la cocina sin esperar respuesta y se sentó en el salón para esperar a Nicholas.

Encendió la lámpara que había al lado del sillón y tomó un libro pero, media hora más tarde, se había quedado dormida y, cuando despertó, Nicholas estaba frente a ella, con la chaqueta colgando de un dedo.

—¿Qué hora es? — preguntó, incorporándose.

Cuando él le contestó que eran más de las once, Leigh lo miró, incrédula.

—Vete a la cama — dijo Nicholas con voz ronca.

—Quiero hablar contigo.

—¿Sobre qué? — preguntó él—. Supongo que puede esperar hasta mañana.

—No.

—¿Qué quieres decirme? — preguntó él, apoyándose indolentemente en el sofá. Leigh, con vaqueros y una ancha camisa blanca, daba la imagen de lo que era en realidad: una chica joven, nada sofisticada, una estudiante. Cuando recordó el precioso traje de chaqueta de Fiona volvió a sentir la misma rabia que había sentido en la cocina.

—He tenido una visita de tu… huésped. Y me ha dicho que has hecho planes para las navidades sin consultarme. ¡Estoy harta de este juego, Nicholas!

—¿Me has esperado despierta para decir eso?

—Sí. ¿Por qué no me has consultado antes de… ponerte a hacer planes a mis espaldas? ¡Y además, se lo cuentas a todo el mundo antes que a mí!

—Pensaba decírtelo en cuanto te viera. Y no son planes. Es sólo algo que he pensado que os gustaría a Amy y a ti.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que Amy y yo querríamos hacer algo diferente?

—¿Por ejemplo?

—Yo había pensado comer el día de Navidad con Carol y David, nuestros antiguos vecinos — contestó—. Como el año pasado.

—Este año pasaréis las navidades conmigo.

—Ya veo que eres muy flexible.

—¿Cuál es el problema? — preguntó él, acercándose—. Me gustaría pasar las navidades con mi hija. ¿Es eso tan raro?

—No es raro en absoluto. Sólo quiero tener algo que decir con respecto de la vida de Amy, sin tener que enterarme a través de una huésped, o novia o lo que sea… ¿qué es, por cierto?

—Eso no tiene importancia.

—Yo creo que sí. ¿Estás planeando formar una familia en cuanto yo haya desaparecido de tu casa?

—No seas absurda.

—No soy absurda y creo que me merezco una respuesta. Amy es mi sobrina y no estoy preguntando por curiosidad, sino porque hay que tomar en consideración su futuro — insistió. Y porque, como madre, Fiona sería tan buena como una viuda negra.

—Si tanto te interesa, te diré que Fiona es hija de unos amigos de mis padres. Ha vivido en París durante los últimos ocho años y cuando la trasladaron a Londres, su madre sugirió que la aceptara en mi casa hasta que encontrara un lugar adecuado para vivir.

—¿Y cuándo fue eso?

—¿Tan importante es? — preguntó él a su vez. Leigh asintió—. Hace siete meses.

—¿Siete meses y aún no ha encontrado una casa? Qué curioso. Lo que no entiendo es por qué la tienes escondida en el sótano.

—Creo que tú y tu imaginación deberíais estar en la cama.

Leigh creía que él iba a enfadarse con sus insinuaciones, pero no era así. Todo lo contrario; parecían divertirlo. Y eso la ponía aún más furiosa. La tomaba por una niña y la trataba como tal. No haría caso de sus protestas y, por supuesto, no pensaba hablarle sobre su vida privada.

—Mi imaginación y yo desearíamos respuesta a nuestras preguntas — insistió.

—Vete a la cama, Leigh. ¿O prefieres que te lleve yo?

Aquello era demasiado. Leigh salió del salón a toda prisa, irritada y nerviosa.

Sólo el cielo sabía qué planes tenía Nicholas Kendall para Fiona y Amy, pero ella haría lo que hiciera falta para que esos planes no se materializaran.

Capítulo 7

LOS ARREGLOS para las vacaciones de Navidad habían sido formalizados. Los tres viajarían a la casa de campo de Nicholas el día de Nochebuena y volverían a Londres una semana después.

Leigh, a quien no entusiasmaba la idea de estar a solas con Nicholas en ninguna parte, había intentado convencerlo para que cambiara de opinión, pero al final Amy saboteó sus planes.

Estaba colocando los juguetes en la habitación de su sobrina, mientras Nicholas, sentado en la cama, charlaba con la niña sobre la obra del colegio, que habían representado aquel mismo día después de semanas de frenéticos ensayos.

—¿Dónde te gustaría pasar las navidades, Amy? — le estaba preguntando él.

Amy miraba a su padre con cara de alegría, aún entusiasmada con sus treinta segundos en el escenario, disfrazada de gnomo.

—El año pasado fuimos a casa de los padres de Sophie — contestó la niña.

—¿Verdad que lo pasamos bien? — intervino Leigh, sin dejar de colocar los libros de cuentos en la estantería.

—Eso fue el año pasado — replicó Nicholas—. Este año va a ser diferente. Somos tres y yo no quiero pasar las navidades solo. Santa Claus se olvidará de mí, a menos que convenza a cierta señorita de siete años de que pase las vacaciones conmigo.

—Eso es imposible. Santa Claus no se olvidará de ti porque has sido un niño muy bueno durante todo el año — dijo Leigh, sarcástica.

Nicholas ignoró la puya.

—Yo no estoy segura de si creo en Santa Claus, ¿sabes? — le confió Amy—. Porque, ¿cómo puede dejar juguetes en todas las casas del mundo en una sola noche? Y, además, es demasiado gordo como para bajar por la chimenea.

—Estoy seguro de que Leigh tiene respuesta a todas esas preguntas — sonrió Nicholas, devolviendo el sarcasmo.

—Es magia — explicó Leigh.

—¡Sí, magia! — rió Amy—. Bueno, no sé. Es posible que exista de verdad — añadió después de una pausa, sin duda recordando los

regalos.

—Se me había ocurrido que podíamos pasar las navidades en el campo — dijo Nicholas, llevando la conversación a su terreno—. Tengo una casa con caballos. Un poco viejos, la verdad, pero aún se les puede montar.

Aquello era intolerable.

—Ha sido un soborno — le dijo más tarde, cuando estaban solos en la cocina, discutiendo cómo guardarían la caja de los regalos en el coche sin que Amy la viera.

Nicholas, que estaba tomando una taza de café, levantó las cejas.

—¿Soborno? ¿De qué estás hablando? Sólo he dicho que tenía un par de caballos.

—Tú sabías muy bien cómo reaccionaría Amy. ¿Cuántos niños pueden resistir la tentación de montar a caballo?

—¿Tú montabas a caballo cuanto tenías siete años?

—No. Mis padres no tenían caballos.

—Bueno, no sé, supongo que lo he dicho para animarla — dijo Nicholas, poniendo los pies sobre una silla.

—Eso no es higiénico — murmuró Leigh, disgustada.

Él la miró como si quisiera decirle que aquella era su casa, pero después lo pensó mejor y bajó los pies.

—No tendremos mucho tiempo para comprar el pavo y poner el árbol de Navidad. Nos queda menos de una semana.

—Ah. ¿No tienes una de tus soluciones mágicas? — preguntó ella, sarcástica.

—Esta noche llamaré a los Daleys. Le diré a Marge que airee las habitaciones y llene la nevera y a Jo que corte un árbol y lo coloque en el salón. Cuando estemos allí, podremos decorarlo a nuestro gusto.

Leigh lo miró con una mezcla de emociones. En momentos como aquél, cuando no estaban lanzándose el uno al cuello del otro, se sentía más feliz de lo que lo había sido nunca. Se sentía en paz. Había pasado los últimos dieciocho meses corriendo de un lado para otro, siempre angustiada por los problemas económicos y la responsabilidad de cuidar de una niña tan pequeña. Y, de repente, con Nicholas a su lado, se sentía tranquila, relajada.

Un minuto después volvería a estar irritada con él, pero por el momento se tomó su café mirándolo, por primera vez en mucho

tiempo, sin recelos.

—¿Qué hiciste tú las navidades pasadas?

—Durante las navidades pasadas estaba en medio de una fusión empresarial. Trabajando veinticuatro horas al día.

—Qué divertido.

—Vaya, te estás volviendo sarcástica con la edad, ¿no?

—¿Y tus padres? — preguntó Leigh. — En el Caribe.

—¿Y dónde están este año?

—En su casa del sur de Francia, con un grupo de amigos.

—Podrías ir allí — sugirió ella. Nicholas la miró, divertido.

—¿Y perderme la oportunidad de jorobarte durante toda una semana? Ni lo sueñes. Además, no he pasado las navidades en compañía de un niño desde… desde que puedo recordar — dijo, levantándose—. Bueno, ya está bien de recuerdos. Tengo un montón de cosas que hacer.

Leigh se sintió decepcionada al quedarse sola en la cocina. Era muy agradable estar allí, tan calentito, con el viento azotando los cristales, en compañía de Nicholas y con Amy durmiendo en su cuarto.

Y, de repente, se dio cuenta de que aquello no duraría. Llegaría un momento en el que no sería deseada en aquella casa, cuando Nicholas se hubiera establecido oficialmente como padre de Amy. Cuando bajara el telón, sería el momento de marcharse. Leigh intentó alegrarse porque podría ser libre y hacer lo que le viniera en gana, pero no podía.

—Despierta — la voz de Nicholas sonaba muy cerca de su oído y Leigh se levantó de un salto.

—Creí que ibas a trabajar — dijo, irritada.

—Y así es. Pero terminaré mucho más rápido si puedo dictarle las cartas a alguien.

—¿No tienes ninguna secretaria a mano? Seguro que están esperando al lado del teléfono —replicó ella, bajando del taburete.

—Sólo será media hora — insistió él—. Y tú sabes escribir a máquina.

—Odio escribir a máquina — replicó ella—. ¿Por qué crees que odiaba aquella oficina?

—Pero seguro que eras muy buena secretaria — sonrió él, con una de esas sonrisas encantadoras—. Me ahorrarás mucho tiempo y

podremos salir pronto el día de Nochebuena y… tendremos tiempo para decorar el árbol.

—Ya, claro. O sea, que si Nochebuena resulta ser un desastre, será culpa mía.

—Pues… — empezó a decir Nicholas, encogiéndose de hombros — depende de ti. No puedo obligarte a hacerlo. Y, desde luego, no quiero que me acuses de aprovecharme de ti.

Leigh lo miró, exasperada. — Muy bien. Tu talento para el chantaje me asombra. ¿Qué será lo siguiente? – preguntó, siguiéndolo hasta el despacho—. Si no preparo la cena de Navidad, ¿seré responsable del mal tiempo, de que el viento del Ártico llegue hasta tu casita de campo?

Leigh podía oírlo silbar, encantado, como siempre, de salirse con la suya.

—Bueno, media hora como máximo — la calmó él, sentándola en una butaca de cuero, frente al ordenador—. Dime que me pare si voy demasiado rápido — añadió, sentándose a su lado con un maletín, del que sacó un montón de papeles.

—Esto es ridículo — murmuró Leigh, mirando la pantalla, insegura. Había hecho un curso de secretariado, pero estar sentada frente a un teclado, siendo dictada por alguien, era una tortura para ella—. Escribir a máquina no es una de mis obligaciones y no pienso volver a hacerlo nunca más.

—Puedes empezar con esta carta — dijo él, dándole un folio escrito con su letra oscura y apretada—. Necesito tres copias.

Leigh se dispuso a copiar la carta, mientras Nicholas corregía otros papeles y hacía alguna llamada telefónica.

Para su sorpresa, trabajaron eficiente y rápidamente aunque, como ella imaginaba, la previsión de sólo media hora había sido demasiado optimista.

Cuando él empezó a dictarla, paseando por la habitación como si hacerlo lo ayudara a pensar, Leigh esperó a que terminara una de las frases.

—Esto es gramaticalmente incorrecto — dijo con su mejor tono de secretaria ideal.

—¡Buena chica! Arréglalo.

—Y son más de las once. Me habías dicho que sólo tardaríamos media hora.

—He calculado mal.

—Me da pena cualquiera que tenga la desgracia de trabajar para ti.

—Es posible que yo te ponga nerviosa, pero… — dijo él, inclinándose para hablarle al oído — soy una delicia de jefe.

Leigh tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una carcajada.

—Y yo soy de Marte.

—Dudo que las marcianas sean tan atractivas como tú — replicó él. Lo había dicho con un tono tan sincero que su corazón dio un vuelco.

Era una situación muy íntima estar los dos juntos en aquel despacho. Era una habitación pequeña, con muebles de madera noble y las paredes cubiertas de estanterías. La única luz que iluminaba la estancia era la lámpara que había sobre el escritorio.

—No es muy difícil ser más atractiva que una enana verde con antenas — murmuró ella, levantándose—. Bueno, llevamos más de dos horas trabajando y… creo que es hora de que me vaya a la cama.

—¿Por qué no tomamos una copa? — preguntó Nicholas, cuando se dirigía a la puerta . Nos servirá para relajarnos — sonrió. Leigh se sentía tan incómoda que no sabía qué hacer—. Parece que no te entusiasma la idea de tomar una copa conmigo.

—Es que estoy, un poco cansada.

—¿Cansada o nerviosa?

—Cansada – contestó ella, con firmeza—. Pero supongo que puedo tomar una copa — dijo por fin. Él volvía a salirse con la suya. Volvía a hacerla sentir que, si rechazaba la copa, lo hacía por inmadurez.

Pero aquella vez no tomaría un gin—tonic. Cuando él le preguntó qué quería tomar, Leigh pidió una copa de vino blanco y se tumbó cómodamente en el sofá.

Hablaron durante unos minutos sobre cosas sin importancia hasta que Nicholas se quedó mirándola con ojos escrutadores.

—Se te da muy bien.

—¿Qué?

—El trabajo de secretaria. Eres rápida. He tenido secretarias incapaces de entender mi letra o incapaces de corregir los errores que pudiera haber cometido con las prisas.

—Lo que ellas dirán, probablemente, es que es imposible trabajar con alguien que lo quiere todo deprisa y que es incapaz de escribir con letra clara.

Él lanzó una carcajada y Leigh volvió a sentir aquel calor que la invadía por dentro cada vez que escuchaba su risa.

—Supongo que no querrás considerar la idea de trabajar para mí por las tardes como secretaria. Te lo pagaría, por supuesto.

—Lo siento, pero no. Estoy demasiado agotada por las noches como para ponerme a escribir a máquina — dijo ella, tomando un sorbo de vino.

—Eres demasiado joven como para estar exhausta. Deberías salir más.

—Esperaré a ser un poco mayor para salir – dijo Leigh, demasiado cansada como para ofenderse por el comentario—. Por el momento, seguiré agotada.

—Tampoco he visto mucho actividad social en la casa — siguió diciendo, él—. Ya te dije que podías traer a tus amigos.

—Lo sé.

—Quiero decir, que no he visto ningún hombre — insistió Nicholas—. Supongo que ya habrás superado la ruptura con el tipo ése con el que estabas saliendo.

—Eso no es asunto tuyo.

—¿Te has recuperado? A veces ayuda hablar de estas cosas.

Leigh lo miró largamente. — ¿Y quieres que te lo cuente a ti?

—Pues sí.

—Gracias, pero no — dijo ella, levantándose—. Antes de que me quede dormida en el sofá, creo que es mejor que suba a mi habitación.

Nicholas se levantó a su vez y se interpuso en su camino. Leigh levantó la mirada, sorprendida. La cara de Nicholas no mostraba irritación sino una extraña palidez.

—¿Por qué te apartas cada vez que menciono tu vida sexual?

—No me aparto — contestó ella, perpleja por la reacción del hombre—. Prefiero no hablar de mi vida privada.

—Supongo que debe haber sido difícil… con Amy…

—Y yo supongo que esto no es asunto tuyo.

—¿Sigues enamorada de ese hombre?

¿Enamorada de Mick? La idea casi la hacía reír, pero imaginaba

que no sería una reacción muy adecuada.

Quizá él pensaba que podía ayudarla, quizá él pensaba que se sentía sola y la compadecía. Pobre, inmadura Leigh Walker, incapaz de tener relaciones con el género masculino. Si las mujeres en la vida de Nicholas eran como Fiona, imaginaba cómo habría llegado a aquella conclusión.

Las mujeres sofisticadas y maduras podían protegerse a sí mismas, pero las mujeres como ella eran demasiado inexpertas como para jugar al juego del amor. Probablemente, Nicholas pensaba que Mick le había roto el corazón y la había abandonado cuando más lo necesitaba.

—¿Y si lo estuviera? — preguntó, con curiosidad—. ¿Qué pasaría si me fuera cada noche a la cama atormentada por el recuerdo de Mick? ¿Podrías sacarte una cura de la manga?

—Te diría que eres una idiota por seguir enamorada de alguien que te ha abandonado.

—Estupendo. Y después de esa lección de sabiduría, lo mejor es que nos digamos buenas noches — dijo ella, irritada, esperando que Nicholas se apartara de su camino. Pero no lo hizo—. Vale, de acuerdo, no estoy enamorada ni de Mick ni de nadie. A veces salgo con mis amigos. Vamos a comer o a tomar un café a Covent Garden. Supongo que soy una chica aburrida a la que le gusta hacer cosas aburridas. ¿De acuerdo?

—No hace falta que te tires a mi cuello sólo porque te ofrezco un consejo — dijo Nicholas.

—¡Y tú deja de pensar que puedes involucrarte en mi vida! — replicó ella—. ¡Eres el padre de Amy y hemos llegado a esta situación por… por esas cosas del destino, pero no es más que eso!

—Vives bajo mi techo y eres pariente de la única hija que tengo. ¿No sería un poco extraño si te ignorase por completo?

—Extraño, pero razonable — contestó ella, con los brazos cruzados y a punto de bostezar para demostrarle lo poco que le interesaba aquella conversación. Pero, en ese momento, Nicholas la sujetó por los brazos con fuerza.

—¡Deja de aparentar esa absurda indiferencia!

Lo repentino de su acción la había dejado perpleja y Leigh no supo qué decir durante unos segundos.

—¿Qué derecho tienes tú para decirme lo que tengo o no tengo

que hacer?

—Ninguno — murmuró él. De repente, tomó su cara entre las manos y Leigh sintió pánico. No quería que volviera a ocurrir. Lo que quería era subir a su habitación y esconderse allí.

La boca del hombre cubrió la suya con una urgencia que ahogó sus protestas. Su mente seguía advirtiéndola de que debía apartarse. Sus labios, sin embargo, se derretían bajo los de Nicholas. Las palabras de rechazo se convirtieron en un suave gemido de placer.

Leigh luchó para soltarse, pero sus manos, que deberían haberlo apartado, se enredaron en el pelo del hombre, atrayéndolo hacia sí. Su cuerpo le decía que aquello era lo que quería, lo que necesitaba, lo que había deseado siempre.

De repente, él apartó sus labios y la tumbó sobre la alfombra frente a la chimenea

Era una alfombra persa, suave y gruesa. Los dos cayeron sobre ella y Nicholas empezó a besarla en el cuello.

En el silencio de la habitación, sus jadeos parecían magnificados, imbuidos de una urgencia que ella nunca había asociado con hacer el amor. Él le desabrochó la blusa. La dificultosa respiración de Leigh hacía que sus pechos subieran y bajaran y arqueó su espalda para desabrochar el sujetador y liberar sus pechos.

Era una locura, pero el deseo había reemplazado la razón. Lo deseaba. Deseaba a Nicholas Kendall.

Leigh gimió y enredó los dedos en el pelo del hombre para guiarlo hacia uno de los rosados pezones y sintió un escalofrío cuando la húmeda lengua de él la rozó, chupándola, mordisqueándola.

Nicholas sujetaba sus manos sobre su cabeza y ella gimió mientras su húmeda boca la exploraba, chupando y lamiendo cada pezón hasta que sintió que iba a explotar.

En cuanto él soltó sus manos, Leigh empezó a desabrochar su camisa, temblando de deseo. Nicholas se sentó un momento para quitársela y Leigh aprovechó la ocasión para mirarlo.

Era un hombre tremendamente atractivo. La línea de su cuerpo estaba tan bien definida que hubiera sido maravilloso pintarlo. Tenía una gracia animal y ella seguía mirándolo, hipnotizada, mientras él se quitaba toda la ropa, completamente desinhibido en su desnudez. Después la desnudó a ella.

Cuando se tumbó a su lado, Leigh supo que algo estaba ocurriendo, supo que aquello era algo más que sexo, pero no podía definir el sentimiento.

No era capaz de definir nada en aquel momento. Su cuerpo había despertado a la vida y las sensaciones eran tan intensas que la asustaban.

Colocó una pierna sobre el cuerpo del hombre y él la besó largamente, acariciando sus pechos al mismo tiempo. El ansia frenética había sido reemplazada por algo menos apresurado y más erótico. Era como si el tiempo fuera más despacio, como si se movieran en sueños.

Él pasaba la lengua por sus labios mientras jugaba con uno de sus pezones y, apretada contra él, podía sentir la dureza de la excitación masculina. Leigh bajó la mano para acariciarlo, disfrutando de su ronco gemido de placer cuando empezó a mover la mano rítmicamente arriba y abajo.

Nicholas la tumbó sobre la alfombra y, cuando empezó a besar su vientre, Leigh abrió las piernas, sin aliento, a la espera de sus caricias. Pero tuvo que cerrar los ojos cuando él empezó a explorarla con la lengua, jugueteando con ella, besándola en su parte más sensible, volviéndola loca.

Su respiración se aceleró y movió el cuerpo hacia la oscura cabeza apretada contra ella. Cuando creía que no podría soportar más el deseo de llegar al clímax, él se colocó sobre ella y, con profundas y urgentes embestidas, la llevó hasta el final.

Hacía frío en la habitación, pero Leigh sólo lo notó cuando la ardiente pasión se había enfriado. Sin decir nada, se sentó sobre la alfombra para ponerse la ropa.

—¿Qué haces? — preguntó él, apoyándose indolentemente sobre un codo.

Leigh se puso el jersey y las braguitas. No sabía cómo se sentía. Confusa, alucinada, perpleja. La recorrían tantas emociones que no podía elegir un estado de ánimo.

Sabía que haber hecho el amor con él era un acto de locura, pero no sentía ningún pesar por ello. Se sentía completa y en paz, lo cual no hacía nada para reparar la situación. Pero Leigh no sabía siquiera si quería reparar la situación.

—Hace frío — dijo ella, deseando acariciar su cara.

—Puedo echar más leña al fuego.

—Y estoy cansada.

—¿Es un cumplido? — rió él, alargando la mano para acariciar sus piernas—. ¿Te encuentras mejor ahora?

Leigh se quedó parada durante un segundo y, después, se puso los pantalones.

La pregunta había hecho que sonara una alarma en su cerebro.

Un segundo antes, él habría podido convencerla de que volviera a quitarse la ropa, pero en aquel momento lo único que quería hacer era marcharse a su habitación.

—Me encuentro bien — dijo por fin.

—Yo también — sonrió él, levantándose.

¿Habría imaginado él que aquello había sido una pequeña sesión de terapia?, se preguntaba. ¿Se habría ofrecido a sí mismo como una especie de hombro en el que llorar, porque la creía una niña que sufría por un amor perdido?

Una vez plantada la semilla de aquel pensamiento, crecía con una increíble velocidad.

Cuando Nicholas se inclinó para besarla, ella se apartó. Se sentía fría como el hielo. Más que eso, se sentía como una idiota porque ella se había entregado y él le había hecho el amor sólo por compasión.

¿Y Fiona? Él no había dicho que fueran amantes, pero tampoco lo había negado.

¿Habría más mujeres en su vida?, se preguntaba.

Estaba furiosa, pero sabía que tenía que mantener el control. Su posición en aquella casa seguía siendo muy incómoda.

—¿Qué te ocurre? — preguntó Nicholas, ante el repentino cambio de actitud.

—Nada — contestó ella—. Me doy cuenta de que ya no podemos volver atrás, pero lo que ha ocurrido ha sido un error.

—¿Qué? — exclamó él, mirándola con ojos penetrantes—. ¿Cómo que un error?

Leigh casi habría podido creer su expresión de genuina perplejidad.

—Quiero decir que no deberíamos haber hecho el amor. Tú siempre me dices que soy una niña, pero no lo soy; soy una mujer madura y sé que lo que hemos hecho está mal. Soy la tía de tu hija

y estoy aquí para hacer un trabajo.

—¿Por qué te apartas de mí? — preguntó él.

—No me aparto de ti – rió ella, pero su risa le sonaba falsa—. Sólo creo que debemos olvidar lo que ha pasado. Por Amy.

—¿Qué tiene que ver Amy con esto?

—No tengo intención de mantener una aventura contigo, Nicholas — contestó ella con firmeza—. No quiero complicar las cosas.

Iba a marcharse, pero Nicholas la tomó del brazo.

—Estás hablando en jeroglíficos…

—Te estoy diciendo que estoy aquí para cuidar de Amy y que no tengo intención de seguir… revolcándome en la paja contigo. No creo que eso nos lleve a ninguna parte y estoy segura de que tú piensas lo mismo.

—No me digas lo que yo pienso.

—No lo haré. Pero déjame en paz a partir de ahora.

Leigh no se atrevía a mirarlo mientras abandonaba la habitación. No quería ver la expresión en la cara del hombre. Y, sobre todo, no quería que él la convenciera de algo que era un enorme peligro para ella.

Capítulo 8

AL DÍA siguiente, Nicholas le dijo en la cocina que estaría fuera durante un par de días.

—Tengo que resolver unos asuntos.

Leigh intentaba portarse con la mayor naturalidad posible después de lo que había ocurrido la noche anterior.

No había dormido bien. Se había metido en la cama sin dejar de recordar cada detalle de lo que había ocurrido entre ellos, cada caricia, cada retazo de la conversación previa. Mirando hacia atrás, todo lo que habían dicho le parecía cargado de intención.

—Pero volverás antes del día de Nochebuena, ¿verdad? —preguntó Amy, masticando una tostada.

—Claro que sí — contestó él, con voz más suave. Leigh sintió una punzada de estúpidos celos, seguida de enorme sorpresa por su reacción.

—¿Dónde vas a ir?

—A Nueva York.

—¡A Nueva York! — exclamó Amy, encantada—. ¿Vas a traerme algo?

—¡Amy! – advirtió Leigh.

¿No era ésa una clara indicación de lo lejos que había llegado la relación padre—hija en las últimas semanas? Leigh recordaba los recelos con los que Amy lo había recibido al principio y, de repente, le pedía que le trajera algo de Nueva York. Se diera cuenta Amy o no, Nicholas se había metido con enorme facilidad en su papel de padre.

—¿Y no se enfadará Santa Claus?

—Ah, es verdad. Bueno, puedes traerme un regalo pequeño —rió la niña.

—¿Como qué?

Leigh se daba cuenta de que Nicholas no la había mirado ni una sola vez en toda la mañana. Aunque sabía que no podía esperar otra respuesta después de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior, aquello la dolía.

—¿Un videojuego? — sugirió Amy—. O un disfraz.

—Nicholas tiene que trabajar — dijo Leigh suavemente—. No

creo que tenga tiempo para ir de compras.

—¿Por qué no me escribes una lista, Amy? — sugirió Nicholas, mirándola a ella por primera vez, como un desafío. Amy salió de la cocina como una exhalación—. No le digas a mi hija lo que yo tengo o no tengo tiempo de hacer — le dijo en cuanto estuvieron solos.

—¿Qué? Lo que hacía era advertirle que tienes muchas cosas que hacer para que después no se lleve una desilusión.

—Muy considerado por tu parte. — Eso creo yo — murmuró ella. Sentía que las lágrimas estaban a punto de asomar a sus ojos y tuvo que disimular, tomando un sorbo de café. Era ridículo, pero se había acostumbrado a la falta de animosidad entre ellos—. Sé que estás enfadado conmigo por lo de anoche… — empezó a decir. Se había jurado a sí misma no volver a hablar de ello, no volver a mencionarlo jamás, pero no podía hacerlo.

—¿Enfadado? ¿Por qué iba a estar enfadado? — rió él, fríamente.

—Muy bien. No estás enfadado — dijo Leigh. No quería seguir con la discusión porque se daba cuenta de que no les llevaría a ninguna parte.

—Yo no he sacado el tema. Has sido tú. No quieras cambiar de conversación ahora porque no sabes qué decir.

—Estás enfadado porque no te saliste con la tuya — replicó Leigh entonces—. No sé qué querías, qué esperabas… — no encontraba palabras. No quería asumir nada sobre los sentimientos del hombre, pero tampoco podía echarse atrás. Se hubiera dado de tortas por sacar el tema—. Siento no estar dispuesta a mantener una aventura contigo.

—¿Porque tú no eres ese tipo de chica? — preguntó él, con cinismo.

—¡Eso es!

—Tú eres una chica buena y decente que nunca mantendría una aventura con un hombre a menos que hubiera algo serio.

—Yo nunca he dicho…

—¿Por eso tu relación con ese chico se terminó? ¿Porque le diste el ultimátum del matrimonio?

—¡No! Y no sé qué tiene eso que ver con… con lo que ha pasado entre nosotros.

—Quizá nada. Quizá todo. Dime, Leigh, ¿qué pasó, anoche entre nosotros? No comprendo a una mujer que, primero está entre mis brazos gimiendo y después se levanta, se pone la ropa y anuncia que todo ha sido un terrible error.

Y ella no comprendía a un hombre que se acostaba con una mujer por compasión, le hubiera gustado decir a Leigh. Incluso se preguntaba si se sentía atraído hacia ella.

—Recuperé el sentido común — se defendió ella.

—¿Y qué te hizo perderlo?

Leigh lo miró, incapaz de contestar, pero afortunadamente, la entrada de Amy en la cocina con un papel en la mano, la salvó.

—He puesto un par de cosas — dijo la niña, dándole el papel a Nicholas. Leigh distinguía la infantil letra de la niña y las explicaciones sobre cada uno de los regalos y se habría echado a reír si hubiera estado de buen humor.

—Bueno, veré que puedo hacer — dijo Nicholas—. Pero primero tendré que consultar con Santa Claus para que no dupliquemos los regalos.

—Claro — sonrió Amy—. ¿Y cómo vas a hablar con Santa Claus?

—¿Hay algún número de teléfono al que podamos llamarte en Nueva York? — intervino Leigh en ese momento.

Él la miró con frialdad, antes de tomar papel y lápiz para anotar el nombre y el número de teléfono del hotel.

—Lo dejaré aquí — dijo, despeinando a su hija que reía y se alisaba el pelo—. Nos veremos dentro de dos días. Sé buena.

—Yo siempre soy buena.

—Especialmente antes de Navidad — sonrió Leigh, sin dejar de notar que él la ignoraba por completo.

La casa pareció vacía en cuanto él se fue. Salieron a comprar cosas para Navidad, pero Leigh no sentía deseo alguno de volver a aquella casa vacía.

Intentaba aparentar alegría por Amy, pero le resultaba difícil. Sobre todo, porque parte de las compras de Navidad incluían los regalos que Amy compró para Nicholas: un muñeco de peluche, que dejaría a Nicholas perplejo, un libro y una corbata roja con dibujos de Mickey Mouse.

—No me lo imagino con eso — dijo Leigh. Pero la niña insistió,

diciendo que era divertida, en contraste con las aburridas corbatas que solía llevar.

—¿Qué vas a comprarle tú? — preguntó Amy entonces. Leigh ni siquiera había pensado en ello y se preguntó, irónica, qué podría comprarle a un hombre que ni siquiera le dirigía la palabra.

—Un jersey, supongo — contestó por fin. Era algo impersonal, pero al menos no eran calcetines y pañuelos.

—¿Puedo elegirlo yo?

—¿Por qué no?

Al final, Amy se empeñó en comprar un jersey con un dibujo de ositos y, por mucho que Leigh protestara, ella insistía en que iba a gustarle. Habría que ver su cara, se decía Leigh.

Mantuvo su pretensión de alegría durante los días siguientes, mientras envolvían los regalos para los amigos que habían dejado atrás y que, en aquel momento, a Leigh le parecían muy lejanos.

Era como si conocieran a Nicholas de toda la vida y estaba segura de que Amy le ocurría lo mismo. ¿Cómo podía haberse metido en su piel de aquella forma en poco más de un mes?, se preguntaba.

Estaba sentada en un sillón leyendo un libro cuando escuchó unos pasos.

Su pensamiento inmediato fue Nicholas y su corazón empezó a latir apresurado. No debía volver hasta el día siguiente, pero quizá había arreglado sus asuntos en Nueva York antes de lo previsto.

Leigh hizo un esfuerzo para que su expresión fuese serena y estaba sonriendo cuando vio a Fiona en la puerta. Su corazón se encogió. No tenía ninguna gana de hablar con ella. Había sido muy optimista al pensar que Fiona no aparecería por allí.

—Hola — dijo, sin entusiasmo.

Fiona entró en la habitación con la seguridad de una mujer acostumbrada a hacer entradas de infarto.

—Llevaba un abrigo de piel que dejó sobre un sillón, antes de sentarse cruzando delicadamente las piernas.

—Imaginaba que te encontraría aquí.

—¿Quieres tomar algo? — preguntó Leigh, menos por amabilidad que por deseo de encontrar algo que hacer.

—Un gin—tonic — contestó Fiona—. Considerando que es Navidad, es muy sociable tomarse una copa con los empleados, ¿no

te parece?

Quería hacerle daño, pero Leigh se levantó del sillón sin dejarse acobardar. Bastantes problemas tenía como para aumentarlos con Fiona.

Le preparó un gin—tonic y se lo dio con una sonrisa antes de volver a sentarse en el sillón.

—Fiona, sé que no has venido aquí para charlar conmigo y las dos sabemos que Nicholas está en Nueva York, de modo que lo mejor es que me digas cuanto antes lo que has venido a decir.

—Me gusta que seas tan directa — dijo Fiona, después de tomar un trago de su gin—tonic—. Seguro que tus antepasados son del norte.

Leigh sabía que su árbol genealógico tampoco era el tema de conversación e ignoró aquel comentario.

—Hace tiempo que no te vemos por aquí. ¿Tienes mucho trabajo?

—Demasiado — contestó la rubia—. Al contrario que tú. Tú sí que has conseguido un chollo.

—Nicholas ha sido muy generoso.

—Más que eso. Te paga para que cuides de tu propia sobrina.

—¿Qué intentas decir, Fiona?

—Estoy intentado decir que, hace un mes estabas en la ruina y ahora vives rodeada de lujos.

—Yo no le pedí a Nicholas que nos trajera a vivir a s u casa. Fue idea suya.

—Pero tú no te opusiste, claro.

—Mira, siento mucho que mi presencia… sea una molestia para ti.

—Ya — la interrumpió Fiona, terminando su copa en un tiempo récord. Leigh rezaba para que no fuera el tipo de mujer que se pone beligerante con el alcohol—. No lo sientes en absoluto — añadió, levantándose para servirse otra copa—. Eres una oportunista, señorita niñera, pero no pienso dejar que me estropees los planes.

—¿Qué planes?

Fiona volvió al sillón y la miró con desprecio. — Mi familia y la familia de Nicholas son amigas desde hace mucho tiempo — dijo, con una sonrisa tensa—. A mis padres les encantaría que nos casáramos. ¿Por qué crees que vivo en su casa?

—¿Piensas casarte con él? — preguntó Leigh. De repente, se imaginó una boda por todo lo alto, con Amy de dama de honor y ella mirando por entre las rejas y empezó a sudar.

—Las cosas iban estupendamente hasta que tú y esa mocosa aparecisteis. Nicholas y yo lo tenemos todo en común. Venimos del mismo mundo, querida. ¿De dónde vienes tú? — preguntó, con un desprecio que a Leigh le dejó sin aliento—. A los dos nos gusta disfrutar de todos los placeres de la vida. Es posible que sea feliz durante un tiempo jugando a los papás, pero pronto se le pasará.

—¿Te ha hablado de su relación con Amy?

—No tenía que hacerlo — contestó Fiona—. Es obvio para cualquiera que tenga ojos en la cara. Sólo hay que mirarlos para ver el parecido y, además, ¿por qué, si no, iba a aceptaros bajo su techo?

—Mira, Fiona, estoy cansada… y no sé adónde quieres llegar.

—No pienso irme sin pelear, ¿te ha quedado claro?

—¿Irte?

—Como si tú no lo supieras. Parece que Nicholas ha decidido que es el momento de que me busque mi propia casa. Así que supongo que te estás acostando con él y es más conveniente que me vaya.

—¿Qué dices? — exclamó Leigh, pálida.

—¿Te acuestas con Nicholas?

—¡No! — exclamó, insegura. Sólo había ocurrido una vez y, en cualquier caso, no pensaba contárselo a Fiona.

¿Qué estaba ocurriendo allí?, se preguntaba. ¿Nicholas se acostaba antes con Fiona y, de repente, había decidido que le apetecía un cambio? Como Fiona había dicho, Nicholas y ella lo tenían todo en común, mientras que ella no tenía nada. Él era un hombre de negocios rico y ambicioso y ella, una artista cuya idea de la riqueza consistía en tener dinero para ir al cine y comprar pinturas. Su hermana y Roy habían vivido una vida cómoda, pero nunca hubieran podido compararse con Nicholas Kendall.

Fiona tenía razón. Nicholas y ella pertenecían a dos mundos completamente diferentes y pronto chocarían.

—Piénsatelo dos veces antes de hacer nada, querida. Estoy segura de que tu sobrina no tiene ni idea de quién es Nicholas y sería un shock que se enterase antes de tiempo, ¿no te parece?

Podría destrozar toda la confianza que, sin duda, ha depositado en su querida tía — sonrió la odiosa rubia, levantándose—. Puede que me marche de aquí, pero no pienso desaparecer de la vida de Nicholas y créeme si te digo que tú no eres rival para mí —advirtió, poniéndose de nuevo el carísimo abrigo de pieles—. Por cierto, feliz Navidad.

Unos minutos después, Leigh, temblorosa, subía a su habitación.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Una serpiente en la cama, una carta bomba? Nunca había pasado navidades tan angustiosas como aquéllas.

Se fue a dormir con dolor de cabeza y se levantó de mal humor. Pero Amy estaba feliz y excitada y Leigh tuvo que disimular durante todo el día.

Por la noche, consiguió irse a la cama antes de que Nicholas volviera, pero se despertó a medianoche notando que algo llenaba la casa. Sin duda, la presencia masculina.

Había rastros de su vuelta cuando bajó a la cocina a la mañana siguiente. Periódicos americanos sobre la mesa, monedas y su corbata colgada de una silla.

Pero él no estaba por ninguna parte. Eran las nueve y, seguramente se habría ido a trabajar.

El año anterior, las navidades habían sido completamente diferentes. Habían sido las primeras navidades sin Jenny y Roy y sólo con la ayuda de sus amigos habían conseguido disfrutar un poco.

Aquel año Amy era una niña completamente diferente. Había hecho algún comentario sobre su madre y Leigh la había encontrado mirando por la ventana en algún momento, pero la mirada solitaria y asustada del año anterior había desaparecido por completo. No había olvidado a sus padres, pero miraba hacia el futuro con esperanza.

¿Qué ocurriría si Fiona llevaba adelante su amenaza?

Leigh rezaba para que no fuera así. Fiona dejaría la casa y Nicholas y ella le dirían la verdad a Amy cuando hubieran pasado las navidades.

Pero cualquier pensamiento sobre Fiona desapareció de su mente por la noche y se vio reemplazado por los nervios de volver a ver a Nicholas.

El efecto que ejercía sobre ella era tan intenso que no había sitio para nada más. Apenas pensaba en la universidad, en Fiona o en el futuro.

Lo vio por fin aquella noche cuando estaba a punto de meter a Amy en la cama y se sintió golpeada por la fuerza de aquel hombre.

Nicholas entró en la habitación después de llamar a la puerta con los nudillos, aún con el traje de chaqueta, pero sin la corbata que, seguramente, habría dejado en la cocina. Parecía cansado, pero el cansancio desapareció en cuanto vio a su hija.

Leigh lo observó sentado al borde de la cama, escuchando el relato de Amy sobre lo que habían hecho durante aquellos días. Bajo la mirada de Nicholas, Amy se convertía en una niña alegre y despreocupada. Sus ojos brillaban y su risa era contagiosa.

Ocurriera lo que le ocurriera a ella en el futuro, viéndolos juntos Leigh se daba cuenta de que haber recurrido a Nicholas Kendall había sido una buena idea. Las dudas que había tenido, los miedos, sus acusaciones, todo parecía olvidado.

Y eso le daba una agridulce sensación de satisfacción.

Cuando Amy por fin aceptó apagar la luz, Leigh se dirigió hacia su estudio para intentar terminar un cuadro en el que llevaba trabajando tres semanas

—No tan rápido, Leigh, tengo que hablar contigo — oyó la voz de Nicholas a su espalda.

Leigh se paró y se volvió, insegura. ¿Sobre qué querría hablar?, se preguntaba.

—Claro — contestó, sin embargo, con una sonrisa.

—Tenemos que hacer algo con respecto a los regalos.

—Nosotras ya hemos envuelto los nuestros. — Tenemos que guardarlos en el maletero del coche. Si lo hacemos mañana, Amy los verá.

—Muy bien — asintió ella. Aparentemente estaba serena, nadie podría adivinar que por dentro se estaba derritiendo sólo con oír su voz.

Tardaron más de lo que creían en guardar todos los regalos en el coche. Además de los que Nicholas había comprado en Nueva York, tenía guardada una bicicleta que Leigh miró con admiración.

—Impresionante. Veo que eres un experto comprando regalos.

Nicholas parecía sorprendido por el comentario.

—No tenía ni idea de lo que debía comprar.

—No era una crítica — murmuró Leigh.

No quería discutir. Ocurriera lo que ocurriera entre ellos, no pensaba dejar que eso estropeara las navidades de Amy.

—Bueno, ya está. ¿Hay algo más? — preguntó. Leigh negó con la cabeza desde la puerta, tiritando—. ¿Qué tal una taza de café bien caliente?

Aquello no era lo que había esperado. Frialdad, sí. Distancia, también. Un par de monosílabos para mostrarse amable, pero nada más. Quizá Nicholas también había decidido que no iban a estropear las navidades de su hija.

—¿Por qué no? — se encogió Leigh de hombros. Entraron en la cocina y se dispuso a preparar café—. Las tazas están en ese, armario.

No era extraño que Nicholas no supiera dónde estaban las tazas. Como todos los hombres solteros, estaba acostumbrado a que se lo dieran todo hecho y jamás se preguntaba dónde se guardaba esto o aquello. La señora MacBride se encargaba de todo.

Nicholas sacó dos tazas y se sentaron frente a la mesa. Hablaron sobre la hora a la que saldrían de viaje al día siguiente y Leigh le preguntó qué tal lo había pasado en Nueva York. Todo era muy correcto y amable. Era increíble lo que podía esconderse, pensaba Leigh, bajo una capa de buena educación.

En un minuto terminaría su café y le daría las buenas noches. Y, por la mañana, vuelta a empezar. Y a la mañana siguiente, y la de después. Todas aquellas mañanas llenas de buena educación y amabilidad hasta que llegara el momento de decir adiós. Y lo haría de la misma forma civilizada.

Pero, por dentro, su corazón se encogía y su mente no dejaba de dar vueltas.

Leigh observaba la fuerte mano masculina sujetando la taza, su pelo oscuro y el vello que asomaba por la camisa abierta en el pecho.

—Bueno, me voy a la cama. Mañana hay que levantarse temprano — se despidió, levantándose.

—He estado pensando en ti — dijo Nicholas entonces.

—¿Y eso?

Él estiró las piernas y siguió mirándola, con la cabeza

ligeramente inclinada hacia un lado.

—He estado pensando en lo que ocurrió entre nosotros… y sabes exactamente a qué me refiero. Estoy hablando de lo que ambos estamos aparentando que no ocurrió.

—Yo no estoy aparentando nada — dijo Leigh, después de aclararse la garganta—. Fue un error.

—¿Por qué?

—Porque…

—Eso no es una respuesta. Dijiste que habías recuperado el sentido común, que todo había sido un error, pero yo creo que tienes miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de lo que sientes cuando te toco — contestó. ¿Cómo podía decir aquello con aquel tono de voz tan natural?, se preguntaba Leigh, sintiendo que él la había dejado expuesta, que había dejado sus sentimientos al desnudo—. Creo que me deseas y que, para ti, eso es tan abrumador que quieres huir, ignorarlo.

—Estoy aquí como niñera… — empezó a decir, casi sin voz—. No quiero comprometer a Amy… los dos tenemos que considerar…

—Esto no tiene nada que ver con Amy — la voz del hombre era hipnótico. Nicholas se levantó en ese momento y, despacio, se dirigió hacia ella—. No tiene nada que ver con tu posición en mi casa. Esto — siguió, a unos centímetros de ella — tiene que ver con algo mucho más elemental que todo eso.

—¿Por qué? — preguntó Leigh, intentando controlar los latidos de su corazón—. ¿Por qué insistes? ¿Por qué no puedes olvidarlo? ¿Necesitas demostrarte a ti mismo que puedes conseguir a cualquier mujer, si te lo propones? ¿Es por orgullo?

—El orgullo no tiene nada que ver — respondió él, suavemente. Cuando levantó una mano y la pasó dulcemente sobre su cara, su piel parecía quemar—. Y, lo creas o no, yo no voy por la vida deseando conquistar a todas las mujeres que se ponen en mi camino. No soy un monstruo, no necesito una mujer diferente cada noche — murmuró—. La verdad es que te deseo. No, ésa no es la verdad. Te necesito — añadió, deslizando un dedo por su cuello y después, por su camiseta, trazando el contorno de sus pechos—. Y no estaría haciendo esto ahora si no creyera que tú sientes lo mismo — siguió, con voz insegura—. Si es así, dímelo y nunca volverá a

ocurrir.

En aquel instante, con el eco de sus palabras en el aire, Leigh tomó una decisión. No seguiría luchando. No podía. Lo que sentía por él era demasiado fuerte y saltaba todas las barreras.

Leigh cerró los ojos y levantó la cara. Cuando la boca del hombre tomó la suya, arqueó el cuerpo hacia él y lo besó con enfebrecido abandono. Lo que sentía sólo él podía satisfacerlo.

Nicholas metió las manos por debajo de su jersey y lo subió para acariciar sus pechos.

Ella misma tomó las manos del hombre y las puso sobre ellos, gimiendo mientras él los masajeaba. Cuando inclinó la cabeza para chupar sus pezones, Leigh enredó los dedos en su pelo y lo apretó contra su cuerpo. Su lengua enviaba olas de placer por todo su cuerpo.

Ninguno de los dos escuchó los pasos. Ninguno de los dos escuchó el gemido de sorpresa. Su pasión ahogaba todos los sonidos. Sólo cuando Leigh abrió los ojos, se dio cuenta de que no estaban solos.

Capítulo 9

LEIGH dio un salto hacia atrás, sobresaltada al ver a Fiona. Desesperadamente, intentaba bajarse el jersey y aparentar normalidad, pero no lo conseguía.

—Vaya, vaya — dijo Fiona entrando en la cocina. Nicholas se volvió y Leigh se apartó un poco, sin saber qué hacer.

—Hola, Fiona. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Había venido para darte mi regalo de Navidad — dijo ella, dejando una preciosa cajita sobre la encimera. Por primera vez desde que la había conocido, Fiona llevaba pantalones vaqueros, de marca, claro, con mocasines de ante marrón y un precioso jersey de cachemir color beige. Llevaba suelto el largo cabello rubio, que caía como una cortina dorada sobre sus hombros.

—Sabía que había una razón para que me quisieras fuera de tu casa lo antes posible — dijo, mirando a Leigh con desprecio.

—Puedes pensar lo que quieras — replicó Nicholas. Su expresión era dura, pero hablaba con amabilidad.

Leigh se sentía completamente excluida de aquella escena. Hubiera deseado marcharse, pero no podía hacerlo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? Yo creía…

—¿Qué creías, Fiona?

—Hace mucho tiempo que nos conocemos, Nicholas…

Leigh oyó aquello y sintió una punzada de envidia, al imaginarlos yendo a las mismas fiestas, jugando con los mismo amigos. Era lógico que Fiona encontrara ridículo pensar que Nicholas y ella podrían tener algo en común.

Nunca podría imaginarse lo que había sido crecer al lado de Nicholas Kendall. Su infancia había transcurrido, sin duda, jugando en las propiedades de su padre, montando a caballo y yendo a esquiar.

¿Qué hacia ella a esa edad? Iba al colegio, con un uniforme heredado de su hermana y hacían fiestas de cumpleaños en casa.

Nicholas había crecido rodeado de dinero, siempre protegido del fracaso.

—Por eso estoy aquí hablando contigo, Fiona — dijo Nicholas—. No hay ninguna razón para que tenga que darte explicaciones. Ni a

ti ni a nadie.

Había algo intimidatorio en su tono de voz.

Leigh estaba segura que ambos habían olvidado su presencia y se preguntaba si debía esconderse en algún armario.

—Creí que, cuando aceptaste que viniera a vivir a tu casa…

—¿Creíste que aceptaba algo más que eso?

—¿Por qué no? ¡Hasta hace poco parecías disfrutar mucho de mi compañía!

—Hace años, Fiona – dijo él, con paciencia—. Fue una pequeña aventura. Eso es todo. Tú seguiste con tu carrera y te fuiste de Inglaterra para ver mundo.

De modo, pensaba Leigh con un nudo en el estómago, que habían tenido una relación. Hubieran pasado meses o años, habían estado cerca, se habían tocado. Leigh se decía a sí misma que estaba siendo ridícula. Nicholas era un hombre maduro y, por supuesto, habría mantenido relaciones con mujeres, pero ¿habría amado a Fiona?

—Mira, cuando tu madre me llamó para pedirme que te permitiera vivir en mi casa, yo acepté encantado. Nos conocemos desde siempre y…

—¡Y podemos seguir así! — lo interrumpió ella—. ¡Estamos hechos el uno para el otro! Yo creo que nuestros padres siempre han deseado que… nos casáramos. ¿Y por qué no? Tenemos muchas cosas en común.

—Menos de lo que tú imaginas.

Leigh tosió suavemente para que la recordaran y poder así alejarse de aquella conversación tan íntima. No deseaba seguir escuchando. Pero ninguno de los dos le prestó la más mínima atención.

Por un momento, un pensamiento la aterrorizó.

¿Y si Fiona ganaba la pelea? Era una mujer muy bella y podría convencer a Nicholas de que tenía razón, de que estaban hechos el uno para el otro.

¿Qué ocurriría si tuviera que presenciar cómo ella caía en sus brazos, cómo él la besaba?

—Pero más de lo que tienes con… — Fiona no terminó la frase. Simplemente, miró a Leigh.

—Esto no tiene nada que ver con Leigh.

—Esto tiene todo que ver con ella.

—Preferiría que no hablaseis de mí como si yo no estuviera presente — intervino ella. Aquella era su oportunidad para marcharse e intentó pasar entre los dos.

—¿Dónde vas? — preguntó Nicholas. Leigh lo miró a los ojos, desafiante.

—A mi habitación. No tengo por qué estar aquí. Si vais a tener una pelea, yo no tengo por qué presenciarla.

Había petulancia, desilusión y celos en su voz, pero no podía controlarlo. Apenas podía mirar a Nicholas a los ojos.

—¡Quédate! — era una orden y Leigh se quedó petrificada.

—Quiero saber qué hay entre vosotros dos — exigió Fiona—. Sea lo que sea, no durará, Nicholas, piénsalo. ¡Es una oportunista! ¿Es que no te das cuenta?

—Eso no es verdad — dijo Leigh, intentando no perder las formas.

—Creo que es hora de que te marches, Fiona — intervino Nicholas.

—¡No hasta que me hayas escuchado! ¡Al menos, me debes eso!

—¿Y por qué demonios crees que yo te debo algo? — preguntó él, irritado.

—¡Porque hemos compartido muchas cosas!

—Hemos crecido juntos porque nuestros padres eran amigos, Fiona. Yo no diría que eso es compartir nada.

La voz de Nicholas no era hiriente. Sentía compasión por Fiona y no quería hacerla daño, pensaba Leigh.

Quizá había terminado cansándose de Fiona… como terminaría cansándose de ella. Esa idea la ponía enferma.

—Ella no es mujer para ti.

—¿No es mujer para mí? — repitió Nicholas, divertido.

—No es de nuestro mundo.

—Deja que te aclare un par de cosas, Fiona — dijo Nicholas entonces, cambiando el tono—. La primera es que me importa un bledo que la gente tenga dinero o no. Porque es de eso de lo que estás hablando, ¿verdad? ¿Crees que venir de familias adineradas es un seguro para la convivencia y el compromiso? Y la segunda es que pareces creer que el matrimonio es el final lógico de toda relación. Pero yo no estoy buscando esposa.

Leigh palideció. Sólo estaba diciendo lo que ella ya sabía, pero las palabras la cortaron como un cuchillo.

—Espero que hayas oído eso, Leigh — dijo Fiona, mirándola con expresión de triunfo—. ¡Menudo golpe para ti! Supongo que habías pensado que metiéndote en su cama conseguirías ir a elegir el anillo de compromiso, ¿no es verdad?

—Nunca he pensado eso — susurró Leigh.

—¡Ya es suficiente! — exclamó Nicholas—. Quiero que te vayas, Fiona. Y lamento decirte que tú nunca has estado en mi lista de posibles candidatas al matrimonio.

Fiona se puso colorada.

—Te arrepentirás, Nicholas. ¿Qué crees que van a decir tus padres cuando se enteren de que tienes una hija ilegítima? Porque no les has hablado de tu hija, ¿verdad? — rió, con una risa amarga.

—Te aconsejo que no te metes en esto, Fiona. No es asunto tuyo — advirtió Nicholas con dureza.

—¿Y si lo hago? Me encantaría ver sus caras cuando les diga que…

—Vete ahora mismo, antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirme — Nicholas no había levantado la voz, pero la frase había sido aterradora. Con una última mirada de desprecio, Fiona salió de la cocina, dejando un tenso silencio tras ella.

—Creo que es hora de que me vaya a la cama — dijo Leigh, unos segundos después.

—Nos veremos por la mañana — asintió Nicholas, apoyando las manos en la encimera, con la cabeza baja.

Leigh salió prácticamente corriendo de la cocina y, cuando llegó a su habitación, temblaba de tal forma que tuvo que sentarse en la cama y respirar profundamente durante unos minutos.

¿Por qué se sentía tan afectada? ¿No era obvio que no había nada entre Nicholas y Fiona? Debería sentirse alegre por eso.

Una vez entre las sábanas, Leigh se quedó mirando al techo. Tenía una preocupación menos. Fiona y Nicholas no se convertirían en una familia.

¿No la había preocupado aquello? ¿No se había imaginado a Amy en un internado, convirtiéndose en una réplica de aquella fría mujer?

¿No debería estar encantada?

No lo estaba, desde luego. Se sentía aliviada por la desaparición de Fiona, pero también se sentía vacía por dentro.

Nicholas no estaba interesado en el matrimonio. No quería compromiso alguno. A él no le importaba lo más mínimo si ella era mujer para él o no porque lo único que quería era sexo. Se lo había dicho a Fiona.

Pero ella quería más.

Leigh nunca había pensado en ello cuando estaba con Mick, pero Nicholas era diferente.

Y no tenía ni idea de cuándo había empezado a ser diferente, ni idea de cuándo habían cambiado las cosas, cuándo la atracción que sentía por él se había convertido en necesidad, cuándo se había convertido en amor.

¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Cómo podía haber ocurrido sin que ella se diera cuenta?, se preguntaba.

Leigh abrió los ojos y aceptó la terrible verdad.

Se había enamorado de Nicholas Kendall.

Y no podía imaginarse un candidato peor para aquel amor.

¿Era una sorpresa que no pudiera imaginarse su vida sin él? Cada vez que se imaginaba a sí misma libre para hacer lo que quisiera con su vida, sentía náuseas. Y, en aquel momento, entendía por qué. No quería ser libre.

¿Qué podía hacer? Nicholas nunca se casaría con ella y no podía marcharse de su casa, dejando a Amy sola.

La cabeza le daba vueltas cuando por fin se quedó dormida. Y le pareció que sólo habían pasado cinco minutos cuando alguien la despertó, sacudiéndola de un brazo. Era Amy, vestida y dispuesta a empezar el viaje.

Eran las ocho y media. Y Leigh ni siquiera había terminado de hacer la maleta.

A las nueve, las dos bajaron a la cocina y encontraron a Nicholas esperándolas.

—¡He tenido que despertarla! — dijo Amy, incrédula. Como si dormir después de las ocho y media fuera algo absolutamente inconcebible.

—Estaba agotada — dijo Leigh, mirando a Nicholas a los ojos.

—Sí, fue una noche agotadora.

Leigh sabía que ambos estaban calibrando cómo se sentía el

otro, después de la intrusión de Fiona.

—Desde luego — asintió ella. ¿Cómo podría olvidar a aquel hombre?, se preguntaba. Lo amaba con todas sus fuerzas—. Espero no pasar una noche como la de ayer.

—Eso espero yo también — dijo él, tomando la maleta.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? — preguntó Amy en el coche.

—Un par de horas — contestó Nicholas—. Eso si no nos quedamos atascados en la nieve.

—¡Nieve!

—Sí, esa cosa blanca que en Londres sólo vemos en las postales.

Durante el camino siguió hablándole a Amy sobre grandes nevadas y tormentas, haciendo que el viaje pareciera una expedición a la Antártida.

—Espero que nieve al menos una vez o tu credibilidad estará bajo cero — advirtió Leigh cuando Amy empezaba a quedarse adormilado.

—Veremos lo que puedo hacer — sonrió él.

Leigh se relajó, diciéndose a sí misma que no podía hacer nada más. Amy estaba contenta, el hombre al que amaba estaba sentado a su lado y, al menos por el momento, debería sentirse feliz.

—Sobre lo de anoche… — empezó a decir él.

—¿Qué? — preguntó ella, sin dejarlo terminar. Cada vez que él mencionaba algo que había ocurrido entre ellos, no podía dejar de pensar que iba a ser una despedida, que iba a pedirle que se fuera.

—Fiona se pasó de la raya.

—Estaba decepcionada — dijo ella—. Quiero decir, había pensado que se casaría contigo y… esas cosas pasan. Hay mujeres que se empeñan en mantener una relación y es un duro golpe para ellas cuando no funciona como esperaban.

Nicholas no contestó inmediatamente y Leigh miró de reojo para comprobar que Amy estaba dormida y no podía escuchar la conversación.

—¿Te ha ocurrido a ti alguna vez?

—No, por favor — rió ella. Una risa falsa, desde luego.

—Supongo que eres demasiado joven para hacer ese tipo de planes.

—Supongo que sí.

—Algún día conocerás a un hombre — dijo él. El paternalismo

la sacaba de quicio, pero tuvo que disimular .— Y empezarás a hacerlos.

—¿Quién sabe?

—El amor es así. Al menos, eso dicen.

Leigh se quedó pensando durante unos segundos.

—¿Tenía razón Fiona cuando dijo que no le habías contado a tus padres… bueno, ya sabes?

—No se lo he dicho.

—¿Por qué no?

—Se lo contaré cuando crea que están preparados para ello.

—¿Y cuándo será eso? Insistes en que yo hable con Amy cuando a ti te parece conveniente, pero ni siquiera lo has hablado con tu familia.

—Déjalo ya, Leigh.

—No pienso hacerlo. ¿Es que no te hablas con ellos?

—¡Claro que me hablo con ellos! — No grites. Amy está durmiendo.

Nicholas la miró, frustrado.

—Mandona — murmuró, entre dientes.

—Alguien tiene que serlo contigo.

Leigh se sorprendió ante su propia audacia y esperó a que él le dijera que no aceptaba órdenes de nadie, pero se equivocaba.

—No tenemos una relación muy estrecha — dijo entonces Nicholas—. Nos llevamos bien, pero sólo nos vemos una vez al año.

—¿Por qué?

—¿Me estás interrogando? — preguntó él, con cierta petulancia que a Leigh le resultaba extrañamente atractiva.

—Pues sí. ¿Por qué no mantienes una relación más estrecha con tus padres?

—A los siete años me enviaron a un internado.

—Pobrecillo. No puedo imaginarme a Amy…

—Nunca. Nunca le haría eso a un hijo mío.

—Cuando se lo digas a tus padres, se van a llevar una enorme sorpresa.

—Por eso lo estoy postergando. Además, es mejor que nosotros hayamos aclarado primero la situación — dijo, echando una mirada hacia el asiento trasero.

—Sí, supongo que sí — murmuró ella. Se preguntaba cómo

serían los padres de Nicholas. No tenían una buena relación con su hijo y Fiona les parecía una esposa aceptable. Ninguna de las dos cosas la acercaba a ellos.

¿Qué pensarían de ella?, se preguntaba. Probablemente, lo que Nicholas había pensado el primer día.

Cuando Amy se despertó, Londres quedaba muy atrás.

Nicholas, que parecía perdido en sus pensamientos, empezó a contestar a las preguntas de la niña sobre la casa. Cuántas habitaciones tenía, como eran de grandes, por qué había dos escaleras.

De vez en cuando, Leigh participaba en la conversación. Por la descripción de él, había imaginado que sería una casa grande y elegante, pero cuando una hora y media más tarde, el coche entraba a través de una valla de piedra, se quedó boquiabierta. No podía imaginarse cuántas habitaciones habría detrás de aquella innumerable fila de ventanas

Amy salió corriendo del coche y Nicholas le presentó a las dos personas que trabajaban en la casa. Los dos empleados miraron a Amy y después se miraron uno a otro. Leigh casi podía leer sus pensamientos.

Después, subieron las maletas a las habitaciones, enormes y decoradas con cortinas y edredones a juego.

—¿Qué te parece? — preguntó Nicholas.

—Creo que una pobre chica como yo podría perderse aquí — sonrió ella.

—Entonces, tendré que ocuparme de que eso no ocurra — dijo él, con una sonrisa tan cálida que Leigh se sorprendió.

—Podrías dibujarme un plano — sugirió ella.

—Con todos los pasillos que llevan a mi habitación — rió él.

Leigh sentía que sus pies no tocaban el suelo hasta que, mucho más tarde, los tres estaban sentados en el cuarto de estar, donde habían colocado el árbol de Navidad.

Era un árbol gigante que casi llegaba al techo.

Amy colocaba los adornos en la parte inferior, mientras Nicholas, subido a una escalera hacía lo propio en la parte de arriba.

—Estáis poniendo demasiados en la parte de la derecha — se quejó Leigh, sentada en el suelo. Su trabajo consistía en colgar las

bolas de sus ganchos—. El árbol se va a vencer para ese lado —añadió. Padre e hija la miraron con idéntica expresión de perplejidad—. Además, no estáis distribuyendo bien los colores y el ángel que has puesto arriba… parece que ha bebido.

Amy encontró aquel comentario tronchante.

Si aquello durase para siempre, pensaba Leigh… La alegría, la calidez, la sensación de paz.

Y, por supuesto, la casa era maravillosa para hacerse ilusiones, la oscuridad fuera, la chimenea encendida, las suaves alfombras…

Nicholas estaba bajando de la escalera para mirar el árbol desde abajo.

—Demasiados adornos del mismo color en esa rama — asintió —. ¡Podrías habernos advertido!

—Odio repetirme — sonrió ella—. Además, quizá estáis creando una nueva moda.

—¿Y los regalos? — preguntó Amy.

—Santa Claus aún no ha venido — contestó Leigh—. Bajará por esa chimenea dentro de unas dos horas y tú tienes que irte a la cama.

—¿Ya?

—Sí. Tienes que dormir bien para estar descansada mañana.

—¿No podría quedarse un poquito más esta noche? — preguntó Nicholas, poniendo cara de bueno.

Aquellas dos caras suplicantes eran suficiente como para darle dolor de cabeza.

—Bueno, quizá media hora más.

Leigh estaba a punto de quedarse dormida. De hecho, sus ojos empezaban a cerrarse cuando, de repente, dos personas entraron en el cuarto. Dos personas que miraron primero a Nicholas y después a Amy.

—¡Nicholas! — la voz de la mujer era educada, pero cortante. Era alta e iba vestida con un elegante traje de lana azul marino con zapatos a juego y un abrigo de piel.

Leigh, que se había levantado de un salto al oír la voz, supo inmediatamente quienes eran esas dos personas y sintió pánico.

No miró a Nicholas. Miró a Amy que, enseguida, se colocó a su lado.

—¡Madre! Papá… ¿qué estáis haciendo aquí?

Por primera vez desde que lo había conocido, Nicholas parecía desconcertado, pero sólo durante unos segundos. Después, se acercó a su madre para besarla en la mejilla.

—¡Nicholas! — repitió su madre. Su padre, el vivo reflejo de Nicholas, lo saludó con un golpecito en la espalda.

—Será mejor que nos sentemos. Espero que no vayamos a tener una escena.

Amy sujetaba con fuerza la mano de su tía. Se daba cuenta de que ocurría algo raro, pero no podía descifrar qué era.

—Hemos tenido una misteriosa llamada telefónica de Fiona — dijo su padre, sentándose en el sofá. Los dos miraban a Amy.

—Leigh, creo que lo mejor sería que te llevaras a Amy a la cama — dijo Nicholas. Leigh apretó la mano de su sobrina y asintió. Nicholas no la había presentado y ella sabía por qué. Los dos sabían quien era Amy y quien era ella. Dios sabría lo que Fiona podía haberles contado, pero Leigh estaba segura de que no sería nada agradable—. Y, por favor, baja cuando hayas terminado.

—¿Son los padres de Nicholas? — preguntó Amy cuando estaban fuera de la habitación. Leigh asintió—. ¿Qué están haciendo aquí? No sabía que iban a venir.

—Quizá han querido darnos una sorpresa.

—Pues Nicholas no parecía muy contento.

—Claro que está contento — dijo Leigh. Fiona había cumplido su promesa. Se había marchado, pero dejando tras ella una conmoción.

Debía de haber pensado que, enfrentado con la oposición de sus padres, Nicholas le pediría que se fuera. Y él no lucharía por una mujer que sólo le interesaba como aventura de una noche.

Leigh se escuchaba a sí misma hablando con Amy, pero su mente estaba a kilómetros de distancia.

Si pudiera, se metería en su habitación y no saldría de allí en toda la noche, pero no podía hacerlo. Tenía que bajar para saber cuál iba a ser el futuro de su sobrina.

Hilary Kendall parecía un poco más calmada, pero su entrada produjo un silencio.

—Supongo que tú eres la tía de la niña.

—Se llama Leigh, madre.

—Debo decirle que estoy abrumada por todo esto.

—Fiona llamó a mis padres en cuanto salió de casa — explicó Nicholas.

—Entonces, saben que Amy es su nieta — dijo Leigh, con toda la calma de la que era capaz.

—Todo esto es muy extraño — dijo la señora Kendall—. Desde luego, no es lo que teníamos en mente para nuestro hijo.

—Pero estamos encantados — intervino su marido—. Ya casi habíamos perdido las esperanzas de que este hijo nuestro nos diera un nieto.

—Pero no de este modo — insistió la señora Kendall.

—Madre, tienes dos opciones. O lo aceptas con dignidad, o no. Tú decides.

—Me temo que tiene razón, Hilary — dijo su padre.

—La niña se parece mucho a ti — concedió Hilary—. Pero me da igual lo que digáis. Esto ha sido una sorpresa enorme. Ya sé que me lo has explicado, Nicholas. Ya sé que ibas a contárnoslo, pero no lo hiciste y hemos tenido que enterarnos por Fiona. Me siento herida…

—Lo siento mucho, madre, pero es absurdo que sigamos hablando de ello. Lo hecho, hecho está.

—Y tú, querida — dijo Hilary, mirando a Leigh—. Parece que Nicholas te ha contratado para cuidar de la niña.

—Es la hija de mi hermana.

—Fiona nos ha hablado sobre ti…

—Si tienes sentido común, madre, no creerás una sola palabra de lo que te haya dicho. Ya te he contado por qué Fiona ha hecho lo que ha hecho.

—Pero queremos saber qué significa esta mujer para ti, Nicholas — insistió su madre—. Lo siento mucho, querida, pero no sabemos nada sobre ti.

—Comprendo — dijo Leigh—. Mis padres murieron y no tengo familia, ni dinero. Nunca he ido a esquiar a Gstaad ni a Saint Tropez. Ésta es la primera mansión que piso en mi vida. Nunca he vivido en una casa de más de tres dormitorios. Yo era una estudiante de arte hasta que tuve que hacerme cargo de mi sobrina. En otras palabras, que estoy muy orgullosa de mi vida— terminó.

La señora Kendall sonrió y Leigh pudo ver de dónde había sacado Nicholas aquella sonrisa tan encantadora.

—Y, además de todo eso, ¿te gustan los jardines?

—¿Jardines? — sonrió Leigh, sorprendida—. Pues sí, me encantan.

—¿Es suficiente para ti, madre? — preguntó Nicholas—. Porque pienso convencer a esta chica de que se case conmigo.

Capítulo 10

CUANDO sus padres subieron a su habitación, Nicholas se sentó a su lado en el sofá.

¿Realmente le había dicho a sus padres que quería casarse con ella o lo había soñado?, se preguntaba Leigh.

Habían pasado sólo cinco minutos desde aquello, pero para ella era como si hubieran pasado horas.

—¿No tienes nada que decir?

—Me he quedado sin palabras — contestó Leigh.

—¿Es eso un no a mi proposición? — preguntó Nicholas, sin mirarla.

—¿Por qué quieres que me case contigo?

—¿Cómo que por qué?

—Si no recuerdo mal, hace muy poco le dijiste a Fiona que no querías ningún compromiso, así que no entiendo…

—Es lógico, ¿no te parece?

—¿Qué es lógico?

—Nosotros — contestó él—. Creo que Amy se merece una familia y tú y yo podemos dársela. Yo soy su padre y tú eres su tía, ¿quién mejor? Os he observado y Amy está muy apegada a ti. Sería imposible encontrar a alguien que ocupara tu lugar.

—Entonces, sería un matrimonio de conveniencia, ¿no es así? — preguntó ella, intentando disimular su desilusión—. Has pesado los pros y los contras y has decidido que soy una buena candidata para la pequeña unidad familiar de los Kendall — añadió, levantándose y paseando furiosa por la habitación.

—¿Por qué no? Nos llevamos bien.

—¿Nos llevamos bien? Sí, claro, incluso nos hemos acostado juntos.

—Piénsalo bien — dijo él—. Si no nos casamos, algún día te marcharás y perderás el contacto con Amy. Quizá no inmediatamente, pero ocurrirá. Conocerás a alguien, formarás tu propia familia y el lazo que te une a ella se romperá. Y yo, no sé, quizá me casaré también. Incluso puede que me marche a vivir a Estados Unidos.

—¿Vas a marcharte a vivir fuera? ¿Cuándo has planeado eso?

—¡No he planeado nada! Sólo estoy diciendo que es posible.

—Muy bien. Nos casamos — dijo Leigh—. Amy está feliz y nosotros, ¿qué? O mejor dicho, ¿qué pasará conmigo? Supongo que este plan incluye que nos acostemos juntos y, cuando tú te aburras de mí, supongo que empezarás a buscar tus propias distracciones…

—¿Eso te molestaría?

¿Que si la molestaría? La sola idea era suficiente para ponerla enferma. Allí estaba él, tan tranquilo, planeando una vida de conveniente cohabitación. Conveniente para él. Una pesadilla, desde su punto de vista. No podía imaginar nada peor que vivir con Nicholas y ver que él se alejaba de ella para buscar otras mujeres.

—Lo siento, pero tengo que rechazar tu oferta — dijo por fin Leigh—. El matrimonio es algo más que una unión de conveniencia.

—Tú eres una mujer moderna, Leigh. No estás buscando un compromiso. ¿Por qué te molesta tanto un matrimonio de conveniencia cuando los beneficios son tan obvios? Además de formar una familia para Amy, jamás volverás a tener problemas económicos…

—¡Me importa un pito el dinero! — exclamó ella, sintiéndose insultada—. No lo entiendes, ¿verdad? ¡Crees que puedes llevar todos los aspectos de tu vida según las reglas de la lógica y te equivocas! — exclamó, temblorosa.

—¿Por qué actúas como si mi proposición de matrimonio fuera un insulto?

—¡Porque lo es! Cuando pienso en una proposición de matrimonio…

—¿Piensas en declaraciones de amor eterno, de adoración?

—¡Sí! ¿Te importa?

Entonces, si te hubiera pedido que te casaras conmigo porque te quiero, habrías aceptado.

—No estamos hablando de eso — dijo ella, dándose la vuelta para salir de la habitación. Pero Nicholas se levantó y la tomó de la cintura.

—Muy bien. Te quiero. ¿Te casarás conmigo?

—No hace falta que mientas, Nicholas.

Él se mantuvo en silencio durante tanto tiempo que Leigh se vio obligada a volver la cara para ver su expresión.

El cuarto estaba en silencio. Las cortinas echadas, Amy dormida

en su cama y el único sonido era el chisporroteo de la chimenea.

—No son mentiras — murmuró él entonces.

—¿Qué?

—He dicho que… — empezó a decir él, tomándola de la mano para sentarla de nuevo en el sofá— que creo que… No sé cómo ha pasado, pero yo…

—¿Qué estás intentando decir? — preguntó Leigh. Casi podía oír los fieros latidos de su corazón.

—Estoy intentando decir que… yo…

—¿Me quieres?

—Antes de que me rechaces, me doy cuenta de que eres muy joven, de que hay cosas que quieres hacer en la vida, tu carrera de arte, por ejemplo. Yo no me interpondré, Leigh. Y antes de que me digas que no deseas un compromiso, que no me quieres, escúchame. Yo sé que podrías aprender a quererme.

Había dicho todo aquello sin respirar, apresuradamente, como si tuviera miedo.

—¿Aprender a quererte?

—¿Tan difícil te parece?

—¿Cómo se puede aprender a querer a alguien? — preguntó ella suavemente. Debía de estar soñando, pero si era así no quería despertar. Leigh levantó una mano y empezó a acariciar suavemente la cara del hombre—. Enamorarse es como subir a una montaña rusa. No hay tiempo para hacerse a la idea. Es algo que ocurre y, de repente, nada más importa. Lo sé muy bien porque es lo que siento por ti.

El sonrió al oír aquello. Aquello sonrisa suave y maravillosa. La que hacía que su corazón diera saltos mortales.

—¿Por qué no me lo habías dicho? — murmuró él, inclinándose para besarla en los labios. El beso se alargaba y parecía no tener final. Con un suspiro, Leigh enredó los brazos alrededor del cuello masculino.

—Si estoy dormida, no me despiertes — susurró Leigh, cuando sus labios se separaron.

—Te quiero, Leigh. No sé cómo ha ocurrido, pero de repente te has convertido en alguien indispensable para mí. Al principio, me decía que eras indispensable porque eras un puente hacia mi hija. Pero la verdad es que te has metido en mi piel — dijo él—. No

dejaba de pensar en ti cada día y estaba deseando volver a casa por las noches para ver tu cara. De repente, me di cuenta de que tus pecas, tu pelo corto y tus vaqueros eran lo más hermoso del mundo para mí.

Nicholas la besó en el cuello y ella sintió una punzada de deseo que la recorría entera.

—¿Estás seguro? ¿No recuerdas lo que dijo Fiona? Pertenecemos a dos mundos diferentes.

—Gracias a Dios. No me gustaría nada casarme con alguien como Fiona. Además, yo no soy de los que se pasan el día en Gstaad y Saint Tropez, Leigh. Hasta ahora, mi vida ha sido mi trabajo —sonrió él—. Cuando apareciste en el club contándome aquella historia de una hija desconocida, me quedé horrorizado. Pero, después de conocerte y de conocer a Amy, me di cuenta de que me había perdido algo muy hermoso en la vida.

—Y tus padres… ¿qué pensarán ellos?

—Pensarán que ya es hora de que alguna incauta se case con su hijo. En general, el matrimonio viene antes que los niños, pero tendrán que aceptarlo. Además, a mi madre le has caído bien y eso es una gran ventaja.

—Pues tiene una estupenda manera de esconder sus sentimientos — rió Leigh.

—Tengo entendido que, en su juventud, era una mujer muy apasionada — murmuro él—. Pero no tanto como yo — añadió, metiendo las manos por debajo de la camiseta de Leigh para acariciar sus pechos. Leigh sintió un escalofrío.

—Yo no soy tan guapa como Fiona — murmuró—. Ni tan elegante.

—Te subestimas, cariño.

Era la primera vez que él le decía una palabra cariñosa y le sonaba tan natural que lanzó un suspiro de placer.

Nicholas acariciaba suavemente sus pezones y Leigh sintió que se endurecían bajo el contacto. Pero cuando levantó su camiseta para buscar más, ella apartó su mano con una sonrisa.

—Aquí no — murmuró, tomando su cara con las manos para besarlo en los labios—. Tus padres podrían bajar en cualquier momento.

—¿Crees que están al otro lado de la puerta, escuchando? — rió

él.

—¡Es posible!

—Supongo que tendré que esperar. Al menos por el momento.

—Y tenemos que irnos a la cama para que el gordito de la barba blanca pueda bajar por la chimenea.

—Es verdad. Y prefiero que no te vea. Podría enamorarse de ti.

Era idílico. Las luces del árbol de Navidad parpadeaban en la semioscuridad de la habitación, haciendo que todo pareciera irreal.

Amy no tuvo que despertarla a la mañana siguiente por que Leigh se había levantado a las ocho para mirar los copos de nieve que cubrían el suelo.

—¡Está nevando!

—Es un regalo de Santa Claus — sonrió Leigh, abrazando a su sobrina.

—Vamos a bajar a ver los regalos — dijo la niña, tirando de su mano.

—Creo que, este año, ha traído muchos.

Alguien llamó a la puerta en ese momento. Era Nicholas.

—Feliz Navidad — dijo, levantando a Amy en sus brazos y besándola en la mejilla. Después, la dejó en el suelo y se volvió hacia Leigh—. Feliz Navidad, Leigh — sonrió, besándola suavemente en los labios. Amy se echó a reír, sorprendida. Nicholas miró a su futura esposa, interrogante, y ella asintió. Había llegado el momento.

Sentaron a Amy sobre la cama y se lo contaron. Con mucha delicadeza, con mucho tacto.

—¿Tú eres mi padre? — preguntó la niña, perpleja. Nicholas asintió—. ¿Tengo que llamarte papá?

—Puedes llamarme como tú quieras, Amy.

Leigh sonreía observando las emociones que recorrían el rostro de su sobrina. Perplejidad, asombro y, por fin, alegría.

—Yo tenía un papá cuando era más pequeña — dijo por fin—. Y ahora tengo otro.

—Y una tía — intervino Leigh, abrazándola.

—Una mamá — dijo Amy—. Es más fácil.

—Y unos abuelos que están deseando conocerte — sonrió Leigh, mirando a Nicholas.

—Bueno, ¿podemos bajar al salón ahora? — rió la niña—.

¡Quiero ver qué me ha traído Santa Claus!

Iratxe ©